AKADEMIE Vítek

HURLEY KENT

AKADEMIE VÍTEK
HURLEY KENT

Copyright © 2026 Hurley Kent.
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.
Instagram: hurleykent.writer
Safe creative: 2605055537945

ÍNDICE

Capítulo 1 | Bienvenida de nuevo a Praga

Capítulo 2 | La jefa de estudios

Capítulo 3 | Primera infracción

Capítulo 4 | El padre distante

Capítulo 5 | Lo que Margaret no se explica

Capítulo 6 | Castigo número dos

Capítulo 7 | La investigación

Capítulo 8 | Tutoría

Capítulo 9 | El inversor

Capítulo 10 | A peor

Capítulo 11 | El tercer castigo

Capítulo 12 | Sin despedida

Capítulo 13 | La vuelta a casa

Capítulo 14 | Sin jerarquía

Capítulo 15 | Lo que no debería pasar

Capítulo 16 | Como si nada

Capítulo 17 | El patrón

Capítulo 18 | Los celos de Margaret

Capítulo 19 | Lo que Ralph enterró

Capítulo 20 | Lo que nunca se dijo

Capítulo 21 | Sadie responde

Epílogo

Capítulo 1 | Bienvenida de nuevo a Praga

El coche lleva cuatro minutos parado en el mismo semáforo y Sadie Novák ha contado las baldosas del edificio de enfrente tres veces. Son cuarenta y siete. O cuarenta y ocho, si cuenta la que está partida por la mitad y solo asoma por el borde inferior de la ventana.

—La Akademie Vítek lleva ciento treinta y nueve años formando a las mentes más brillantes de Europa —dice Ludvik, el chófer que Ralph ha enviado a recogerla en el aeropuerto. Lo dice sin entusiasmo ni desgana. Solo información.

—Qué bien —contesta Sadie.

Ludvik no parece ofendido. Sigue mirando al frente con esa concentración que Sadie le envidia un poco. Tiene la capacidad de las personas que están completamente en paz con el silencio. Sadie lleva toda su vida sin encontrar esa paz, aunque tampoco puede decir que la haya buscado demasiado.

El semáforo cambia y el coche avanza por calles empedradas que hacen vibrar el maletero. Praga en septiembre tiene un olor que Sadie no consigue ponerle nombre, algo húmedo, antiguo, sin equivalente en ninguna otra ciudad que haya visitado. Ha estado en Londres, en Zúrich, en Milán. Su padre tiene la costumbre de enviarla a sitios caros, hermosos y siempre algo remotos. Como si la distancia fuera una forma de querer. Sadie lleva suficientes años entendiéndolo así para que ya no le duela demasiado, o eso se dice cuando hay luz. De noche es diferente, pero darle más vueltas a eso no sirve de mucho.

El internado aparece al doblar una curva, entre árboles que todavía no han decidido si cambiar de color. Sadie lo ve primero como un monstruo oscuro al final de una avenida de tilos perfectamente alineados, después como fachada, después como detalle: piedra gris, ventanales altos, una escalinata central con balaustrada de hierro que alguien frota con regularidad porque no

hay ni una mancha de óxido. La Akademie Vítek no es fe, es todo lo contrario. Es el tipo de edificio que intimida precisamente porque es bello, porque cada centímetro ha sido pensado para recordarte que estás en un lugar serio, donde las cosas se hacen bien, donde tú, en el mejor de los casos, serás una más entre doscientas que también creen merecer estar aquí.

Sadie coge la mochila del asiento y baja del coche antes de que Ludvik pueda rodear el capó para abrirle la puerta. No le gusta que le abran las puertas. Es un detalle pequeño pero constante en su vida, esa sensación de que alguien siempre está a punto de hacer algo por ella antes de que pueda hacerlo por sí sola.

—Su equipaje lo subirán a la habitación —dice Ludvik desde detrás de ella.

—Gracias.

Hay otras familias en la escalinata. Padres con maletas caras, madres con el bolso en el brazo, esa mezcla de orgullo y alivio que Sadie reconoce en sus caras porque la ha visto demasiadas veces. Ella no tiene familia en la escalinata. Tiene a Ludvik, que ya está de vuelta en el coche mirando el teléfono; tiene la mochila al hombro y el número de su habitación en un papel que le enviaron por correo hace dos semanas.

Número diecisiete. Tercera planta. Ala este.

El interior de la Akademie Vítek es exactamente lo que el exterior prometía: mármol blanco con venas grises, paredes de madera oscura, luz que entra por los ventanales y no calienta nada. Todo está limpio con esa pulcritud casi agresiva que solo consiguen los lugares que tienen personal suficiente para que nadie tenga que doblar el codo más de una vez. Sadie sube la escalera principal siguiendo a un grupo de chicas que llevan el mismo uniforme que a ella le llegó por mensajero el mes pasado: falda tableada azul marino, camisa blanca, chaqueta con el escudo del internado bordado en el bolsillo superior izquierdo. El escudo tiene un libro abierto y, debajo, una frase en latín que Sadie tradujo aquella tarde por pura curiosidad. Mens sana in corpore honesto. Una mente sana en un cuerpo honesto. No sabe exactamente qué significa ser un cuerpo honesto, pero suena a algo que ella probablemente no es.

La habitación diecisiete es doble. La otra cama ya está hecha con una pulcritud que dice mucho de su compañera: o es así de metódica o quería dejar claro desde el primer momento quién manda en la

habitación. Hay una chaqueta doblada sobre la silla del escritorio, una foto enmarcada en la mesita de noche. Una familia numerosa sonriendo en lo que parece la costa de algún país con buen tiempo. Sadie deja la mochila en la cama libre y se queda mirando la habitación un momento. Es bonita. Tiene una ventana que da a los jardines y desde aquí puede ver la avenida de tilos por la que llegó hace diez minutos. También puede ver el cielo, que esta tarde tiene un tono gris perla que en Praga debe de ser lo habitual.

—Llegas tarde.

Sadie se gira. En la puerta hay una chica algo más alta que ella, cabello castaño recogido en una trenza lateral, una expresión que no es antipática pero tampoco es una invitación. Lleva el uniforme con todos los botones abrochados hasta el último.

—El vuelo se ha retrasado —dice Sadie.

—Los vuelos siempre se retrasan. Por eso se llega con tiempo.

—Tomaré nota. —Sadie le tiende la mano—. Sadie Novák.

La chica la mira un segundo antes de estrecharla.

—Klara Dvorackova. —Hace una pausa mientras la mira de pies a cabeza—. Soy del comité de bienvenida de nuestra planta. Ceno a las siete y cuarto. Si llegas tarde al comedor el primer día, te sientan en la mesa de los rezagados y tardarás semanas en quitarte esa etiqueta.

—¿Hay una mesa de los rezagados?

—Hay una mesa para todo en la Akademie Vítek.

Klara asiente y sale de la habitación. Sadie se queda mirando el hueco de la puerta un momento. Después mira la foto de la familia en la mesita de Klara. Después mira su propia cama, sin foto en la mesita, sin nada que la identifique todavía.

Llega a cenar a las siete y dieciséis.

El comedor tiene capacidad para doscientas personas y esa noche debe de haber al menos ciento ochenta. El ruido es alto pero ordenado, sin los picos caóticos de una cafetería cualquiera. Las conversaciones se mantienen en un volumen razonable, como si hasta eso formara parte del reglamento. Hay mesas largas y mesas redondas; las largas parecen ser de los cursos más avanzados, las redondas de los recién llegados. Sadie identifica la de los rezagados porque es la única con dos sillas vacías, cuatro personas que evitan mirarse entre sí y un silencio demasiado elocuente.

Se sienta en una mesa redonda donde hay espacio y donde nadie parece llevar suficiente tiempo como para haber establecido

territorios. A su izquierda, una chica de pelo negro que come con una educación que Sadie aprecia: sin mirar el teléfono, sin hacer ruido al masticar, sin necesidad de comentar cada plato. A su derecha, un chico que se presenta como Tomas, polaco según dice a los diez segundos de conocerse, que lleva aproximadamente veinte minutos intentando convencer a la chica del pelo negro de que Literatura Comparada es más interesante de lo que parece.

—Este año el enfoque es completamente diferente. Han incorporado literatura del sudeste asiático.

La chica del pelo negro, que se llama Pavla y que tiene esa mirada de quien lleva la vida entera siendo la más lista de cualquier sitio en el que entra, levanta los ojos del plato un momento.

—No me interesa el canon europeo ni el del sudeste asiático. Me interesa la Matemática Aplicada y este año me han puesto Literatura Comparada como obligatoria.

—Ah —dice Tomas.

—Sí —dice Pavla.

Sadie pincha un trozo de pollo y decide que no le caen bien ninguno de los dos. También hay una chica sentada frente a ella que lleva el pin de una universidad americana en la solapa, un chico de piel oscura que habla por lo bajo con alguien que ha traído un libro a la cena y lo tiene abierto junto al plato. En la Akademie Vítek compiten todos, eso le quedó claro la noche que invirtió cuatro horas en leer los foros de antiguos alumnos, y ella no tiene ganas de entrar en esa guerra. No porque no piense que pueda ganar —Sadie Novák tiene muchas habilidades para ganar una pelea—; simplemente no le interesa.

La comida es buena. Ella diría que demasiado buena para ser comida de internado, lo que significa que el presupuesto es notable, y aunque no sabe lo que su padre paga por tenerla ahí, Ralph Novák no es de los que escatiman cuando la educación de su hija está en juego. «Una Novák siempre tiene que ser la mejor preparada», su padre repite ese discurso absurdo cada vez que puede.

—Oye, ¿y tú de dónde vienes? —pregunta Tomas con la boca llena.

Sadie quiere meterle un puñetazo en la cara por maleducado.

—China —contesta—. Antes estuve en Londres.

—Una trotamundos —suelta una chica que la mira con algo de desprecio.

Sadie la mira y ladea una sonrisa. Todo el mundo siempre ha dicho que la hija de Ralph Novák no necesita levantar la voz para intimidar a alguien; basta con una mirada para demostrar que es mejor que no busques problemas con ella.

La chica baja la mirada y se concentra en su plato. Sadie hace lo mismo y arrastra un cuenco humeante hacia sí. La sopa lleva un toque ahumado que no consigue identificar del todo. En otras circunstancias se habría molestado en preguntar. Esta noche no, porque está procesando que esto es su vida a partir de ahora, o durante el próximo año al menos. Luego tiene que comenzar las clases en la universidad casi de inmediato y lo único que lamenta es tener que cancelar su viaje a Tailandia.

Después de cenar hay una reunión informativa en el salón principal que dura más de una hora. Sadie lo sabe porque hay un reloj grande en la pared y durante los primeros veinte minutos no tiene nada mejor que hacer que mirarlo. Un hombre con bigote y americana marrón habla sobre la historia del internado, los valores institucionales, el sistema de calificaciones y algo llamado el protocolo de conducta, un documento de treinta páginas que todos los estudiantes tienen la obligación de leer antes del viernes. Sadie hace una nota mental para tirarlo a la basura y que alguien le cuente la versión más corta posible.

Klara está dos filas por delante y toma apuntes. Sadie observa su nuca, la trenza impecable, el bolígrafo que no para, y piensa que es exactamente el tipo de estudiante que la Akademie Vítek imagina cuando diseña sus folletos. Completamente opuestas, y Sadie sabe que probablemente van a entenderse mejor si no pasan demasiado tiempo juntas.

No es que Sadie sea mala estudiante. Es que ella tiene su propia idea de lo que merece atención, y esa idea no siempre coincide con la de las instituciones donde la han ido colocando a lo largo de los años.

—¿Qué hay allí arriba? —pregunta Sadie a un chico que camina por el pasillo con gesto aburrido.

Él la mira como si ella fuera un trozo de carne asada y Sadie piensa que si tuviera una vagina entre sus piernas, ya estarían en algún baño sudando.

—Zona prohibida —le dice el chico—. Las tres puertas del infierno: la oficina del director, la del subdirector y la de la jefa de estudios.

Sadie asiente mirando hacia arriba.

—¿En cuál tengo que evitar entrar? —pregunta y se pasa la mano por su larga melena.

El chico sonríe porque reconoce en Sadie a su igual.

—En la de Blazek —lo dice con seguridad—. Es una zorra que es mejor evitar.

Sadie lo mira un segundo y le hace un gesto con la cabeza antes de seguir caminando.

—Soy Ben, por cierto —grita el chico a su espalda—. California para los amigos.

Sadie no se gira. Se ha encontrado con muchos «Ben de California» en su corta existencia y sabe que le conviene tenerlo cerca, pero no demasiado.

Vuelve a su habitación a las diez menos cuarto. Klara ya está en la cama leyendo con las gafas puestas y no levanta la vista cuando Sadie entra. Se cambia de ropa, saca el cuaderno de la mochila, se sienta en el escritorio. El cuaderno está vacío. Lo compró en el aeropuerto con la vaga intención de escribir algo, lo que sea, una lista, un pensamiento, cualquier cosa que le ayude a poner orden en el ruido blanco que lleva en la cabeza desde esta mañana.

Escribe: Cuarenta y siete baldosas.

Mira lo que acaba de escribir y cierra el cuaderno.

Se mete en la cama y mira el techo, que es alto, con una moldura de escayola en el perímetro que alguien diseñó con ambición para gente de mucho dinero, gente como su padre. La cama es cómoda y las sábanas no huelen al típico detergente industrial; estas le recuerdan a aquel hotel cinco estrellas en ¿Bali? o ¿era Malasia?

—La hora de dormir es a las diez y media —anuncia Klara mirándola directamente—. No puedes llegar a la habitación pasadas las diez.

Sadie se gira y le da la espalda. Su cuota de amabilidad ha llegado a su fin y la ha gastado enteramente en su insufrible compañera de habitación.

Piensa que su madre habría encontrado este sitio fascinante. No el internado en sí, sino el tipo de mundo que representa: el esfuerzo colectivo y las jerarquías invisibles que se establecen en la primera cena. Eva Zeman habría sacado su libreta —siempre llevaba una encima, de esas pequeñas con espiral metálica—, habría anotado tres cosas y al día siguiente habría encontrado la manera de convertirlo en material para alguna de sus clases. Era profesora y orientadora,

de las que creen que entender cómo funciona la gente es el conocimiento más útil que existe. Sadie lo sabe de segunda mano, a través de los recuerdos que Ralph le ha contado con cuentagotas a lo largo de los años y de todas sus libretas que Sadie ha ido encontrando por casa el poco tiempo que ha pasado allí.

Sadie tenía ocho años cuando su madre murió. Es suficiente para recordar el olor de su perfume, la textura de su jersey favorito, el sonido de su risa cuando algo le hacía gracia de verdad. Una risa que empezaba callada pero que terminaba de forma estruendosa y que a Sadie le gustaba. La echa de menos, no puede negarlo.

Cierra los ojos.

Hoy los tilos siguen moviéndose y mañana empieza todo.

Sadie no sabe que tiene razón de una manera que todavía no puede imaginar.

Capítulo 2 | La jefa de estudios

La primera semana en la Akademie Vítek se siente exactamente igual que un examen para el que nadie te ha dado el temario. Todo el mundo parece saber algo que tú no sabes: a qué hora desayunar para no hacer cola, qué profesores son inofensivos y cuál es el pasillo que evitar si no quieres cruzarte con el subdirector a primera hora. Sadie lo aprende a base de observar, que es lo que siempre ha hecho en cada sitio nuevo donde la han dejado. Llega, mira y graba en su mente lo que necesita. Después decide si le interesa o no.

De momento, nada le interesa demasiado.

—Esta noche hay una cosa en la sala común —le dice Ben a la hora del desayuno del miércoles, dejando caer su bandeja al lado de la de Sadie con una sonrisa ladeada de chico guapo—. Los de tercero organizan algo cada inicio de curso. Básicamente es para ver quién es quién.

—¿Y tú ya lo sabes?

—Llevo aquí tres años. —Se encoge de hombros—. Sé quién es quién desde que entran por la puerta.

Sadie lo mira. Ben tiene esa energía de los chicos que han pasado demasiado tiempo siendo los más populares de su entorno y que cuando llegan a un sitio nuevo no necesitan instrucciones porque saben perfectamente qué hacer. No es tonto, eso Sadie lo tiene claro desde la primera noche, pero sí es de los que necesitan una audiencia, un grupo de personas que lo admiren para funcionar.

—¿Y quién soy yo? —pregunta Sadie.

Él la mira un momento, serio por primera vez desde que la conoce.

—Todavía no lo sé —admite—. Y eso no me pasa casi nunca.

Sadie coge su café y no dice nada. Le parece la respuesta más honesta que le ha dado nadie desde que llegó.

A las nueve y media hay una sesión obligatoria en el auditorio principal. Orientación académica del primer trimestre, pone en el programa que le entregaron el primer día y que Sadie ha doblado

cuatro veces hasta convertirlo en un rectángulo del tamaño de un sello. No sabe exactamente qué espera de esa sesión, probablemente lo mismo que de todas las sesiones obligatorias a las que ha ido a lo largo de su vida escolar: una hora de información que podría resumirse en un correo de tres párrafos y que existe principalmente para que alguien justifique su sueldo.

El auditorio está lleno hasta arriba. Sadie se sienta en la décima fila, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, el sitio de las personas que quieren observarlo todo sin ser vistas. A su lado se sienta una chica francesa que se llama Isabelle, que tiene el pelo cortado a lo garçon y que huele a un perfume caro que a Sadie le revuelve el estómago.

—Primera vez aquí —dice Isabelle.

—¿Se nota?

—Todo el mundo mira el techo el primer día. —Isabelle señala hacia arriba con un gesto breve. Sadie llevaba dos minutos con los ojos pegados al techo—. Es bonito, sí, pero en dos semanas ya no lo ves.

Sadie vuelve a mirarlo. Es una bóveda de madera tallada con motivos geométricos, el tipo de trabajo que llevaría meses y que está diseñado para recordarte que estás en un sitio que tiene historia. Lo que quiere decir, en el lenguaje de los lugares como este, que tienes que estar a la altura o largarte.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta Sadie.

—Dos años. —Isabelle abre su cuaderno sin apartar los ojos del escenario—. El primero es el más raro. Después te acostumbras.

Sadie quiere preguntarle a qué exactamente, pero en ese momento alguien sube al escenario y el murmullo del auditorio baja de golpe, como si alguien hubiera girado un dial.

No es el hombre del bigote y la americana marrón de la primera noche.

Es una mujer.

Sadie la examina desde abajo, primero los zapatos negros de tacón demasiado altos. Después la falda lápiz hasta la rodilla, de un azul marino tan oscuro que casi es negro. Chaqueta entallada, con los botones abrochados. Luego observa sus manos, que no sostienen ningún papel, ninguna carpeta, nada. Después la cara.

Treinta y pocos años, calcula Sadie. Cabello oscuro recogido, ni un mechón fuera de sitio. Mandíbula definida. Boca que no sonríe y

unos ojos que recorren el auditorio una vez, de izquierda a derecha, despacio, haciendo un inventario.

Sadie no sabe cuánto tiempo la mira. Más de lo que debería, eso sí lo nota. No entiende por qué, aunque sí sabe una cosa: es preciosa.

—Margaret Blazek —le susurra Isabelle sin que Sadie haya preguntado nada—. Jefa de estudios. Lleva aquí cuatro años y en cuatro años nadie la ha visto reír.

—¿Nunca?

—Nunca. —Isabelle hace una pausa—. Bueno, una vez alguien dijo que se le curvó un poco la comisura izquierda cuando un chico de segundo se cayó de la silla durante un examen, pero es un rumor.

Sadie mira al escenario. La recuerda como la zorra a la que Ben mencionó y le advirtió que se mantuviera lejos.

—Buenos días —dice Margaret Blazek, y el auditorio se queda en silencio absoluto antes de que termine la segunda sílaba—. Como ya lo sabéis, soy la jefa de estudios de la Akademie Vítek. Mi función es garantizar que vuestro paso por esta institución sea académicamente riguroso y conductualmente irreprochable. —Los mira a todos sin que su rostro muestre absolutamente nada—. Empezamos por lo segundo porque suele ser donde aparecen los problemas.

Alguien en las filas de atrás se ríe, nervioso. Margaret no gira la cabeza hacia el sonido, solo carraspea y de inmediato se escucha un golpe seco. Alguien ha debido de golpear al incauto que decidió reírse frente a Blazek.

—El protocolo de conducta que recibisteis el primer día no es un documento orientativo. Es el marco dentro del cual funciona todo en este centro. Las normas existen porque sin ellas el sistema colapsa, y si eso ocurre perjudica a todo el mundo, incluyendo a quienes creen que las normas no van con ellos.

Sadie tiene la sensación de que esa última frase va dirigida a alguien en concreto. Mira alrededor. Nadie parece sentirse aludido. Ella tampoco, aunque algo en su interior hace una anotación rápida.

—Los horarios se cumplen. Las entregas se hacen en fecha. Las zonas restringidas lo están por razones que no necesitáis conocer, solo respetar. —Otro silencio—. Las consecuencias de no hacerlo no son negociables y se aplican sin excepciones. Tenedlo en cuenta.

No levanta la voz en ningún momento. No hace falta. Hay personas que consiguen que el silencio sea más macabro que el

ruido, y Margaret Blazek es una de ellas. Sadie la mira atentamente y por primera vez en años, algo le parece interesante.

—¿Alguna pregunta?

Nadie dice nada durante unos largos segundos. Después una chica en las primeras filas levanta la mano con un ligero temblor, pero también con un gesto de seguridad en el rostro.

—¿Cuál es el procedimiento si consideramos que una sanción es injusta?

Margaret la mira.

—Ninguna sanción es injusta —responde con ojos fríos—, pero si cree que alguna puede serlo, se dirige a mi oficina y me lo comunica.

—Suerte con eso —susurra alguien un poco más atrás de Sadie.

Isabelle hace un sonido muy pequeño a su lado que podría ser una risa contenida. Sadie no aparta los ojos del escenario.

Margaret Blazek habla durante veinte minutos más sobre el calendario académico, los períodos de evaluación y algo relacionado con un sistema de tutorías al que está bastante segura de que debería prestar más atención, pero no consigue hacerlo del todo porque sigue observando a esa mujer sin entender exactamente qué es lo que mira.

No es que sea preciosa solo de cara, aunque lo es. Es algo más que eso, algo en la manera de mirar, de moverse como si el escenario fuera solo de ella y nadie en su sano juicio se atrevería a disputárselo. Sadie ha conocido a personas con autoridad toda su vida —su padre, por ejemplo, o las directoras de todos los internados por los que ha pasado—, gente con esa energía de no necesitar levantar la voz para que las cosas ocurran, pero esto es diferente: una clase de oscuridad que brilla y que a Sadie la está desconcertando.

Cuando Margaret termina, baja del escenario sin mirar a ningún estudiante. Un hombre con americana azul toma su lugar y empieza a hablar sobre el sistema de bibliotecas del centro. Sadie tarda un momento en darse cuenta de que está mirando el lateral del escenario, por donde Margaret ha desaparecido.

—Impresiona, ¿verdad? —dice Isabelle sin levantar la vista de su cuaderno.

—¿Quién?

Isabelle gira el cuello y entrecierra los ojos mirando a Sadie.

—Blazek. —Escribe algo en su cuaderno—. Todo el mundo la mira así el primer día. Es normal.

—No la estaba mirando de ninguna manera —suelta Sadie.

—Claro —dice Isabelle.

Sadie decide que Isabelle puede caerle bien.

A la salida del auditorio, Ben aparece a su lado como si hubiera estado esperándola, aunque él jura que no.

—¿Y? —dice.

—¿Y qué? —contesta Sadie sin detenerse.

—Blazek. —Ben mueve las cejas varias veces—. ¿Primera impresión?

Sadie camina hacia las escaleras; lo ha oído perfectamente, pero necesita un momento para contestar.

—¿Por qué todo el mundo me pregunta por ella?

—Porque es lo primero que ves cuando llegas y lo que más recuerdas cuando te vas. —Se mete las manos en los bolsillos—. Mi primer año salí asustado de cada reunión en la que estaba. Y eso que a mí no me sanciona nunca porque soy un encanto.

—¿No te sanciona nunca?

—Casi nunca. —Se encoge de hombros—. Una vez. Llegué diez minutos tarde a un acto obligatorio porque estaba en el baño con una chica de cuarto y no puse bien la excusa. Me hizo escribir un informe de veinte folios sobre la importancia de la puntualidad en entornos académicos.

—¿Veinte folios? —pregunta Sadie impresionada.

—Veinte folios. Con bibliografía. —Ben tuerce el gesto—. Es retorcida. Blazek no grita, no amenaza, te lo hace pagar de maneras que no puedes rebatir porque técnicamente son razonables.

Sadie piensa en la frase del auditorio.

Las consecuencias no son negociables y se aplican sin excepciones.

—¿Y el director? —pregunta.

—El director es un señor mayor que quiere jubilarse y que básicamente deja que Blazek lleve el cotarro. —Ben baja la voz, aunque no hay nadie cerca—. En la práctica, ella es quien manda. Todo el mundo lo sabe. Incluso él.

Sadie asiente; no le parece algo nuevo. En Londres pasaba algo parecido: la directora era un fósil, un mero adorno para el internado, y era su hijo, el profesor de biología, quien realmente mandaba.

—¿Alguna vez has hablado con ella? —pregunta—. Digo, más allá de las reuniones o los castigos.

Ben la mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Hablar con Blazek? —dice, como si la pregunta fuera en otro idioma—. No. Nadie habla con Blazek. Ella habla contigo cuando has hecho algo que no debes. Si no la has visto en privado es que todo va bien.

Sadie no dice nada.

Llegan al cruce de pasillos donde sus caminos se separan. Ben señala hacia la derecha con la cabeza.

—Esta noche, sala común, diez. ¿Vienes?

—Ya veremos.

—Eso es un sí en tu idioma, ¿no?

Sadie no contesta. Ben se ríe solo y dobla a la derecha. Ella sigue recto.

El pasillo que lleva al ala de las aulas es largo, con ventanas a un lado que dan al jardín interior. Sadie camina despacio, mirando el jardín. Los tilos de la avenida de entrada no se ven desde aquí, pero hay un jardín con setos recortados y un banco de piedra en el que no hay nadie. Todo muy ordenado, todo muy Akademie Vítek.

Al final del pasillo hay una puerta entreabierta. Sadie no le presta atención hasta que la puerta se abre del todo y alguien sale.

Margaret Blazek.

Lleva una carpeta en la mano, camina en dirección contraria a Sadie y no la ha visto. O eso parece. Sadie se queda quieta un segundo, lo que es ridículo porque no hay ninguna razón para quedarse paralizada en el pasillo a no ser que estés realmente impresionada por algo.

Margaret gira la cabeza.

La mira. Un segundo, no más. Los ojos de Margaret recorren a Sadie de la misma manera en que antes lo hicieron en el auditorio: sin prisa, pero con tanto énfasis que Sadie siente que la piel le arde. Luego sigue caminando sin hacer ningún tipo de gesto que le diga a la chica qué coño ha significado eso.

Sadie llega a su primera clase todavía algo aturdida, se sienta en el sitio del medio y saca el cuaderno. Escribe la fecha en la esquina superior derecha. Debajo, sin pensarlo demasiado, escribe: Ojos grises. Lo tacha inmediatamente y pasa la página.

La clase empieza y Sadie presta atención. Es buena estudiante cuando algo le interesa, y hoy, por alguna razón que no se molesta en intentar entender, le cuesta más de lo habitual concentrarse.

Capítulo 3 | Primera infracción

La zona restringida no tiene ningún cartel que diga prohibido el paso. Eso es lo primero que piensa Sadie cuando el subdirector la encuentra en el pasillo del ala este con una cámara de fotos en la mano y cara de quien no entiende el problema. Hay una cadena, una fina, de esas decorativas que en cualquier otro contexto podrían ser el cordón de terciopelo de un museo, con un cartelito metálico que pone Acceso restringido al personal autorizado. No hay verja, no hay alarma, no hay guardia de seguridad. Solo una cadena que Sadie ha pasado por encima con una pierna porque el pasillo del ala este tiene las ventanas más bonitas del edificio y ella quería fotografiarlas con buena luz antes de que el sol cambiara de posición.

Debería haberlo sabido. Los sitios como la Akademie Vítek no necesitan carteles grandes.

El subdirector —el hombre del bigote y la americana marrón de la noche de llegada— la mira como si le hubiera robado algo.

—Señorita Novák.

—En ningún sitio pone que están prohibidas las fotos —dice Sadie con rapidez.

Es un error. Lo sabe en cuanto lo dice. No porque sea mentira, sino porque en este tipo de instituciones esa lógica no funciona; al contrario, y en este punto debería tenerlo tatuado en el cerebro: ha estado en al menos cinco internados iguales a este.

El subdirector la conduce a la planta principal sin decirle adónde van. Sadie lo sigue con la cámara colgada del cuello y la sensación de que esto va a ser más complicado de lo que debería. Cruzan el pasillo central, suben medio tramo de escaleras y se detienen frente a una puerta que Sadie ya conoce porque Ben se la señaló el segundo día.

El subdirector llama dos veces y de inmediato emerge una voz áspera desde el otro lado.

—Adelante.

La oficina de Margaret Blazek es exactamente lo que Sadie habría imaginado si se hubiera molestado en hacerlo: ordenada, sin un solo

objeto decorativo que no cumpla también una función. Una estantería de madera oscura llena de carpetas y archivadores. Un escritorio grande, limpio, con un ordenador y una lámpara de brazo articulado. Dos sillas frente al escritorio, sin cojines. La ventana da al jardín interior, pero las persianas están medio bajadas y la luz que entra es fría.

Margaret está de pie junto a la estantería cuando entran, con una carpeta en la mano, y no levanta la vista de inmediato. Termina de leer una de las hojas, cierra la carpeta y la coloca en su sitio antes de girarse.

—Señor Hamacek —dice casi con aburrimiento. El hombre que tiene frente a ella es tan inútil como un cortador de huevos cocidos—. ¿Qué necesita?

Margaret solo lo mira a él, haciendo sentir a Sadie la persona más invisible del planeta.

—Esta es Sadie Novák, nueva incorporación. La he encontrado en el ala este. —El subdirector hace una pausa pequeña—. Con una cámara.

Margaret por fin desvía la mirada y observa a Sadie. No hace ningún gesto; sus ojos no la recorren como la última vez, se quedan fijos en su rostro, y luego los retira para dirigirse al hombre.

—Gracias —le dice al subdirector—. Déjeme con ella.

El subdirector vacila; no está acostumbrado a esa dinámica. La que siempre siguen es que a Margaret se le informan las infracciones y se impone una sanción, salvo la primera vez, que solo se queda en una advertencia.

Sin embargo, Hamacek prefiere asentir; no tiene el día como para aguantar los comentarios de la jefa de estudios.

Se gira y sale del despacho cerrando la puerta con un clic suave.

—Siéntese —dice Margaret sin mirar a Sadie.

Sadie se sienta en una de las sillas frente al escritorio. Margaret se instala en la silla del otro lado, sin apresurarse. Abre un cajón, saca un cuaderno pequeño de tapas negras y lo coloca frente a ella junto a un bolígrafo.

—Nombre completo —sisea.

—Sadie Novák.

Margaret lo anota.

—Semanas en el centro.

—Dos.

Otro apunte.

—¿Leyó el protocolo de conducta que se entrega el primer día?

—Sí.

—¿Leyó la sección correspondiente a zonas de acceso restringido?

Sadie hace una pausa de medio segundo, lo que es suficiente.

—Sí —repite.

Margaret levanta los ojos del cuaderno. Los tiene fijos en Sadie un momento antes de volver a bajarlos.

—El ala este está en obras de rehabilitación estructural. Está señalizada como zona restringida porque el suelo de algunos tramos no es seguro. —Escribe algo más—. No es una cuestión estética ni arbitraria, señorita Novák. Es una cuestión de integridad física.

Sadie no dice nada. La explicación es razonable. Es más razonable que la que ella misma tenía, que era que el edificio quería parecer más exclusivo de lo que era.

—¿Qué estaba fotografiando?

—Las ventanas —contesta sin un ápice del miedo al que Margaret está acostumbrada—. La luz de las cinco era buena.

—Las ventanas —repite Margaret, como si quisiera asegurarse de haber escuchado bien.

—Sí.

Margaret cierra el cuaderno, deja el bolígrafo encima, junta las manos sobre el escritorio.

—El protocolo establece que una infracción en zona restringida se resuelve con amonestación escrita y notificación a la familia. —La jefa de estudios pega la espalda al respaldo y se lleva las yemas de los dedos a la barbilla—. Sin embargo, dado que la resolución de este tipo de incidencias forma parte de mis competencias directas, he decidido aplicar un criterio diferente.

Hay algo en el tono de esas palabras que hace que a Sadie se le corte la respiración.

—Durante los próximos diez días, señorita Novák, se presentará en esta oficina cada tarde a las seis. Organizará y archivará la correspondencia institucional pendiente de los últimos dieciocho meses. Cartas, correos impresos, comunicados. Cada documento tiene que quedar clasificado, fechado y referenciado en un índice. Es un trabajo que requiere atención y método. —Margaret la mira fijamente—. Lo hará aquí, en este despacho, bajo mi supervisión directa.

Sadie la mira y se obliga a que sus ojos no se abran, a que su cuerpo no se levante y a que de sus potentes cuerdas vocales no salgan los gritos que tiene atascados.

Jodida loca.

—¿Usted va a estar presente? —pregunta Sadie, y cambia el gesto de su cara. Se muerde el labio, algo que siempre le ha funcionado con todo el mundo.

—Así es —Margaret se pone de pie y camina hacia el archivador.

—¿Todos los días?

—Todos los días —confirma Margaret, con el mismo tono con el que antes ha explicado lo del suelo del ala este: como si fuera lo más natural del mundo.

Sadie piensa que no lo es. Piensa que la amonestación escrita habría sido suficiente, que delegar el trabajo de correspondencia en cualquier otro miembro del personal sería más eficiente, que hay aproximadamente siete razones por las que este castigo no tiene sentido como procedimiento institucional. No dice nada; algo le dice que no va a llegar a ningún sitio.

—De acuerdo —contesta con un tono que le recuerda a cuando tenía once años y se vengaba de su compañera de habitación por chivata.

—Bien. —Margaret vuelve a sentarse, coge el bolígrafo, abre el cuaderno en una página nueva—. Empieza mañana. A las seis en punto. No me gusta la impuntualidad, señorita Novák; tenga en cuenta que, si llega tarde, habrá otro castigo. Cierre la puerta al salir.

Sadie siente un escalofrío y no es precisamente de miedo. Al parecer ahora se siente atraída por los castigos. Hay que joderse.

Sale de la oficina sin que Margaret la haya mirado una sola vez más y algo en su piel se resiente, pero lo ignora porque francamente es absurdo.

El primer día, Sadie llega cinco minutos antes de las seis. Estuvo tentada a llegar más tarde, pero algo en el fondo de su cerebro le advirtió que no fuera demasiado estúpida.

Los archivos están en una sala contigua al despacho de Margaret, separada por una puerta interior que está abierta. Cajas de cartón apiladas, carpetas sin etiquetar, documentos sueltos en sobres de papel manila con fechas escritas a mano. Huele a papel viejo y Sadie estornuda dos veces porque su cuerpo reconoce el polvo.

—Si está enferma, le sugiero que vaya a enfermería, señorita Novák —suelta Margaret, y Sadie cree haber visto un atisbo de movimiento en su ceja izquierda—. No necesitamos contagiarnos de nada.

Sadie chasquea la lengua. Esa mujer, como poco, es una imbécil.

—Es alergia, nada más —explica—. Es por el polvo.

—Entonces es mejor que se vaya acostumbrando —lo dice sin ningún tipo de interés, como si sufrir un choque anafiláctico no fuera algo que a ella le importara.

Sadie quiere contestarle, pero Margaret empieza a explicarle el sistema en cuatro frases. Orden cronológico primero, después temático. Cada documento lleva una etiqueta que Sadie tiene que rellenar a mano con un formato específico que Margaret le escribe en un papel. Si hay algo que no entiende, pregunta. Si no hay nada que no entienda, trabaja en silencio.

—¿Preguntas?

—No —dice Sadie.

Margaret asiente y vuelve a su escritorio.

Los primeros veinte minutos son de silencio absoluto, solo el sonido de Sadie moviendo papeles y el sonido ocasional de Margaret pasando páginas al otro lado de la puerta. Sadie trabaja; sabe que está completamente loca, pero le parece más interesante de lo que esperaba: hay cartas de antiguos alumnos, informes académicos, fotografías en blanco y negro de actos institucionales donde todo el mundo sale muy serio con el uniforme de otra época. La Akademie Vítek de los años ochenta no parece tan diferente de la de ahora. Mismos pasillos, misma luz fría, mismas caras.

A las seis y cuarenta, Sadie levanta la vista sin querer.

Margaret está en el umbral de la puerta. No hace nada, solo está ahí, con una taza de café en la mano, mirando lo que Sadie lleva hecho. Sus ojos recorren el cuerpo de la chica; lo hace como si no fuera consciente, y Sadie siente cómo cada parte de ella empieza a arder bajo esas pupilas oscuras.

Margaret respira de repente y Sadie tiene la certeza de que lleva un rato sin hacerlo. Parece darse cuenta de lo que estaba haciendo y levanta la mirada.

—Continúe, señorita Novák —lo dice con un deje de rabia—. Es un castigo, por lo que no hay descansos.

Margaret se gira y vuelve a su escritorio.

Sadie baja la vista. El corazón le va un poco más rápido de lo normal; lo siente en el pecho, en el cuello y en el vientre.

Al segundo día, Sadie nota un ligero cambio.

No es nada visible. Margaret está en su sitio de siempre, revisando documentos, y Sadie está en la sala de archivos con las cajas que contienen cartas de padres que solicitan plaza para sus hijos en el internado. En algún momento Sadie pregunta si estas tiene que organizarlas por fechas —que sería lo más tedioso— o simplemente todas juntas.

Margaret viene hasta la puerta.

—Por fechas —dice—. Primero por año y luego por meses.

Está más cerca de lo que ha estado hasta ahora. No mucho, tres pasos desde el umbral, lo suficiente para ver lo que Sadie tiene en la mano. Y lo suficiente para que Sadie pueda fijarse en sus piernas cubiertas por esa falda que parece formar parte de su uniforme y que le queda exquisitamente bien.

—¿Así? —Sadie le muestra una carta del mes pasado que ha introducido en la carpeta fechada con este año.

Margaret la mira. Extiende la mano para cogerla y Sadie se la da, y durante un segundo sus dedos están muy cerca; no se tocan, pero están cerca. Margaret examina el papel. Asiente una vez.

—Así —dice, y aprieta la mandíbula—. Y dese prisa; va más lenta hoy que ayer.

Casi lo escupe y después se da la vuelta y vuelve al escritorio.

Sadie no se mueve durante un momento. Es una fracción de segundo, probablemente imperceptible, pero es el tiempo que tarda en procesar lo mucho que está disfrutando de estar ahí. Sabe que es un castigo, pero hay algo completamente ajeno a ella que la hace sentir de una manera que nunca ha experimentado.

Una hora después, los pasos afilados de Margaret Blazek resuenan en el oído de Sadie casi sobresaltándola.

—Vaya al comedor; saltarse la cena también puede llevar a una amonestación.

Sadie frunce el ceño.

—¿Cómo me va a amonestar si me salto la cena porque estoy cumpliendo un castigo que usted misma me ha impuesto? —Sadie lo dice alzando la voz y poniéndose de pie al tiempo.

Entonces es cuando lo ve: el rumor del que Isabelle le habló, esa curva en la comisura izquierda que está demasiado lejos de ser una

sonrisa, pero sí cerca de un gesto que indica que algo le ha complacido. Ocurre tan rápido que Sadie duda si se lo ha imaginado o es algo que realmente ha pasado.

—Si quiere poner a prueba mi capacidad para impartir castigos, adelante, señorita Novák; hágalo —Margaret la mira con frialdad—. Y cuide su tono; el respeto es lo que más valoro.

Sadie quiere bufar y contestarle que lo que debería valorar es buscar a un loquero que rebusque en su cabeza, porque demonios, ¿cómo se comporta de esa manera?

—Buenas noches —decide responder Sadie. Es mejor salir de ahí lo antes posible.

—Vaya a la enfermería, señorita Novák; escucharla estornudar durante dos horas agota.

Sadie sale del despacho con ganas de dar un portazo. Baja las escaleras y se une a sus compañeros que caminan hacia el comedor hasta que siente un ligero empujón a su lado.

—¿Qué tal con la bruja? —pregunta Isabelle mirándola con curiosidad—. Yo te veo entera, así que eso es que ha ido bien.

Sadie suelta el aire con fuerza.

—Esa mujer no debería trabajar en un internado sino en una prisión de máxima seguridad.

—Seguro encontraría la manera de que los prisioneros acabaran unos con otros y ella recibiría un premio por limpiar las cárceles de maníacos —contesta Isabelle con seriedad.

Sadie suelta una carcajada y se da cuenta de que hace tiempo que no reía así.

Cuando su padre le dijo que su último año antes de ir a la universidad lo haría en la Akademie Vítek, Sadie se enfadó muchísimo. Ralph es el único familiar que tiene y, desde que su madre murió, la ha mantenido lejos de casa con la excusa de que su trabajo no le permite darle la atención que ella merece.

Ahora piensa que no ha sido tan mala idea que Ralph la trajera de vuelta; a pesar de que en dos semanas ya está pagando su primera penitencia, ha conocido a gente que le cae bien, ha empezado a reír de verdad y, siendo sincera, está disfrutando de las buenas vistas, aunque lleven el nombre de Margaret Blazek.

Capítulo 4 | El padre distante

La videollamada entra a las ocho y cuarenta, bastante más tarde de lo que es completamente normal. Sadie está en la sala de estudio cuando vibra el teléfono —no es suyo, es uno que el internado tiene para recibir llamadas previamente autorizadas— y sale al pasillo, busca un hueco junto a la ventana del fondo donde la señal es mejor y donde Klara no puede verla, porque su compañera de habitación tiene la costumbre de hacer preguntas sobre las llamadas familiares con una empatía que a veces resulta agotadora. Lleva apuntes de historia del arte extendidos encima de la mesa y un zumo que ya ha terminado porque lleva todo ese tiempo esperando a que su padre se digne a aparecer.

La cara de Ralph aparece en la pantalla con el fondo desenfocado de lo que parece una oficina o un hotel; es difícil saberlo con su padre porque los dos sitios se le parecen bastante.

—Sadie. —Sonríe. Tiene una sonrisa ancha, de esas que ocupan toda la cara, que Sadie heredó en versión más contenida—. Estás en el pasillo.

—Mejor señal.

—¿Cómo está el edificio ese?

—Igual que todos los edificios históricos de internado caro. Frío por dentro, impresionante por fuera.

Ralph se ríe. Es una risa verdadera; eso Sadie siempre lo ha sabido distinguir. Su padre tiene muchas versiones de la risa y la real es la más corta, como esa que acaba de emitir.

—¿Y los profesores?

—Iguales. —Se encoge de hombros—. No he tenido tiempo de formarme una opinión todavía.

—¿Tres semanas y todavía no tienes opinión de nadie? —Ralph enarca una ceja—. Eso sería una primera vez.

Sadie no dice nada, lo que es una forma de darle la razón. Detrás de su padre algo se mueve, una sombra, alguien que cruza el fondo del encuadre. Ralph gira la cabeza medio segundo.

—Perdona —dice, aunque Sadie no ha preguntado nada—. Sigue.

—No estaba diciendo nada.

—Ah. —Hace un gesto extraño con los labios—. ¿Y las clases?

—Bien. Historia del arte es más interesante de lo que esperaba. Español, demasiado básico. Filosofía tiene un profesor que habla como si estuviera dictando su propio obituario, pero el temario no está mal.

Sadie es una chica lista, demasiado, si se hace una lista de todas las cosas que sabe. Desde los tres años está oyendo varios idiomas y su padre se ha asegurado de que aprenda al menos tres fluidos. Habla checo —nació en Praga y fue lo primero que aprendió—, pero también habla con fluidez inglés, español y algo de chino mandarín. Es buena con los números, aunque infinitamente mejor con las letras. Piensa con lógica, no responde al azar y su cerebro analiza como si tuviera al menos veinticinco años.

—¿Orientación?

Sadie lo mira. Ralph lo sabe, claro que lo sabe; es el motivo oficial por el que está en la Akademie Vítek. El programa de orientación y trabajo social que tiene el centro es, en teoría, lo que diferencia a este internado de los cinco anteriores.

—El programa empieza el mes que viene —dice—. Todavía estamos en las asignaturas generales.

—Me parece muy bien. —Ralph parece poco interesado—. Es importante que aproveches eso, Sadie. Tu madre habría querido que lo hicieras bien.

Lo dice con naturalidad. Sin dramatismo, sin pausa especial antes de tu madre, como si fuera una frase cualquiera. Ralph siempre ha hablado de Eva así, sin el tono de cristal con el que la gente suele mencionar a los muertos. Sadie lo agradece, aunque siempre le duele de todas formas.

—Lo sé —dice.

—El centro que ella diseñó sigue en pie. —Ralph se recuesta un poco en la silla; el ángulo de la cámara cambia ligeramente—. Lleva años sin la dirección adecuada, ya lo sabes, pero cuando tú termines la carrera, cuando tengas la formación que necesitas, eso podría cambiar. Hay fondos suficientes, solo falta alguien que sepa lo que hace.

Sadie lo escucha. Ha escuchado alguna versión de esta conversación antes, no muchas veces, pero suficientes para

reconocer el tono. Ralph habla del centro de su madre como habla de cualquier otro proyecto: con precisión, con datos, con entusiasmo. No es exactamente frío, pero tampoco es el hombre cercano que a Sadie le gustaría, sobre todo cuando hablan de su futuro y del legado de Eva.

—Papá —dice Sadie.

—¿Qué?

—Para.

Él la mira. Después sonríe otra vez.

—¿Estoy siendo demasiado controlador?

—Un poco.

—Tu madre me decía lo mismo. —Lo dice sin pena—. Que yo convertía todo en un proyecto. Que hasta las vacaciones las planificaba en Excel.

—¿Y lo hacías?

—Todavía lo hago. —Se encoge de hombros—. Hay quien mejora con los años. Yo me hago más yo mismo.

Sadie se apoya en el alféizar de la ventana. Fuera está nublado; el jardín interior está iluminado por las farolas que parecen no apagarse ni durante el día. Hay algo en esta conversación que le resulta familiar de una manera que no es del todo cómoda: la sensación de que Ralph está ahí, completamente presente en ciertos momentos, y en otros está en otro sitio, aunque su cara siga en la pantalla.

—¿Cómo estás tú? —pregunta Sadie.

—Bien. Mucho trabajo. —El hombre se acomoda en la silla—. Estoy en conversaciones con unos socios nuevos para un proyecto en Viena. Ya te contaré cuando haya algo concreto.

—No tienes que contarme los proyectos.

—Ya lo sé. —La mira—. Pero me gusta que sepas lo que hago.

Sadie sabe que esas frases esconden algo que parece verdad y mentira a la vez, porque Ralph le dice lo que hace en términos muy generales, pero nunca en los reales. Le dice que está en Viena, pero no con quién. Que tiene socios nuevos, pero no qué busca de ellos. Le cuenta el esquema, pero no lo de dentro, y Sadie lleva suficientes años sola, con mucho tiempo para analizar a su padre, como para saber que siempre oculta algo.

—He tenido un pequeño incidente esta semana —dice Sadie.

Ralph levanta las cejas.

—¿Qué tipo de incidente?

—Entré a una zona restringida sin querer. Bueno, sin querer del todo. Tenía la cámara y quería fotografiar unas ventanas.

—Sadie, esas cosas no puedes hacerlas y lo sabes.

—El suelo no era seguro; resulta que hay obras. No lo sabía. —Sadie se pasa los dedos por la melena—. Y la jefa de estudios me puso un castigo. Diez días ordenando el archivo de correspondencia y lo estoy cumpliendo.

—¿La jefa de estudios intervino directamente? —La pregunta de Ralph llega un segundo después de lo normal.

—Sí —contesta Sadie, que sabe que su padre está sorprendido porque normalmente ni funciona así—. Dicen que es lo habitual en este centro. Que ella lleva el funcionamiento real del sitio.

—¿Cómo se llama?

Sadie lo piensa un momento; Ralph no suele hacer preguntas concretas sobre el personal de los internados donde la manda.

—Blazek. Margaret Blazek.

Ralph asiente. Una vez, despacio. Sus ojos no se mueven de la pantalla, pero algo en su expresión hace un cambio sutil que, si ella no conociera a su padre, no habría notado.

—¿Es competente?

—Es aterradora —dice Sadie—, pero sí, supongo que sí.

—Entonces es la indicada. —Ralph vuelve a recostarse—. Mejor aterradora y competente que agradable y mediocre.

Se miran un momento. Es uno de esos instantes en los que Sadie puede ver a su padre con claridad, sin el filtro de la distancia ni el de la pantalla: un hombre que la quiere, que toma decisiones sobre su vida con la convicción de que son las correctas, y que nunca ha aprendido a estar presente de la manera que ella necesitaría.

—El fin de semana que viene tengo una reunión el sábado —dice Ralph—, pero el domingo puedo llamarte por la mañana si quieres.

—El domingo tengo revisión de exámenes hasta la una.

—Por la tarde, entonces.

—Vale.

Detrás de Ralph suena algo. Él gira la cabeza; la misma sombra de antes, y él levanta una mano en dirección a esa persona.

—Sadie, tengo que dejarte.

Ella lo mira.

—Vale.

—El domingo, ¿de acuerdo? Cuídate. Y nada de más zonas restringidas.

—Demasiado tarde para ese consejo.

Ralph se ríe otra vez y corta la llamada.

Sadie se queda un momento apoyada en el alféizar con el teléfono en la mano y luego vuelve a la sala de estudio a terminar sus deberes.

A las seis de la tarde entra al despacho de Margaret Blazek después del mismo «adelante» completamente hosco de cada día. Deja la mochila en el suelo junto a la puerta y se quita la chaqueta del uniforme. La puerta interior de la sala de archivos está abierta como siempre. Sadie la cruza y se detiene.

La sala está diferente.

Tarda un momento en identificar qué ha cambiado. Las cajas siguen en el mismo sitio, la mesa de trabajo igual, la lámpara de pie que Sadie ha estado usando estos días en el mismo rincón, pero hay algo en el aire, o más bien algo que no hay: el olor a polvo viejo que la hizo estornudar el primer día y el segundo y parte del tercero. Sadie mira la estantería del fondo, las superficies de la mesa, el suelo junto a los archivadores. Todo está impoluto. Sin una mota.

—Señorita Novák, ¿piensa quedarse ahí de pie sin hacer nada o tengo que hacer su trabajo por usted? —La voz de Margaret llega desde el escritorio sin levantar la vista de lo que lee. Es fría y directa como siempre.

—Me pongo a ello —contesta Sadie sin decir nada más. No sabe qué pensar y tampoco cree que compartir su inquietud con esa mujer sea lo más inteligente.

Se mete en la sala y cierra la puerta interior hasta dejarla entreabierta, como siempre. Se sienta frente a la siguiente caja sin clasificar, trabajando en silencio durante un buen rato y, esta vez, sin estornudar.

Capítulo 5 | Lo que Margaret no se explica

El despacho de Margaret Blazek tiene una sola ventana, orientada al norte, y en invierno la luz se va antes de las cinco. Ella nunca enciende la lámpara del techo. Trabaja con el flexo de la mesa, que proyecta un círculo preciso sobre los papeles, y con la penumbra del resto como fondo. Le gusta así. El orden visual le ayuda a pensar.

Son las nueve y cuarto de la noche y el edificio está en ese silencio particular que tiene Akademie Vítek cuando los estudiantes han terminado de cenar y aún no han empezado a hacer lo que no deberían. Margaret lo conoce bien, ese silencio. Lleva cuatro años aquí, los últimos dos como jefa de estudios, y ha aprendido que cuando no hay ruido, es que lo verdaderamente inquietante está ocurriendo.

Sobre la mesa tiene cinco expedientes. Los revisa cada viernes, los de los estudiantes que han requerido intervención directa durante la semana, y hoy son cinco porque ha sido una semana ordinaria, en el sentido de que nada ha salido de los márgenes de lo que Margaret puede anticipar y gestionar. Hay dos casos de plagio en trabajos de primer año, uno de ellos con agravantes, un estudiante que lleva tres semanas durmiendo menos de cuatro horas y cuya tutora lleva el mismo tiempo sin hacer nada al respecto, y una chica de segundo que tiene una situación familiar complicada que va a necesitar atención sostenida durante los próximos meses.

Los cuatro primeros los despacha en cuarenta minutos. Anota, decide y cierra, como siempre, con eficacia. No necesita darle más vueltas a lo que ya tiene claro.

El quinto es el de Sadie Novák.

Margaret lo coge y lo abre con lentitud mientras respira con tanta profundidad que se marea. Es un expediente delgado todavía —llevan cuatro semanas de curso—, pero hay suficiente: el formulario de admisión, el historial académico de los cinco internados

anteriores, los informes de los tutores que la han tenido antes y la ficha de la infracción. Margaret ya lo ha leído dos veces. Tres, si es precisa, aunque la segunda fue una revisión rápida que no cuenta.

Lo revisa una cuarta vez.

La razón es evidente: esta estudiante es un problema potencial. No en el sentido de que vaya a hacer algo grave, sino que tiene un patrón de comportamiento que, si no se vigila de cerca desde el principio, puede generar fricciones innecesarias. Margaret ha visto ese patrón antes. Estudiantes inteligentes que se aburren, que empujan los límites no por rebeldía sino por necesidad de estímulo, que confunden la norma con la arbitrariedad porque nadie se ha tomado la molestia de explicarles la diferencia. Son los casos que más trabajo dan a largo plazo si se ignoran en las primeras semanas.

Esta en concreto tiene además una historia de movilidad que complica las cosas. Cinco internados en ocho años. Margaret ha visto ese tipo de historial antes también, y sabe lo que produce: estudiantes que aprenden muy deprisa a hacerse dueños de los sitios que pisan, a identificar dónde están los márgenes y a moverse en ellos con una soltura que ella está segura de que es descaro. La infracción de su primera semana en el internado encaja perfectamente en ese perfil. La zona restringida, la cámara, el argumento de las ventanas. Deliberada o no, a Margaret no le pasa desapercibido que la acción es de alguien que pone a prueba hasta dónde puede llegar.

Margaret anota en el margen del expediente: seguimiento preventivo. Dos palabras. Es lo que haría con cualquier caso parecido.

Cierra el expediente, lo deja sobre los otros cuatro y se da cuenta de que siente un cosquilleo en las manos. Lo ignora porque no le está pasando nada, esta chica es una estudiante cualquiera, sin relevancia para ella.

Coge el bolígrafo, anota dos cosas en su agenda para la semana siguiente y durante un buen rato está concentrada hasta que su mente la sabotea.

—Joder —chasquea la lengua, decepcionada con ella misma.

Vuelve a coger el expediente de Sadie Novák, lo abre por la página del historial académico y se muerde los labios. Los resultados son buenos, mejores de lo que su comportamiento y esa pose llena de altanería harían suponer. No excelentes en todo —hay asignaturas

donde el rendimiento es claramente por debajo de su capacidad—, pero hay otras donde los informes de los tutores anteriores incluyen frases como «pensamiento lateral excepcional» y «capacidad analítica muy por encima de la media del grupo». Margaret lee esas frases y el cosquilleo que tenía en las manos se instala en su vientre.

Y entonces la jefa de estudios se da cuenta de dónde está el problema. Durante el castigo, mientras Sadie Novák estaba en la sala contigua clasificando correspondencia, Margaret ha sido más consciente de su presencia de lo que es habitual con los estudiantes que cumplen sanciones en su despacho. Entonces nota el segundo problema: ningún estudiante está en su despacho más tiempo del estrictamente necesario, y eso suelen ser cinco minutos. Margaret no ha controlado el impulso de tener a esa chica durante diez días cerca de ella.

Alguien toca la puerta y ella cierra el expediente de golpe. Odia las interrupciones, pero esta la agradece porque su cuerpo había empezado a humedecerse.

—Adelante —dice con su habitual voz seca.

El profesor Pavel Cerny lleva dos años en la Akademie Vítek. Es un hombre atractivo, con aspecto de boxeador profesional que ha ganado más premios por guapo que por pelear bien, y lleva exactamente el mismo tiempo intentando llevarse a Margaret a la cama.

—Buenas noches, Margaret —la saluda con una sonrisa que debería derretirla en vez de repugnarla.

—¿Qué necesitas, Pavel? —pregunta sin contestar el saludo y revisa su reloj de pulsera—. Es muy tarde para que todavía estés por aquí.

Pavel se pasa la mano por el pelo. Lo lleva corto por los lados, pero algo largo por arriba, y Margaret está convencida de que tiene un tic de tocarlo cada diez segundos.

—Ya me iba, pero vi que había luz en tu despacho —se queda callado un segundo, pero Margaret no abre la boca, solo lo mira como si quisiera clavarle un cuchillo en el cuello—. Iba a tomar una hamburguesa y quería saber si querías acompañarme.

Margaret lo analiza durante unos segundos que quizá se extienden demasiado. Pavel no parece un mal hombre; de hecho, admira su inteligencia. Ella siempre ha sido de las que les gusta lamer cerebros en vez de pollas, y Pavel tiene uno muy atractivo. El problema es que

Margaret no tiene ni tiempo ni ganas; además, lleva años en una especie de línea confusa sobre lo que realmente le gusta, y sin duda no buscará una respuesta a través de Pavel.

—Ya he cenado —contesta, y de una manera inconsciente pasa los dedos sobre la carpeta que guarda el expediente Novák—. Además, tengo mucho trabajo.

—Son las diez de la noche de un viernes, Margaret —dice Pavel con tono pausado.

—¿Y? —pregunta—. ¿Eso debería significar algo?

Pavel sabe que esta mujer es un objetivo imposible.

—Al parecer, no —vuelve a pasarse la mano por el pelo y Margaret quiere cortársela—. Ten buena noche, Margaret.

—Cierra al salir.

Su madre —gracias a Dios que está muerta— siempre le decía que con ese carácter se iba a quedar sola toda la vida, y Margaret pudo demostrarle durante años que se equivocaba. Es preciosa, el tipo de mujer que no necesita ponerse un traje a medida para verse bien porque con cualquier prenda se vería espectacular; sin embargo, viste trajes a medida, zapatos de tacón absurdamente altos, y su rostro cincelado de ojos grises ha causado algún infarto a lo largo de su vida.

Margaret vuelve a abrir el expediente de Sadie y esta vez revisa la página de contactos. El padre: Ralph Novák, inversor, residente en Praga. Número de teléfono, dirección de correo electrónico, una nota que indica que ha confirmado toda la documentación de admisión sin necesidad de seguimiento adicional. Eficiente. La madre: Eva Zeman, fallecida. Pasa la página y lee que era profesora, concretamente, orientadora. Hay una sola línea en el formulario para el contacto de emergencia alternativo, que está en blanco, lo que significa que Ralph Novák es el único referente familiar.

Margaret se queda con esos datos grabados en la memoria, no entiende el motivo, pero ahí están y conoce a su cerebro: seguro le servirán más adelante porque hay algo en Sadie que está haciendo que piense demasiado en ella. La chica fue colaboradora cuando Hamacek la atrapó en la zona restringida y en su despacho, Sadie no hizo nada que le diera a Margaret una razón adicional para endurecer la sanción, pero hubo un momento en que esa mirada desafiante cambió y se convirtió en algo que Margaret interpretó como sumisión, y no pudo soportarlo.

Cierra los ojos y la recuerda arrodillada mientras ordenaba la correspondencia, y Margaret no puede evitar humedecerse los labios.

—¿Qué voy a hacer contigo, Sadie Novák? —susurra mientras se levanta de su silla y mira hacia la ventana.

Cuatro años en Akademie Vítek. Antes, cuatro en un centro de secundaria en Brno donde aprendió que la disciplina sin una metodología clara no funciona, y antes de eso una carrera en pedagogía que eligió porque era lo más parecido a lo que quería hacer. La jefatura de estudios llegó antes de lo que nadie esperaba, incluso ella. Hay personas que la temen, lo sabe, hay estudiantes que cruzan al otro lado del pasillo cuando la ven venir, y eso no le produce incomodidad sino satisfacción.

Se inclina sobre su mesa y saca la agenda. Busca la semana siguiente. El miércoles tiene una reunión con los tutores de segundo a las diez. El jueves, revisión de presupuesto con la directora administrativa. Los huecos del martes están casi vacíos.

Escribe: Novák — seguimiento, 17h.

Cierra la agenda, apaga el flexo y sonríe. Esa noche puede que duerma mejor de lo que ha dormido en los últimos años.

Capítulo 6 | Castigo número dos

Sadie camina por el pasillo, con la nota de citación doblada en el bolsillo del uniforme, y todavía no ha llegado a ninguna conclusión satisfactoria sobre si sabía lo que estaba haciendo cuando lo hizo. Puede pensar durante más tiempo, pero la respuesta honesta es que no lo sabe.

Hay una norma en la Akademie Vítek que prohíbe el uso de dispositivos personales en las zonas comunes de lunes a domingo y solo los fines de semana está permitido, pero en las habitaciones de cada estudiante. La norma existe, está en el reglamento, Sadie la ha leído porque es de las que leen los reglamentos de todos los sitios donde la mandan, no por obediencia sino porque necesita saber exactamente dónde están los límites antes de decidir qué hacer con ellos. El martes a las once y cuarenta, en la sala de lectura del ala este, Sadie ha sacado su teléfono y ha hecho tres fotografías de una ilustración de un libro que necesita para el trabajo de historia del arte porque la biblioteca no tiene escáner disponible hasta el jueves y el trabajo es para el miércoles.

Es una razón perfectamente válida. También podría haberle pedido al profesor que le diera una prórroga, o haber ido a secretaría a solicitar un permiso especial para el uso del dispositivo, o haber esperado al jueves y entregado el trabajo con retraso asumiendo la penalización. Hay al menos tres alternativas que no implican sacar el teléfono en la sala de lectura a las once y cuarenta de un martes.

Sadie no ha considerado ninguna de ellas. La profesora de guardia la ha visto, aunque ella no se ha dado cuenta, y ha anotado la falta. Luego a las dos de la tarde ha encontrado una nota doblada en la ranura de su taquilla con su nombre escrito a mano.

Despacho de la jefa de estudios. Hoy, 17:30. — M. Blazek

Klara, que estaba cambiándose los zapatos cuando Sadie abre la taquilla, levanta la mirada.

—¿Blazek?

—Sí.

Klara ha negado con la cabeza como si Sadie hubiera degollado a un animal indefenso.

—¿Qué has hecho?

Sadie ha releído la nota en sus manos sabiendo perfectamente que la han pillado con el móvil en la mano.

—Nada grave —ha contestado y ha doblado la nota para guardarla en su bolsillo.

Klara la ha mirado con desconfianza.

—Las notas de Blazek son bastante graves —ha dicho su compañera—. Créeme, llevo años aquí.

—Ya lo sé —le ha dicho, y se ha marchado antes de que Klara pueda hacer más preguntas.

Entonces ahí está, a las cinco y media en punto abriendo la puerta del despacho después de un hosco Adelante que le ha sonado a bofetada. Margaret está de pie junto a la ventana, no sentada detrás del escritorio como la primera vez, y ese detalle hace que Sadie sienta un escalofrío sin saber exactamente qué. Lleva el mismo tipo de traje de siempre, gris oscuro hoy, la misma postura, los mismos zapatos de tacón que producen ese sonido que Sadie ya está aprendiendo a detectar en los pasillos de mármol que anuncia su llegada antes de que aparezca.

—Cierre la puerta —dice Margaret sin girarse.

Sadie lo hace y se queda junto a la madera un momento, sin avanzar, esperando alguna indicación que no llega. Margaret sigue mirando hacia la ventana. Fuera el jardín norte está en penumbra, las farolas encendidas ya, aunque todavía no ha oscurecido del todo.

—Siéntese.

Sadie se sienta en la silla frente al escritorio. Margaret se gira entonces, la mira un segundo, y rodea la mesa para sentarse. Abre una carpeta, la hojea y la cierra. Parece una especie de robot, sin un gesto de más, sin nada que le dé a Sadie una pista sobre esta enigmática mujer.

—Dispositivo personal en zona común. Martes, once cuarenta —dice como si leyera un parte, aunque la carpeta ya está cerrada—. ¿Alguna explicación?

—Necesitaba fotografiar una ilustración para historia del arte —contesta de inmediato, aunque en su voz no hay ninguna vacilación —. La biblioteca no tiene escáner disponible hasta el jueves.

—¿Y el trabajo es para cuándo?

—Mañana.

Margaret la mira. No dice nada durante un momento.

—Señorita Novák —Margaret lo dice con sequedad, pero a Sadie le parece una caricia en su piel—. Hay opciones para eso y llevar su móvil personal fuera de su habitación un día de semana no es una de ellas.

Margaret la mira y Sadie puede ver cómo esos ojos grises empiezan a tener puntos rojos que parecen fuego.

—Entréguemelo. —Margaret extiende una mano por encima de la mesa.

Sadie abre la boca, completamente indignada.

—Es que…

—Es que nada, señorita Novák, no haga que su castigo se intensifique. —Margaret no puede evitar lamerse los labios—. Entrégueme el móvil y no me diga que no lo ha traído porque sé que estaría mintiendo.

Sadie clava sus ojos verdes en ella y cree ver un pequeño movimiento de hombros en Margaret.

—Aquí lo tiene.

Sadie lo pone sobre la mano de Margaret con más fuerza de la que ha calculado y roza sus dedos sin querer. Levanta la mirada de inmediato porque Margaret ha soltado una especie de sonido muy parecido a un gemido.

—Esa es la segunda infracción en menos de un mes, señorita Novák. —Se recuesta ligeramente en la silla—. El patrón me interesa más que el incidente concreto.

—No hay patrón —dice Sadie—. Hay dos situaciones distintas.

—Hay dos situaciones en las que usted tenía alternativas y eligió la que requería saltarse una norma. Eso es un patrón.

Sadie no responde porque comprende que discutir con esa mujer sería como hacerlo con una pared derruida.

—Hay una sala en el ala norte que lleva dos semanas esperando ser inventariada. Materiales didácticos, mayoría del año pasado, algunos anteriores. Necesitan catalogarse, clasificarse y prepararse para su posible digitalización. —Levanta los ojos—. Usted se encarga. Empezando hoy.

—¿Hoy?

Margaret levanta una ceja.

—¿Tiene algo más que hacer? —Sadie se mantiene en silencio—. Ya lo veo. En veinte minutos empieza. Le doy tiempo para cambiarse el uniforme si lo necesita porque el polvo de esa sala va a arruinarle la chaqueta.

Sadie siente cómo sus muslos se tensan de repente y no puede evitar que la pregunta salga de su boca.

—¿Usted va a supervisarlo?

La expresión de Margaret no cambia, pero por dentro hay un reloj que se ha activado sin que ella hubiera podido frenarlo.

—Tengo trabajo —escupe Margaret—. En todo caso, pasaré a revisar el progreso en algún momento.

La sala del ala norte está completamente llena de polvo y Sadie estornuda nada más entrar. El olor a papel viejo le penetra las fosas nasales y tiene que llevarse una mano a la nariz para evitar una arcada. Hay estanterías hasta el techo, cajas sin etiqueta apiladas en el suelo, mapas enrollados en un rincón que cuando Sadie los toca sueltan polvo suficiente para hacerla toser durante treinta segundos seguidos.

Empieza por las cajas porque son lo más inmediato. Hay un sistema, o lo hay cuando termina de inventar uno: abre, identifica, anota en el cuaderno que Margaret ha dejado sobre la mesa junto a la puerta, cierra o deja abierta según si requiere revisión adicional. Es un trabajo mecánico y Sadie es buena con los trabajos mecánicos porque le dejan la cabeza libre para otras cosas.

El problema es que esta noche la cabeza libre no es un sitio donde quiera estar. Lleva una hora trabajando cuando escucha los pasos en el pasillo. Los reconoce antes de que la puerta se abra, ese sonido particular sobre el mármol, y hace un esfuerzo consciente para no girarse.

Margaret entra y mira el cuaderno que Sadie ha dejado sobre la mesa. Lo coge y lo lee, revisando cada línea como si fuera la fórmula secreta de algún fármaco milagroso. Sadie sigue de espaldas, abriendo la siguiente caja, que contiene lo que parecen ser modelos anatómicos de principios del siglo veinte envueltos en papel de seda.

—Parece que ha elegido un sistema de clasificación razonable —dice Margaret.

—Gracias.

—No era un cumplido, señorita Novák.

—Ah. —Sadie saca uno de los modelos con cuidado—. Entonces gracias de todas formas.

Durante unos minutos no se oye nada en la sala, salvo algo que a Sadie le ha erizado la piel. La respiración de Margaret Blazek ha cambiado. Cuando ha entrado, parecía más pausada, tranquila. Ahora es acelerada con suspiros cortos.

Sadie no quiere prestarle atención, desde hace días que Margaret vive en su mente y eso no es bueno para ella porque está segura de que está interpretando cosas de forma errónea, ya que es completamente absurdo que una mujer como la jefa de estudios se fije mínimamente en alguien como Sadie. No porque no sea lo suficientemente atractiva, Sadie lo es y lo sabe muy bien, pero es por la diferencia de edad, el cargo de Margaret y esa manera de tratarla con la punta del pie que definitivamente le confirman que esa mujer no tiene corazón.

—Estos modelos necesitan una categoría aparte —dice Sadie, que no sabe dónde colocarlos—. No encajan con el material didáctico general.

—Anótelos como material científico histórico —dice Margaret desde el fondo—. Hay un criterio de catalogación del archivo central que los diferencia del material pedagógico estándar.

Sadie frunce el entrecejo.

—¿Cómo sé cuál es ese criterio?

Margaret respira con fuerza como buscando una calma que no tiene.

—Venga aquí.

Sadie deja el modelo en la mesa y va hacia el fondo de la sala. Margaret está delante de una estantería con dos cajas abiertas a los pies, tiene el cuaderno en la mano y hay un centímetro de polvo en la manga derecha de la chaqueta que probablemente le va a molestar en cuanto lo note. Señala una de las cajas.

—Material con datación anterior a 2020 y uso no curricular: científico histórico. Material posterior o de uso curricular documentado: pedagógico general. Si hay duda, científico histórico por defecto.

Están de pie una al lado de la otra, mirando la caja. Sadie lo anota en el cuaderno, que Margaret sigue sosteniendo, y para escribir tiene que inclinarse ligeramente hacia él. La manga de Sadie roza la de Margaret. Medio segundo, ni siquiera eso.

Margaret siente un pinchazo aguado y ojalá fuera en el pecho. No se mueve.

Sadie termina de anotar y se incorpora.

—¿Cuánto tiempo tengo para terminar esto? —pregunta. La voz le sale normal. Eso es un logro.

—Una semana —dice Margaret—. Y entonces, sin que Sadie pueda pensar qué ha cambiado exactamente, añade con la voz ronca: —No tiene que terminarlo todo en una noche.

No es la frase que Margaret suelta, es la forma en que la dice. La voz baja, ronca, los ojos brillantes y un leve temblor en las manos.

Sadie rompe el momento con un estornudo inoportuno.

—Déjelo por hoy, señorita Novák, al final acabará contagiando a medio internado.

Sadie se pasa el dorso de la mano por la nariz con enfado.

—Le he dicho que…

—Sí, que es alergia, pero sigo escuchándola estornudar. Vaya a la enfermería.

Margaret deja el cuaderno encima de la mesa y sale de la sala sin más. Los pasos en el pasillo alejándose.

Sadie se queda en la sala más tiempo del necesario porque en su cabeza hay demasiadas cosas a la vez y ninguna tiene una explicación coherente. Tiene polvo en las rodillas del pantalón y un frío que le cala los huesos porque la sala no tiene calefacción propia.

Decide regresar a su dormitorio. Camina hacia el ala este con las manos en los bolsillos del pantalón. El edificio está en silencio, la hora de estudio libre ha terminado hace veinte minutos, en los dormitorios hay luz todavía detrás de algunas puertas. Klara probablemente esté despierta y es seguro que tenga preguntas, pero Sadie no tiene respuestas todavía. Lo que tiene es el pecho más caliente de lo que debería estar para ser noviembre en un edificio sin calefacción. El pulso a un ritmo tan acelerado que, si un médico estuviera frente a ella, la llevaría a urgencias y la sensación, persistente e imprecisa, de que algo en la última hora ha tenido más importancia que todos los eventos de sus últimos ocho años.

No sabe qué hacer con eso.

De momento camina, y deja que el frío del pasillo haga lo que pueda.

Capítulo 7 | La investigación

Margaret no usa el término investigar ni siquiera en su cabeza. Lo que hace ella esa noche, con el ordenador abierto y una taza de té que sigue hirviendo sobre su mesa, es documentarse. Es una distinción importante. Documentarse es parte del trabajo: conocer el contexto familiar de los estudiantes con perfiles complejos ayuda a anticipar problemas, a evaluar los castigos, a entender qué hay detrás de un patrón de comportamiento antes de que se convierta en algo que requiera intervención mayor. Margaret lo hace con regularidad. Lo ha hecho siempre.

Lo que no hace con regularidad es quedarse mirando la pantalla a las once de la noche con el segundo té, este de menta, humeante a su lado.

Empieza por lo obvio: el expediente académico completo, los informes de los cinco internados anteriores. Ya los ha leído, pero esta vez los lee en orden cronológico, buscando consistencia por si algo se le ha escapado las primeras veces. Lo que encuentra es la historia de una estudiante que en cada nuevo centro tarda exactamente tres semanas en detectar dónde están los límites y dos semanas más en empujar contra ellos. Sin excepción. Cinco centros, el mismo patrón. Los tutores que la han tenido antes usan palabras distintas para describir lo mismo: independiente, difícil de encuadrar, necesita organización clara, responde mejor a la autoridad directa que a la negociación. Uno de ellos, en Zúrich, escribe simplemente: brillante e incómoda en igual medida. Margaret lee esa frase dos veces.

Después abre otra pestaña.

Ralph Novák es fácil de encontrar. Inversor, cincuenta y ocho años, Praga. Hay suficiente información pública: participaciones en proyectos inmobiliarios en Austria y Chequia, una fundación con su nombre vinculada a iniciativas de salud mental comunitaria, apariciones en eventos del sector financiero. Nada llamativo. El tipo de hombre que aparece en muchos titulares aquí y allá sin ser

siempre el protagonista. Margaret lee lo básico, anota el nombre de la fundación, y entonces ve la referencia al centro.

Centro Eva, dice el artículo. Un proyecto de orientación psicológica y trabajo social en las afueras de Praga, en desarrollo desde hace años, vinculado a la fundación Novák. La nota es breve, de una publicación del sector, y menciona que el proyecto está concebido como homenaje a Eva Zeman, psicóloga y orientadora fallecida en 2017, cuyo trabajo en comunidades vulnerables fue reconocido por varias instituciones educativas checas.

—Eva Zeman —susurra Margaret mientras teclea buscando su nombre en otra pestaña.

La mujer aparece en menos sitios que su marido, lo cual tiene sentido: era profesora, no inversora, pero hay suficiente. Un artículo en una revista pedagógica checa de 2012, traducido al inglés de forma mediocre, que describe un programa de orientación que ella diseñó para centros con alumnado en riesgo de exclusión. Una mención en la página de un colegio de Brno donde trabajó durante unos años. Una foto en máxima resolución de tamaño grande en la que aparece de pie delante de un grupo de estudiantes adolescentes con la mano levantada señalando algo fuera del encuadre, y que Margaret amplía más de lo necesario antes de darse cuenta de lo que está haciendo.

Piensa que es preciosa, como su hija, y el pensamiento le deja a Margaret la boca seca. En ese momento su mente ha carecido del control al que lleva sometida mucho tiempo, sobre todo desde hacía semanas, cuando Sadie entró a la Akademie Vítek.

En la foto Eva Zeman tiene unos cuarenta años, el pelo oscuro recogido de cualquier manera, una chaqueta perfectamente tallada a su cuerpo y un gesto, el resto, que expresan con sinceridad que está justo donde quiere estar haciendo exactamente lo que más le gusta.

Murió con cuarenta y un años.

Sadie era una niña.

Dos golpes secos en la puerta hacen que Margaret cierre las pestañas de inmediato como si estuviera cometiendo un delito del que no quiere ser descubierta, aunque se detiene a pesarlo: quizá, sí que lo está cometiendo.

—Adelante —dice mientras coge su taza de té.

—Los informes que me pediste —suelta Filip Vesely, profesor de artes dramáticas y el único amigo de Margaret.

—Buenas noches para ti también —contesta ella llevándose la taza a los labios.

Filip hace una mueca y deja la carpeta sobre la mesa sin ningún cuidado.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —responde Filip ignorando el comentario.

—Lo mismo podría preguntarte a ti —Margaret levanta una de sus cejas—. Se me ha ido la hora, no me había dado cuenta de que era tan tarde.

Ahora es Filip quien levanta la ceja.

—Espero que no estés diseñando nuevas ideas de castigo para la chica Novák —suelta de repente, y nota cómo la taza de Margaret tambalea en su mano.

Ella la deja sobre la mesa para evitar tirársela encima. Su mejor amigo es quien más la conoce en el mundo. Estudiaron juntos desde que tenían seis años y el único momento en el que se separaron fue cuando Filip se fue a París a hacer una especialización de teatro, aunque Margaret siempre supo que se fue tras un francés que lo dejó pocos meses después.

—Te has cebado con ella —Filip continúa mientras se deja caer en la silla frente a ella—. La has castigado no solo pasando días dentro de tu despacho sino en la vieja sala del ala norte.

Filip ladea la cabeza mientras la mira con los ojos entrecerrados. La palabra despacho la ha dicho con calma, despacio, como para que Margaret entendiera su punto. Y claro que lo entiende porque ella más que nadie sabe que jamás castiga a los estudiantes dentro del que considera su refugio.

—Alguien tiene que trabajar en este sitio —dice Margaret con la barbilla levantada—, y supervisar a los estudiantes me quita tiempo. Simplemente he organizado bien mi tiempo. Practicidad, Filip.

El hombre suelta una carcajada irónica.

—Y ahora das explicaciones sobre tus decisiones. —Filip niega con la cabeza, y a Margaret se le acelera el pulso.

Ahora su amigo sí la mira con una mezcla de ternura y hermandad.

—Cuidado, cariño —le aconseja su amigo—. Jamás has cruzado esa línea, no lo hagas ahora.

Margaret lo mira, pero no contesta. Simplemente se queda ahí sin parpadear mientras su amigo se levanta y estira su espalda soltando

un pequeño rugido.

—Estoy agotado —le dice mientras camina hasta la puerta y se gira antes de salir—. Para la próxima, recuérdame que a mi edad ya no puedo quedar con hombres de veintidós años, son insaciables —sonríe, porque es exactamente la clase de hombres que le gustan a Filip Vesely—. No te quedes hasta más tarde, aunque tu casa esté aterradoramente cerca de este sitio. Coger el coche a esta hora no es lo más seguro.

Filip sale de su despacho despidiéndose con un movimiento de manos. Su amigo siempre ha sido protector con ella, observador de una manera que a veces da miedo, y la persona más sensata que Margaret conoce. Filip tiene razón, ella jamás ha cruzado una línea prohibida, su comportamiento ha sido intachable y debe seguir así. El problema es que Sadie Novák se ha metido en su cuerpo como una especie de virus que por más que ha intentado sacarlo, se ha resistido poderosamente.

Las manos le pican por seguir revisando la vida familiar de los Novák, pero decide centrarse en otra cosa porque si no se volverá loca. Debería hacerle caso a Filip e irse a su casa, pero está harta de esa soledad que ella misma se ha impuesto después de que sus últimas relaciones fueran un desastre. Se siente cómoda en su despacho, en su sitio, su zona de confort.

Abre el correo porque tiene diecisiete mensajes sin leer, la mayoría irrelevantes a esta hora, pero hay uno de la directora administrativa sobre el presupuesto del jueves y uno de un tutor de tercero con una consulta que puede esperar hasta mañana. Los responde. Los dos, y cuando termina son las doce y cuarenta. Fuera llueve, Margaret no lo ha oído hasta ahora, pero está lloviendo contra la ventana con una insistencia que no es exactamente tormenta, pero que deja la sensación de un mal augurio.

La boca de Sadie aparece en sus pensamientos de manera fugaz y Margaret la aparta de su mente como si fuera una serpiente venenosa.

Saca su móvil y busca la aplicación que una colega le mencionó hace meses, una de esas plataformas para conocer gente. A Margaret nunca le han gustado este tipo de cosas; de hecho, se la descargó, creó su perfil, pero nunca la usó. Para ella, la mejor manera de conocer a alguien es el tropezón tonto en la salida de un bar o una

mirada de más en la cafetería donde desayuna los domingos, no tras una pantalla que puede esconder demasiados secretos.

Los resultados son poco esperanzadores y le lleva diez minutos confirmarlo. Quizá no es el momento. No es tampoco lo que busca, aunque no tiene claro qué busca exactamente, o más bien sí lo tiene claro y precisamente por eso no va a abrir esa aplicación esta noche ni ninguna otra noche próxima.

Piensa en Pavel Cerny durante un segundo involuntario. Pavel es un hombre razonablemente inteligente, sin ser extraordinario, y no le repugna como persona. Sí le repugna como opción. Hay algo en la idea que le produce el mismo efecto que ponerse un zapato del número equivocado: técnicamente funciona, en la práctica es un error desde el principio.

Aparta el pensamiento. Lo que necesita es dormir. Mañana tiene la reunión de tutores a las diez, la revisión de presupuesto el jueves, y el martes tiene anotado Novák, seguimiento, 17h en la agenda, que es una reunión profesional con una finalidad concreta y que Margaret va a conducir con la misma profesionalidad de siempre. Eso está claro.

Margaret cierra el ordenador. Se queda sentada en el escritorio con la pantalla apagada delante. Y después de unos minutos, apaga el flexo.

En la oscuridad del despacho, con la lluvia fuera, Margaret se permite durante exactamente un momento reconocer que lo que ha hecho esta noche no era documentarse.

Solo un momento.

Después se levanta, recoge la taza, y sale del despacho. Necesita dormir.

Capítulo 8 | Tutoría

El castigo termina puntual. Sadie lo sabe porque lleva media hora mirando el reloj de pared del despacho de Margaret con cautela porque no tiene nada mejor que hacer, pero tampoco quiere que se note demasiado. Es un reloj antiguo, de los de manecillas, con el marco dorado algo descascarillado en la parte inferior izquierda. El tipo de detalle que uno no busca, pero encuentra cuando lleva varios minutos ordenando el inventario visual de una habitación por no mirar a la persona que ocupa el escritorio.

Ha estado aquí tres tardes esta semana. La primera fue incómoda. La segunda fue aburrida. Esta ha sido las dos cosas a la vez, que es peor.

Lo que ha hecho en estas tardes tampoco ha sido exactamente un castigo en el sentido dramático de la palabra: revisión de expedientes de estudiantes de cursos anteriores, organización de carpetas físicas que Margaret considera que deben estar organizadas de una manera concreta y que Sadie ha tenido que rehacer dos veces porque la primera vez no lo estaban suficientemente. Ha habido silencio, sobre todo. Un tipo de silencio extraño que en varias ocasiones le ha puesto los vellos de punta.

—Puede recoger, señorita Novák —dice Margaret sin levantar la vista del documento que está leyendo.

Sadie cierra la carpeta que tiene en las manos, la coloca en su sitio, y empieza a recoger sus cosas del rincón donde las había dejado al entrar. Su mochila. Su chaqueta. El libro que ha traído y no ha abierto porque no ha encontrado el momento.

—El martes —continúa Margaret, todavía sin levantar la vista—. A las cinco de la tarde. Tenemos una reunión de tutoría pendiente.

Sadie se detiene.

—¿El martes a las cinco?

—Eso es lo que acabo de decir.

—Ya que estoy aquí —dice Sadie—, ¿por qué no lo hacemos ahora?

Esta vez Margaret sí levanta la vista. Sadie aguanta la mirada sin problema, aunque algo en su pecho hace una cosa rara que no piensa analizar, al menos no en ese instante.

—La reunión de tutoría tiene una orden —responde Margaret—. Requiere preparación.

—Lleva tres días leyendo mi expediente.

Un silencio. Breve, pero perceptible.

—Siéntese —dice Margaret.

Y Sadie sabe que en esta ronda ha salido victoriosa.

Margaret abre el expediente que tiene sobre la mesa, que es el de Sadie, que estaba ahí antes de que ella llegara esta tarde y que, si se pone a pensarlo, probablemente llevaba ahí desde antes de que empezara el castigo.

—Cinco centros en ocho años —empieza Margaret.

—¿Es una clase de acusación? —pregunta la alumna.

—Es una observación —contesta Margaret mirándola con esos ojos fríos—. Y recuerde sus modales, señorita Novák. No es educado interrumpir.

Sadie guarda silencio, pero no desvía la mirada.

Margaret la mira. La chica tiene las manos cruzadas sobre el regazo y un gesto desafiante. Parece cómoda, como si estuviera acostumbrada a ese tipo de actitudes. No lo duda.

—¿Ha tenido buenas experiencias en los centros anteriores?

—Sí —dice Sadie, sin dudar—. En general, sí.

—¿En qué sentido?

—He aprendido. He conocido gente interesante. He tenido buenos profesores en casi todos. —Sadie hace una pausa—. Hice lo que me apetecía en casi todos también, si eso cuenta.

—Hacer lo que le apetece no lo contaría como una buena experiencia para un régimen educativo, señorita Novák.

—Depende de lo que le apetezca a una.

Margaret baja la mirada para anotar algo, porque ha sentido una pequeña vibración en un lugar inadecuado.

—¿Qué espera de este año en Akademie Vítek?

La chica inclina un poco la cabeza.

—Terminar el año sin que me expulsen —responde—. Que no es lo mismo que sin incidentes, que conste.

—Lo sé. La conozco lo suficiente después de esta semana —dice Margaret con tal sequedad que las palabras le raspan la garganta.

Sadie sonríe. Es la primera vez que Margaret la ve sonreír de verdad, sin ironías. Dura menos de un segundo y Margaret aparta la vista.

Margaret se siente más inquieta de lo habitual porque hoy sus ojos van por libre. Sadie lleva el pelo oscuro recogido de cualquier manera con unos mechones sueltos que caen a los lados de la cara. La piel clara, casi sin color salvo por el tono que le da el frío de estos días. Ojos verdes, muy verdes, del tipo que causa impresión y que poseen una intensidad que resulta abrumadora. Los labios son finos, bien definidos. Hay algo en la geometría de su cara que es preciso y exquisitamente hermoso.

—Tendremos varios seguimientos a lo largo del trimestre —dice Margaret cerrando el expediente—. No son negociables y no son una consecuencia de las infracciones de esta semana. Son parte del protocolo para estudiantes de nuevo ingreso con historial de movilidad alta.

—Entendido.

—¿Alguna pregunta?

Sadie la mira un momento.

—¿Cuándo me devuelve el móvil?

Margaret no reacciona. Por fuera.

Por dentro hay un segundo de blanco absoluto, porque el móvil de Sadie está en el segundo cajón de su escritorio y no había pensado en él desde el día que lo confiscó durante el segundo castigo y lo había apuntado en el registro de incidencias con la intención de devolverlo al final de esa semana, intención que ha olvidado completamente y que no va a admitir en voz alta.

—La semana que viene —dice Margaret.

—¿Qué día?

—Cuando yo lo indique —contesta Margaret.

Sadie abre la boca.

—Puede irse, señorita Novák —la despide antes de que Sadie diga algo más.

La chica recoge sus cosas por segunda vez, se cuelga la mochila al hombro, y camina hacia la puerta. En el umbral se para un momento, como si fuera a decir algo, y después no dice nada y sale.

Margaret escucha sus pasos alejándose por el pasillo hasta que no los escucha más. Abre el segundo cajón, el móvil está donde lo dejó, envuelto en la bolsa de evidencias que usan para los objetos

confiscados, con la etiqueta todavía pegada. Lo saca y lo sostiene un momento.

Lo que hace a continuación no tiene ninguna justificación profesional. Lo sabe, pero de todas formas…

El móvil no tiene contraseña, y a Margaret le parece raro. La mayoría de los estudiantes los tienen incluso con la huella o la identificación facial. Le queda muy poca batería, un 4%, y cuando desliza el dedo por la pantalla, se abre directamente en la galería de fotos, que es donde estaba la última vez que alguien la abrió.

La foto es de Sadie. O más exactamente, es de la parte superior de Sadie: el cuello, los hombros, la clavícula, el borde de un sujetador negro. Una foto tomada con el brazo extendido, con la luz de una habitación que no es ninguna de Akademie Vítek, de antes de llegar aquí. El gesto de la cara es provocación, algo descuidado, el tipo de imagen que alguien manda a otra persona que ya conoce su cuerpo.

Margaret ni lo piensa, baja por la galería. Hay más, muchas más. Sadie en ropa íntima o mordiéndose los labios. Con una sonrisa tan lasciva que la hace ver bastante más mayor.

Sujeta el aparato con fuerza y cierra la galería.

La punzada que siente es imposible de racionalizar como otra cosa. Le sube desde el bajo vientre hasta algún lugar detrás del esternón y se queda ahí. Margaret aprieta los dientes. Nota el calor en las palmas. Nota exactamente lo que su cuerpo quiere, pero se contiene: eso no va a hacerlo.

Guarda el móvil en el cajón, se pone de pie y sale del despacho con el abrigo en la mano, sin ponérselo, y su bolso, porque no puede quedarse dentro un segundo más. El pasillo del ala administrativa está vacío a esta hora, que ya es casi la hora de la cena, y sus pasos suenan más de lo que le gustaría. Baja por la escalera de servicio hasta la planta baja y sale por la puerta lateral al jardín.

El frío le entra directo por el cuello, por las muñecas, por cualquier parte que no cubre el jersey. El jardín de la Akademie Vítek a esta hora es exactamente lo que necesita: frío, silencioso, con la luz de las ventanas del edificio cayendo sobre el césped en rectángulos amarillos.

Lleva nueve años trabajando en instituciones educativas. Cuatro en Akademie Vítek y dos como jefa de estudios. Antes de eso, coordinadora de convivencia en Viena, subdirectora académica en Bratislava durante uno. Ha tenido alumnos difíciles, encantadores,

brillantes y mediocres; los ha conocido de todas las variedades que ofrece la adolescencia tardía. Nunca ha confundido nada y no va a hacerlo ahora.

Camina hasta su coche dejando la mente en blanco.

El móvil sigue en el cajón y su vientre vuelve a palpitar.

Capítulo 9 | El inversor

Hay una imagen que no desaparece. Margaret lo sabe antes de abrir los ojos, antes incluso de que la consciencia termine de instalarse. Está ahí, en el espacio entre el sueño y la vigilia, con la misma precisión irritante con la que ha estado toda la noche: el cuello, los hombros, la clavícula. El borde de un sujetador negro. Una sonrisa que no estaba dirigida a ella y que sin embargo le ha hecho algo al cuerpo que Margaret lleva días ignorando con una disciplina que empieza a costarle más de lo que debería.

Esta mañana no la ignora, deja que la imagen baile en su mente con calma, con los ojos cerrados y las manos donde las necesita, justo en ese lugar húmedo que necesita más presión. Piensa en la luz de esa habitación desconocida, en la manera en que la clavícula se curva hacia el hombro, en esa sonrisa descuidada que no sabe para quién era. El cuerpo responde con una rapidez que es casi un insulto a todo lo que Margaret considera que debería sentir. No tarda nada, quizá unos minutos, pero no necesita más que eso. Tan solo queda en su cabeza la imagen, el silencio de su dormitorio y la certeza de que nadie va a saberlo nunca.

—Joder —susurra con la respiración entrecortada.

Después se ducha, se viste y se prepara café.

La jornada empieza a las ocho y cuarto con la misma normalidad de siempre.

Margaret levanta el teléfono a las diez y media, entre la reunión de tutores y la revisión presupuestaria. Tiene el número de Ralph Novák en el expediente de Sadie, en el apartado de contactos de emergencia y tutores legales, donde siempre está el número de los padres. Lo llama desde el número del despacho, aunque estuvo tentada a hacerlo desde su móvil personal.

Descuelga al tercer tono.

—¿Dígame?

Voz grave, ligeramente distraída, el tono de alguien que contesta el teléfono mientras hace otra cosa. Margaret se lo imagina de pie

junto a una ventana, inclinado sobre algún documento, o en una reunión de la que acaba de salir.

—Buenos días. Soy Margaret Blazek, jefa de estudios de la Akademie Vítek. ¿Hablo con el señor Novák?

—Sí, soy yo. —La voz cambia de repente, ahora parece más presente—. ¿Ocurre algo con Sadie?

—Nada grave —dice Margaret con tono tranquilizador, sin ser condescendiente—. Estamos en el periodo de seguimiento inicial para estudiantes de nuevo ingreso. Hay algunos temas administrativos pendientes relacionados con el expediente de su hija, y prefiero resolverlos directamente con la familia antes de que queden apuntados en el sistema. Uno de ellos tiene que ver con la documentación del último centro, en Milán, que llegó incompleta.

Es verdad. La documentación de Milán llegó incompleta. Es un detalle menor que Margaret podría resolver enviando un correo al centro italiano, como ha hecho en otras ocasiones, sin molestar a nadie.

—Claro —dice Ralph—. Dígame qué necesita.

Lo que sigue son ocho minutos de conversación administrativa en la que Margaret es eficiente, precisa, y completamente encantadora, algo que haría que Pavel ladeara la cabeza como un perro que no entiende lo que está ocurriendo. La jefa de estudios le explica lo que necesita, escucha sus respuestas, hace una pregunta sobre los años de Sadie en Zúrich que no era estrictamente necesaria pero que Ralph responde con más detalle del que hacía falta, lo cual le dice algo sobre él. Le gusta hablar de su hija. Le gusta que alguien le pregunte.

—Es una chica interesante —dice Margaret, cuando encuentra el momento.

—Lo es —responde Ralph—. No siempre fácil, pero sí.

—Lo interesante rara vez lo es.

Ralph se ríe, brevemente.

—Tiene razón —dice.

Margaret hace un movimiento arriesgado al quedar con el padre de Sadie fuera del internado. No es demasiado extraño, pero sí poco habitual. Se ven el jueves; acuerdan tener una reunión en el despacho que Ralph tiene en el segundo piso de un edificio del centro de Praga, con vistas al río que Margaret no ve hasta que ya está dentro y que son, efectivamente, bastante buenas. El hombre la

recibe de pie, con la mano extendida, y es exactamente como ella se lo había imaginado por el expediente y por los artículos que leyó esa noche en el despacho: un hombre poderoso que no necesita abrir la boca para que la gente note que está ahí.

—Señorita Blazek —dice.

—Margaret —corrige con una sonrisa que parece amable—, pero llámeme como prefiera.

—Ralph —responde él, y le señala la silla frente a su escritorio—. Y por favor, tutéame, somos demasiado jóvenes para este tipo de formalidades.

A Margaret no le pasa desapercibida la sonrisa ladeada, la misma que tiene Sadie y que parece ser parte del arsenal de gestos que tienen los Novák para seducir.

El despacho es un espacio ordenado, pero no estéril, con libros en las estanterías que parecen leídos, una foto en el lateral del escritorio que Margaret identifica como Sadie de adolescente sin necesidad de mirarla más de un segundo y un par de carpetas apiladas con pulcritud. Hay un café esperando sobre la mesa, dos tazas, lo cual significa que Ralph ha pedido que lo preparen antes de que ella llegara.

Es un detalle pequeño, pero Margaret lo nota.

Resuelven la documentación en veinte minutos. El resto de la reunión no es administrativa; Ralph despliega sus encantos sobre Margaret, mirándola a los ojos, riendo con elegancia y gesticulando con tranquilidad.

—Sadie me ha hablado de la institución en alguna llamada —dice Ralph cuando guardan los papeles—. No con entusiasmo, lo cual en ella es una buena señal.

—¿Por qué?

—Porque cuando algo le entusiasma demasiado al principio, lo abandona antes de que termine el trimestre. Lo que le cuesta un poco es lo que realmente hace que se quede.

Margaret hace un apunte mental.

—Es una observación perspicaz para ser un padre que, según su propio expediente familiar, ha pasado tiempo limitado con ella en los últimos años.

No es un ataque. Lo dice con una neutralidad curiosa y Ralph lo recibe así porque esa mujer le parece muy interesante.

—Es verdad —dice Ralph—. No he sido el padre más presente. Hay razones, no todas buenas. Envío a Sadie a los mejores sitios porque es lo que puedo darle cuando mi tiempo con ella no es el ideal. Soy consciente de que no es lo mismo.

—No lo es —dice Margaret.

Ralph la mira y ella le sostiene la mirada.

—Eres bastante directa para ser una reunión de seguimiento académico —dice Ralph, pero lo dice con una ligera curva en la boca que no es molestia.

—Prefiero la claridad —Margaret cruza una pierna con calma—. Nos ahorra tiempo a los dos.

Él asiente despacio, y unos minutos después habla de Eva, aunque Margaret ni siquiera toca el tema. Es Ralph quien lo hace, de una manera que parece natural pero que la jefa de estudios sospecha que no lo es del todo, porque los hombres como él no dicen nada sin analizar al menos a medias lo que van a decir. Habla del proyecto del centro, de cómo empezó como una idea de la madre de Sadie antes de que muriera, un centro de orientación y trabajo social en las afueras de Praga para jóvenes en situaciones vulnerables, y de cómo él ha continuado desarrollándolo desde entonces como una manera de mantener algo de ella en el mundo.

—Eva era profesora —dice—. Orientadora, en realidad. Era buena. De las que se quedan con los alumnos.

—Lo he leído —dice Margaret—. Hay un artículo suyo en una revista pedagógica de 2012.

Ralph la mira sorprendido.

—¿Ha buscado información sobre ella?

—Busco información sobre el contexto familiar de todos los estudiantes con perfiles de movilidad alta —dice Margaret—. Es parte del seguimiento.

Es verdad también, aunque solo lo sea parcialmente.

Ralph no lo cuestiona. Lo que hace es relajarse, como si la respuesta le hubiera dado algo en lo que apoyarse.

—El proyecto lleva años en desarrollo —continúa—. Hemos tenido problemas con algunas colaboraciones externas, con las licencias, con parte de la financiación farmacéutica. —Hace un gesto vago—. Documentación, en su mayor parte. El tipo de cosas que se acumulan cuando uno no es experto en gestión de centros educativos.

—¿Tiene el proyecto documentado?

—Tengo carpetas enteras que no entiendo del todo —dice Ralph, con una ironía que en otro hombre sonaría a queja, pero en él suena a autoconsciencia.

—Si en algún momento quiere una segunda opinión sobre la estructura documental —dice Margaret—, estoy familiarizada con ese tipo de gestión. Podría revisar lo que tiene.

Ralph la mira; es un momento breve y Margaret no lo sostiene más de lo necesario.

—Lo tendré en cuenta —dice Ralph.

Sale del edificio a la una menos cuarto. El frío de Praga le golpea el rostro y ella suspira profundamente. Margaret camina hasta su coche con el paso de siempre, sube, y se queda un momento con las manos sobre el volante antes de arrancar.

La reunión ha ido bien. Ralph Novák es inteligente, más de lo que había analizado en la imagen pública de inversor discreto, y no es un hombre que se deje seducir por accidente. Si se ha dejado encantar esta tarde, ella lo ha notado en su forma de mirarla, pero si lo ha hecho, es porque ha querido. Eso lo hace distinto de la mayoría. Eso lo hace, también, más complicado.

Margaret arranca el coche. No tiene por qué preguntarse el motivo por el que se ha ofrecido a revisar la documentación del centro, porque sabe perfectamente la respuesta. Sabe que esta mañana, con los ojos cerrados y las manos donde las necesitaba, se rindió a sí misma, a esa lucha interna que tiene desde que Sadie Novák puso un pie en la Akademie Vítek. Se ha sincerado, y aunque Margaret Blazek es una mujer sensata que sabe distinguir qué está bien y qué no, esto no lo puede controlar. Necesita la cercanía de esa chica como nunca antes había necesitado algo, y hará todo lo que esté en su mano —y lo que no también— para que se cumpla.

Conduce con la imagen clara en su mente de una clavícula, un sujetador negro, una sonrisa descuidada que no iba dirigida a ella y la certeza de que va a seguir viéndola, aunque probablemente nunca sea para ella.

Capítulo 10 | A peor

La primera señal llega el martes por la mañana, en el desayuno. Sadie no lo detecta como algo malo hasta mucho después, cuando ya no puede hacer nada. En el momento solo le parece que Margaret está distinta, no es algo que sepa explicar, pero hay algo raro en ella. Para Sadie, la jefa de estudios tiene dos maneras de actuar, fría y precisa, y ninguna de las dos contempla esa forma de cruzar el comedor sin mirar a nadie ni siquiera un segundo, con la mandíbula apretada y los tacones resonando más fuerte de lo habitual contra el mármol.

—Esa tía se ha levantado con ganas de matar a alguien —murmura Ben desde el otro lado de la mesa, con media tostada en la boca y la otra mitad en la mano.

—Siempre tiene ganas de matar a alguien —dice Tomas.

—No —dice Isabelle, y la mira por encima de su taza de té—. Hoy es distinto, parece más aterradora que de costumbre.

Sadie no dice nada. Sigue removiendo el zumo con la cucharilla, en círculos lentos, mientras observa a Margaret atravesar el comedor hasta la mesa de profesores. No la mira. Sadie nota eso con una claridad que le molesta, porque implica que esperaba que la mirara, y esperar algo así es ya una información sobre ella misma que preferiría no tener. Margaret pasa a menos de tres metros de su silla y no gira la cabeza ni medio grado.

—Novák —dice Isabelle, sin apartar la vista de su taza—, ¿tú has hecho algo?

—¿Yo? —Sadie levanta la cucharilla—. ¿Por qué iba a haber hecho algo?

—Por costumbre.

—No he hecho nada.

—Hmm —dice Isabelle.

El «hmm» de Isabelle es lo peor que tiene esa chica. Es un sonido corto, casi un carraspeo, que contiene más intuición de la que debería caber en dos letras. Sadie decide no hacerle caso y se bebe el

zumo de un trago, que está demasiado frío y le quema la garganta. Una maravilla de mañana.

El segundo aviso es en la clase de derecho institucional, a las once. Margaret no da clases habitualmente —es jefa de estudios, no profesora— pero a veces sustituye a Kratochvil cuando este tiene una de sus reuniones con la dirección. Hoy es uno de esos días. Sadie lo descubre al entrar en el aula y verla de pie delante de la pizarra, con un libro abierto en la mano y la otra apoyada en el respaldo de la silla.

Se queda medio segundo parada en la puerta. Solo medio segundo. Lo suficiente para que Margaret la vea y decida no saludarla.

—Siéntese, Novák.

Sadie se sienta. Klara, a su lado, la mira de reojo. Sadie ignora la mirada y abre el cuaderno.

La clase dura la friolera de una hora y media. Durante los primeros veinte minutos, Margaret habla con una precisión que es la suya de siempre, la que ha hecho que media Akademie la tema y la otra media la admire. Habla de jerarquías normativas, de la diferencia entre reglamento interno y derecho consuetudinario, de casos prácticos que no vienen en ningún manual. Sadie toma apuntes sin levantar la cabeza. No le cuesta. Le cuesta, curiosamente, no levantarla.

En el minuto veintiuno, Margaret le hace una pregunta.

—Novák.

Sadie levanta la vista. Margaret la está mirando, pero no como la miraba en el despacho la semana pasada, con esa atención que parecía tener demasiada intriga. La mira como si Sadie fuera un ejercicio mal resuelto.

—¿Sí?

—Explique la diferencia entre una sanción disciplinaria y una sanción académica.

Sadie lo hace en cuatro frases, claras, ordenadas, sin titubear. No porque haya estudiado, sino porque es obvio. Al terminar, espera. Margaret asiente una sola vez y pasa a otro alumno sin añadir una palabra.

Sadie se queda con el bolígrafo en el aire. Algo le sube por el esternón, no es humillación, es molestia. Klara, a su lado, escribe

algo en su cuaderno con pulcritud y Sadie aprieta los dientes mientras sigue tomando apuntes.

El tercer aviso —aunque Sadie ya ha dejado de contarlos— es en el pasillo, después de comer. La alumna vuelve de la biblioteca con un libro bajo el brazo y dobla la esquina del pasillo este sin mirar por dónde va porque nadie en este internado camina por donde no debe a esta hora. Choca con alguien y el libro se le cae.

—Joder, perdón —dice Sadie, automática, antes de levantar la vista.

Es Margaret. Claro que es Margaret.

La jefa de estudios está de pie, con una carpeta azul apretada contra el pecho y una expresión que Sadie no sabe si le ha visto nunca antes. Parece rabia, clara y contenida, con los labios apretados en una línea que parece dibujada con regla.

—Señorita Novák.

—Lo siento, no la había visto.

—Evidentemente.

Sadie se agacha a recoger el libro. Margaret no se mueve. Cuando se endereza, están más cerca de lo que le parece decente. El pasillo está vacío, la luz entra por el ventanal del fondo en ese amarillo de media tarde que en Praga siempre parece sacado de una fotografía antigua, y Sadie nota un silencio denso que no corresponde al número de personas presentes, que son dos.

—La próxima vez, mire por dónde camina.

—Ya lo he dicho, que lo siento —contesta Sadie con un tono un poco más alto.

Margaret aprieta más los dientes.

—Un «lo siento» no arregla chocarse con la jefa de estudios en mitad de un pasillo.

Sadie la mira y parpadea una vez porque el impulso que siente es de contestar algo sarcástico, seco, de los suyos, pero tiene que morderse la lengua porque está hablando con Margaret Blazek y porque hasta ahora, casi los dos meses que lleva en este edificio, nunca ha pensado que responder de esa manera fuese una opción.

—¿Qué tendría que hacer, ponerme de rodillas?

Lo dice sin pensarlo. Le sale solo y se da cuenta en el mismo momento en que las palabras están saliendo de su boca. Margaret se queda muy quieta. Sadie ve el gesto exacto: la mandíbula se le tensa más, la mano sobre la carpeta se cierra con fuerza y las pupilas hacen

algo que Sadie no sabe traducir. No dice nada durante dos segundos enteros. Luego habla, y la voz es más baja de lo normal.

—Acompáñeme, señorita Novák.

—¿Adónde?

Margaret respira ruidosamente.

—Acompáñeme —repite con una lentitud exasperante.

—No he hecho nada —contesta Sadie negando con la cabeza.

—No lo repetiré, Novák —suelta Margaret y empieza a caminar.

Sadie se queda donde está con el libro apretado en la mano. Margaret da dos pasos, se detiene al ver que Sadie no se mueve, se gira.

—Novák.

—No voy a ir a su despacho por chocar con usted en un pasillo.

Lo dice tranquila, mirándola a los ojos. El pulso le va a ciento treinta, pero la voz le sale estable, y por dentro se felicita por ese truco que le enseñó su padre hace años, uno de los pocos legados útiles que ha recibido de él. La voz se controla antes que el cuerpo. Siempre. Gracias, Ralph.

Margaret avanza un paso hacia ella. Sadie mantiene el sitio. No retrocede, no baja la cabeza, no hace ninguna de las cosas que en estos dos meses ha aprendido que se hacen cuando Margaret Blazek pronuncia tu apellido con ese tono.

—¿Qué ha dicho? —inquiere la jefa de estudios, y el siseo es terrorífico.

—Que no voy a ir.

—¿Sabe con quién está hablando?

—Perfectamente.

—Pues no lo parece.

Sadie siente cómo algo se le enciende en el estómago. No miedo. Es más parecido a los minutos antes de un examen, cuando sabes que estás preparada pero el cuerpo insiste en reaccionar igual.

—He dicho que lo siento al chocar con usted. He recogido el libro. He pedido disculpas dos veces. Si quiere imponerme un castigo por caminar, impóngalo, pero no voy a ir a su despacho como si hubiera hecho algo terrible.

Es un silencio difícil de descifrar. El pasillo sigue vacío, hay un reloj en la pared del fondo cuyo tictac se oye como si fuera el único sonido del edificio, y Margaret no aparta la mirada ni un segundo. Algo le pasa detrás de los ojos. Sadie no lo entiende. No es solo rabia.

Hay otra cosa dentro de la rabia, como un segundo animal metido en la misma jaula.

—Dos semanas —dice Margaret al fin.

—¿Cómo?

—Dos semanas sin salidas, sin actividades extracurriculares, sin nada —lo explica con los dientes apretados—. Y le advierto, señorita Novák, que, si vuelve a dirigirse a mí en ese tono, el castigo va a ser de los que aquí no se recuerdan. No me rete.

—No la estoy retando —Sadie levanta la barbilla y Margaret siente una vibración familiar entre sus piernas—, pero quiero saber lo que eso significa, nada más.

—Significa —dice Margaret, y se acerca medio paso más, lo justo para que Sadie pueda ver que tiene una pestaña suelta en el pómulo —, que lo que le he impuesto hasta ahora es lo más suave que soy capaz de hacer. No me obligue a demostrárselo.

Sadie abre la boca, pero Margaret la mira con esa expresión que Sadie ahora reconoce como rabia pero que sigue teniendo algo más dentro, y en ese algo más es donde ella se pierde. Es como si detrás del enfado hubiera una mujer distinta que solo tiene ojos para la estudiante y que las razones fueran completamente diferentes a un simple accidente en un pasillo de la Akademie Vítek.

Margaret da media vuelta. Los tacones golpean el suelo con dureza y se aleja por el corredor hasta desaparecer en la esquina del fondo sin mirar atrás ni una vez.

Sadie se queda plantada, el libro le pesa en la mano como si llevara un ladrillo. Se da cuenta de que tiene los hombros tensos, los dedos cerrados demasiado fuerte alrededor del lomo, la mandíbula apretada. Relaja todo despacio, parte por parte, como quien hace un inventario de los daños después de un accidente menor.

Se apoya contra la pared. Se da cuenta de que acaba de tener una discusión absurda con una mujer que evidentemente hoy se ha levantado con una guerra dentro y la ha pagado con la primera persona que se ha cruzado en el pasillo. Tiene mala suerte, nada más. Si hubiera sido Klara la que choca con Margaret en la esquina, Klara sería la que estaría ahora apoyada en la pared preguntándose por qué la jefa de estudios ha perdido los papeles por una colisión de menos de un segundo.

Pero no ha sido Klara, ha sido ella.

Dos semanas.

—Joder —susurra.

Se aparta de la pared. Camina hasta el ventanal del fondo y se queda un momento mirando el jardín. Piensa que una cosa sí que está clara: lo que sea que le ha pasado con Margaret en ese pasillo no ha sido solo una discusión. Ha sido una discusión, una sanción injusta, y una humillación en potencia que no ha llegado a producirse solo porque Sadie ha hecho algo que hasta hoy no sabía que era capaz de hacer, pero también hay algo más que tiene que ver con que Margaret estaba demasiado cerca, y con que la luz del pasillo la hacía parecer más joven de lo que es, y con que Sadie ha notado la pestaña suelta en el pómulo y ha tenido el impulso absurdo, microscópico, de estirar la mano y quitársela.

No lo ha hecho, claro. Ni siquiera ha movido un dedo, pero el impulso ha estado.

En la habitación, Klara está estudiando con los auriculares puestos. Levanta la vista cuando Sadie entra, arquea una ceja en modo pregunta. Sadie niega con la cabeza, tira la mochila sobre la cama y se mete en el baño.

Se lava la cara con agua fría. Se mira en el espejo y se da cuenta de que tiene las mejillas encendidas. Los ojos, más abiertos de lo normal. Una expresión que no reconoce del todo. Se seca con la toalla, despacio, y cuando la cuelga se queda un momento con la mano en el pomo de la puerta del baño.

—¿Qué coño le he hecho? —habla en voz baja, solo para ella, como si necesitara reflexionarlo.

Y al instante un pensamiento —mucho peor— casi la tira al suelo: ¿qué me ha hecho ella a mí?

Abre la puerta con furia, sale y se sienta en su escritorio. El pulso tarda en bajar más de lo normal y cuando baja, no lo hace del todo.

Maldita Margaret Blazek.

Capítulo 11 | El tercer castigo

Son las once y veintidós de la mañana cuando Sadie decide, sin pensarlo demasiado, que va a hacerlo. No se sienta a planificar nada, simplemente está en el aula de química, con el cuaderno abierto en una página que no ha escrito, y cuando Walczak se da la vuelta para sacar una muestra del armario del fondo, Sadie se levanta y camina hacia la puerta.

—Novák —dice Walczak, sin girarse, porque nota el movimiento como lo haría cualquier profesor con dos décadas de oficio—. ¿Adónde va?

—Al baño.

—No se sale de química sin terminar la práctica.

—Me encuentro mal.

—Pues espere a que alguien la acompañe.

Sadie no espera. Abre la puerta y sale. Oye a Walczak decir algo detrás, probablemente su apellido otra vez, pero ella ya está en el pasillo con el pulso en la garganta y una claridad extraña en la cabeza, como si llevara dos días sin dormir y hubiera empezado de pronto a ver mejor. Camina, no hacia el baño sino hacia la zona prohibida del ala este, donde la biblioteca cierra por reformas y los alumnos no deben entrar, y donde hay un pasillo con ventanales que dan al jardín interior y que Sadie ha mirado durante dos semanas enteras desde el otro lado sin poder acercarse porque estaba castigada.

Dos semanas sin salidas, sin actividades, sin nada. Dos semanas en las que Margaret ha pasado a su lado en el comedor, en los pasillos, en la reunión de orientación del viernes, y no la ha mirado ni una vez. Ni medio segundo, ni siquiera un gesto. Como si Sadie no existiera, como si la discusión del pasillo no hubiera existido tampoco y como si Sadie no mereciera ni el esfuerzo de ser ignorada a conciencia, sino el olvido directo.

Empuja la puerta batiente que separa el ala abierta del ala cerrada. La puerta chirría. El pasillo está vacío, con las lámparas

apagadas y una cinta de obra colgando de un trípode a la altura de la biblioteca. Sadie pasa por debajo de la cinta y sigue andando. Camina hasta el final del pasillo y se sienta en el alféizar del ventanal. Saca el móvil que le han devuelto esa mañana —no Margaret sino una secretaria que nunca había visto— y abre Instagram. Se hace una foto tonta, con el jardín detrás, una media sonrisa que no le sale bien, y la sube a historias con un texto casi infantil que revela su ubicación exacta, el ala prohibida. Se lo piensa dos segundos antes de darle a publicar, pero presiona el botón casi de inmediato.

No tiene que esperar mucho; al cabo de varios minutos oye pasos. No son los de Margaret. Los de Margaret son más cortos, más duros, y se oyen con un tacón que Sadie ya identifica con una precisión que preferiría no tener. Estos son los del profesor de historia, que tiene el despacho de guardia este mes. Sadie se guarda el móvil. El hombre aparece en la esquina con la cara que se pone cuando alguien ha hecho una estupidez y él tiene que ocuparse en lugar de tomarse su té.

—Novák —suspira mientras se le mueve el bigote.

—Profesor —Sadie sonríe.

—Esto es zona restringida.

—Lo sé.

—¿Lo sabe y está aquí? —abre los ojos como si Sadie hubiera apuñalado a alguien.

—Evidentemente.

El profesor la mira. Es un hombre tranquilo, de los que no levantan la voz porque saben que no hace falta.

—Acompáñeme al despacho de la jefa de estudios.

—Vale.

El profesor la mira otra vez, más despacio ahora, porque es raro que un alumno diga «vale» cuando se le anuncia un viaje al despacho de Margaret Blazek. Sadie se levanta del alféizar, se sacude la falda, y camina detrás de él por los pasillos hasta el ala central con el pulso acelerado pero la cara neutra.

La secretaria los ve llegar y descuelga el teléfono sin que el profesor tenga que decir nada. Margaret abre la puerta antes de que la mujer termine de explicar quiénes se acercan a su despacho.

Margaret la mira. Sadie siente el impacto como si alguien le hubiera puesto una mano en el esternón y la hubiera empujado hacia atrás.

—Gracias, profesor. Yo me encargo.

—La encontré en el ala este —dice con el ceño fruncido—. Había pasado la cinta.

El profesor se va. Sadie entra en el despacho. Margaret cierra la puerta detrás de ella con una calma que presagia una gran tormenta.

—Siéntese, Novák.

—No.

Margaret se gira y la mira. Esta vez no aparta la vista. Los ojos de Margaret son fuego envuelto en niebla.

—Siéntese —lo dice saboreando cada sílaba.

—Ya le he dicho que no —Sadie cruza los brazos, desafiante.

—No me haga repetirlo.

—Dígalo todas las veces que quiera —ahora se encoge de hombros —. No voy a sentarme.

Margaret deja los papeles que tiene en la mano sobre el escritorio. Lo hace despacio, con una calma deliberada que Sadie reconoce porque la ha visto antes, la última vez que Margaret estuvo a punto de perder la paciencia.

—¿Qué hacía en el ala este? —pregunta con los dientes apretados.

—Nada.

Margaret necesita recurrir a toda su fuerza para controlarse.

—Estaba sentada en una zona prohibida y además con el móvil que bien sabe que no puede usar en las áreas comunes.

—¿Cómo sabe que tenía el móvil? —pregunta Sadie ladeando la cabeza.

No tiene la certeza, pero según Ben, la dirección de internado monitorea constantemente el uso de dispositivos. Si algún alumno hace uso de sus redes sociales en horas de clase, de alguna manera lo saben.

—No está en un colegio cualquiera, señorita Novák —Margaret lo dice con sequedad—. Además, ha colgado una foto con la ubicación.

Sadie sonríe y Margaret la mira. Son dos pasos de distancia, quizá menos. Sadie nota cómo le sube el calor al cuello y decide que no va a retroceder.

—¿Le parece gracioso, Novák?

—No sé a qué se refiere.

—Se salta una clase —empieza a enumerar—. Cruza una cinta de obra, entra en una zona cerrada. Se hace una foto y la publica con el nombre del lugar. Y viene aquí con esa cara.

Sadie levanta la barbilla.

—¿Le molesta mi cara?

—Me molesta que se esté comportando como si tuviera diez años —a Margaret le arde la lengua.

—Y a mí me molesta que me haya castigado dos semanas por chocarme en un pasillo —Sadie levanta las cejas—. Parece que nos molestan muchas cosas las dos.

Margaret da un paso hacia ella, pero Sadie sigue sin moverse.

—Le voy a dar una oportunidad, Novák. Siéntese en esa silla, explíqueme qué estaba haciendo, y esto se resuelve con una sanción estándar.

—No, y antes de que lo pregunte, no se lo digo porque no me da la gana.

Lo dice mirándola a los ojos, sabiendo perfectamente lo que está haciendo. Lo que no sabe —y esto es lo que la asusta después, mucho después, cuando puede volver a pensar— es para qué lo está haciendo.

Margaret cierra los ojos un segundo. Inspira y cuando los abre, está más cerca. Sadie no ha visto el movimiento. Margaret está a medio metro, a un simple brazo de distancia.

—Le juro, Novák, que si sigue hablándome así…

—Siga —la reta Sadie abriendo las manos—. ¿Qué va a pasar?

De repente, Margaret la coge del brazo, lo suficientemente fuerte como para girarla medio paso y empujarla contra el borde del escritorio. Sadie siente la madera fría contra la parte baja de la cintura y el corazón le da un salto. Margaret no la suelta, le pone una mano en la espalda, plana, como quien marca una distancia, y con la otra coge algo de la mesa sin mirar.

Es una regla de madera, de esas normales que tienen cuarenta centímetros. Sadie no puede ver nada, está casi tumbada en la mesa de Margaret Blazek sintiendo su mano en la espalda sin poder controlar la respiración.

—¿Cree que puede hablarme de esa manera, Novák?

—Solo me estoy defendiendo —contesta con la voz jadeante, e intenta levantarse cuando gira el cuello y ve la regla en la mano de la jefa de estudios.

—Quédese quieta —chilla Margaret en una clara demostración de pérdida de control.

—No.

Y lo que ocurre entonces es tan rápido que Sadie tarda en entenderlo. Margaret presiona con más fuerza la mano que tiene en la espalda de la chica para inmovilizarla. Sadie está de cara al escritorio con las palmas apoyadas en la madera porque es lo único que tiene para sujetarse. La falda se le ha subido un par de centímetros con el movimiento, siente el aire en la parte de atrás de los muslos. Siente también, de pronto, el contacto de la regla contra la tela de la falda, plano, a la altura del culo.

La regla la roza, presiona apenas, y la mano de Margaret detrás de la regla está lo suficientemente cerca como para que Sadie sienta el calor de la palma a través de dos capas de tela y en ese segundo deja de respirar.

Y Margaret también.

Luego, el silencio más absoluto que Sadie ha oído en su vida. No es que no haya ruido, es que el ruido de fondo del edificio —el zumbido de la calefacción, el reloj de la pared, la voz de alguien en el pasillo lejano— se corta de golpe. Sadie tiene las manos en el escritorio, la espalda tensa, la falda un poco levantada, y detrás de ella hay una mujer que no se está moviendo, que no está respirando, que tiene una regla en la mano y que acaba de hacer algo que no debería haber hecho.

Escucha el sonido de la regla al caer sobre la mesa. Lo oye con una nitidez desproporcionada. Margaret se aparta, da dos pasos hacia atrás y Sadie sigue con las manos en el escritorio porque no sabe qué hacer con ellas. Cuando se atreve a darse la vuelta, muy despacio, Margaret está junto a la ventana con las manos apoyadas en el alféizar y la espalda rígida. No la mira, habla mirando el cristal.

—Siéntese.

—Margaret.

—Siéntese, Novák —se gira y sus ojos son terror—. Y no se atreva a llamarme por mi nombre.

Es la primera vez que Sadie pronuncia su nombre. Le sale sin pensarlo y no tiene ni idea de lo que ha causado en Margaret.

La jefa de estudios tiene el corazón desbocado, le tiemblan las manos y siente los muslos viscosos. Margaret tarda treinta segundos en hablar otra vez, mirando un punto del escritorio, una esquina del papel que dejó ahí al principio.

—Redacción de tres mil palabras sobre la normativa interna del centro en materia de movilidad por los espacios comunes —parece

un robot hablando—. Entrega el lunes a las ocho en el despacho de dirección. Si llega un minuto tarde, será un informe disciplinario formal.

—Puede irse.

—Yo...

—He dicho que puede irse, señorita Novák —ahora sí lo dice con un tono de voz helado que hace mucho daño—. Fuera de mi despacho.

Sadie se levanta sin decir nada más. Cuando pone la mano en el pomo, se detiene medio segundo, no sabe por qué, quizá espera algo que no llega, y entonces abre la puerta y sale.

Gira a la derecha, gira a la izquierda, sube por la escalera hasta la tercera planta, y cuando llega al rellano se mete en el primer baño que encuentra y cierra la puerta del cubículo con el pestillo.

Se apoya en la puerta con toda la espalda, la cabeza echada hacia atrás contra la madera, y se queda así un rato largo. Siente cómo su cuerpo ha respondido sin ningún permiso, que está caliente por dentro y le tiemblan las piernas.

Joder. Joder. Joder.

No ha sido nada. Es lo primero que se dice. Ha sido una regla, un segundo, un error. Margaret se ha pasado, se ha dado cuenta, ha parado. Todo el mundo comete errores. Ella misma acaba de cometer uno al saltarse la clase de Walczak, hacerse la foto y cruzar la cinta. Es una sucesión de errores que no tiene que significar nada.

Lo que pasa es que su cuerpo no ha leído el manual.

Su cuerpo ha leído la mano de Margaret en la espalda, el giro, la madera del escritorio, el aire en los muslos, la presión plana de la regla, el calor de la palma a través de la tela. Su cuerpo ha leído, sobre todo, el silencio de después, los dos segundos en los que Margaret se quedó quieta detrás de ella sin respirar.

Sadie se desliza hasta el suelo y apoya la frente en las rodillas. Intenta pensar en otra cosa porque no quiere sentarse en algo que realmente le ha dejado paralizada.

La voz de Margaret al final no era su voz.

Eso es lo que no la deja levantarse del suelo del baño. Que la voz de Margaret al final no era la de la jefa de estudios, ni la de la mujer que la castiga dos semanas por nada, ni la de la profesora sustituta de la clase de derecho institucional. Era otra. Era la voz de alguien a

quien le acaba de pasar algo que no sabe cómo gestionar. Era una voz asustada.

Margaret Blazek estaba asustada.

Se levanta de un salto, sale del cubículo y se mira en el espejo del baño, por encima del lavabo. Tiene las mejillas encendidas, los ojos brillantes y la camisa arrugada en la parte de adelante, donde ha rozado con el escritorio. Se la estira. Se pasa las manos por el pelo.

—Joder —le dice a la chica del espejo.

La chica del espejo no contesta.

Sadie abre el grifo, se moja las muñecas con agua fría, se las aprieta un momento. Luego se seca con una toalla de papel y sale del baño.

Dos pisos más abajo, Margaret Blazek ha cerrado con llave la puerta de su despacho y se ha sentado en la silla. Lleva así casi diez minutos, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, pero eso Sadie no lo sabe. Sadie solo sabe lo suyo. Lo suyo es suficiente.

Capítulo 12 | Sin despedida

La maleta pesa más de lo que debería. Sadie lo nota cuando la baja de la cama y la apoya en el suelo con un golpe seco que hace que Klara levante la vista del escritorio.

—¿Cuántos kilos llevas?

—Ni idea.

—Pésala antes de meterla en el coche —Klara vuelve a mirarla—. Si la aerolínea te cobra exceso, es culpa tuya.

—No voy en avión, Klara.

—Da igual —pone los ojos en blanco—. Pésala y apunta lo que pesa tu vida dejando Vítek.

Sadie no la pesa. Se sienta encima de la maleta para cerrar la cremallera, aprieta con las dos manos, y cuando consigue que la lengüeta llegue al final se queda un momento así, medio caída, mirando el dormitorio que ha sido su sitio durante casi un año y que ahora vuelve a ser una habitación con dos camas, escritorios y armarios idénticos.

Klara sigue con lo suyo. Tiene un examen el martes y no ha dejado de estudiar ni un día de esta semana. Sadie la mira. Klara le cae bien, aunque nunca se lo diga. Le cae bien porque es una persona completamente distinta a ella.

—¿Me escribes? —pregunta Sadie.

—Si tú me escribes, sí —contesta su compañera.

—Vale.

—No vas a escribirme —Klara la mira con los ojos entrecerrados.

—Probablemente no —encoge los hombros, porque no le va a mentir a esa chica que le cae bien.

Klara sonríe sin levantar la vista del cuaderno. Es una sonrisa pequeña, pero es de las pocas que Sadie le ha visto en todo el año. Se levanta, arrastra la maleta hasta la puerta. Coge la mochila del respaldo de la silla y se la cuelga al hombro.

—Suerte con el examen.

—Suerte con la vida —Klara sigue sin levantar la cabeza.

—Idiota —sonríe Sadie.

—Tú más.

Sadie abre la puerta y sale al pasillo. No se gira, sigue su camino que se cruza con el de Isabelle. Viene con una bolsa de tela colgando del hombro y un café en la mano.

—Te vas.

—Me voy —confirma Sadie—. ¿Tú cuándo te marchas?

—La semana que viene —Isabelle toma un sorbo de su café y luego la mira—. Me queda un examen y no quiero perderme la fiesta.

Sadie asiente lentamente.

—¿Por qué no te quedas hasta la celebración?

—Mi vuelo sale pasado mañana —responde Sadie encogiéndose de hombros.

Isabelle frunce el ceño.

—Pensé que irías a la universidad aquí en Praga.

—Y voy a esa, pero primero estaré un año en Miami —Sadie sonríe —. Mi padre está trabajando en un proyecto para mí y quiere que primero viva algunas experiencias fuera de Europa antes de centrarme en la universidad y el trabajo.

Isabelle abre la boca.

—Tienes un padre increíble —dice, y Sadie no dice nada; no es que no lo piense, pero su padre ha estado ausente la mayoría del tiempo y no sabe bien qué sentir—. Yo voy de cabeza a la Escuela de Negocios en Madrid, mis padres quieren que perfeccione el español mientras hago la carrera. Yo solo quiero comer paella y follar con chicos bronceados.

Sadie suelta una carcajada. Va a echar de menos a algunos compañeros, entre ellos a Isabelle.

Isabelle deja el café en el alféizar de la ventana, se acerca y la abraza. Es un abrazo corto, con palmadas, de los que Sadie sabe dar y recibir sin que le cueste. Isabelle huele a tabaco y a perfume caro, y Sadie, por una centésima de segundo, piensa que si se quedara cerca podrían ser buenas amigas.

—Nos vemos —dice Isabelle—. Disfruta mucho Miami.

—Y tú, Madrid.

—Estás rara desde hace meses —suelta la chica como toda respuesta.

Sadie no dice nada, vuelve a coger su maleta por el asa y la arrastra despidiéndose con un movimiento de cabeza.

A Ben lo ve en el patio. Está con dos chicos de tercero, riéndose de algo. Cuando la ve, levanta una mano y grita su nombre desde veinte metros. Sadie levanta la mano también, sonríe, pero no se acerca.

Y ya está, eso es todo. Casi un año, varias caras en un pasillo, un abrazo corto y una levantada de mano. Sadie avanza hacia la salida principal con la maleta arrastrándose detrás de ella y se da cuenta de que ha hecho, apenas, pocos amigos. Ha hecho conocidos, ha sobrevivido; es distinto.

Bajar la escalera central con la maleta es un pequeño ejercicio de equilibrio. Sadie lo hace sin mirar, peldaño por peldaño, con la mano libre rozando la barandilla de madera. Cuando llega al vestíbulo, tiene que parar un segundo para recolocarse la mochila. Es entonces cuando levanta la vista y lo ve.

El pasillo del ala central. Al fondo, a la derecha, la puerta de Margaret.

Sadie se queda mirando la puerta. No se da cuenta de que lleva tres segundos parada hasta que el conserje que está en la mesa del vestíbulo le dice algo sobre si necesita ayuda con la maleta. Sadie niega con la cabeza. Mira la puerta otra vez. La maleta pesa. El brazo empieza a pesarle también. Decide que va a pasar por delante. Es el camino hacia la salida secundaria, que es donde la está esperando el coche. No tiene que hacer nada más. Solo pasar.

La maleta hace ese ruido de rueda defectuosa que lleva haciendo desde Milán. Las suelas de sus zapatillas chirrían un poco en el mármol. A medida que se acerca a la puerta de Margaret, Sadie es consciente de cada sonido que produce, como si el mundo hubiera subido de volumen. Pasa por delante del despacho de Pavel, que tiene la puerta abierta y no hay nadie dentro. Pasa por delante de la secretaría, que hoy tampoco tiene a nadie porque es sábado y casi todo el personal administrativo descansa. Pasa por delante de la placa que dice «Jefatura de Estudios».

Quizá Margaret está al otro lado, sentada en su silla, oyendo el sonido de una rueda de maleta que se acerca y se detiene. Quizá no está en el edificio, pero igualmente Sadie se queda ahí de pie.

No va a llamar, eso lo sabe. Lo supo ayer por la noche cuando no pudo dormir y se quedó mirando el techo de la habitación durante dos horas pensando en todo menos en esto. No va a llamar porque no sabría qué decir si la puerta se abriera, y no sabría qué hacer si no se

abriera, y cualquiera de las dos cosas sería peor que lo que está pasando ahora.

Nada es una forma de cierre. Es la forma que Margaret ha elegido. Ocho meses de nada. Ni una mirada en el comedor. Ni un saludo en los pasillos. Ni una mención en las reuniones de orientación, donde Margaret se las arreglaba para llamar a cada alumno por su nombre menos a ella. «Los estudiantes de último año». Sadie se convirtió en un genérico. Al principio le dolió como si le hubieran hecho algo, luego empezó a sentirlo como un peso constante, y después —más tarde, pasado un mes, pasados dos— empezó a entender que era una decisión, que no era un accidente.

Sadie le dio tres oportunidades. Las cuenta ahora, de pie frente a la puerta cerrada, aunque no ha venido aquí a contarlas. La primera fue a las dos semanas del tercer castigo: se saltó otra clase, se dejó ver en el pasillo del ala oeste en hora de tutoría, se aseguró de cruzarse con Margaret. La sanción la impuso Kratochvil. Margaret no apareció. La segunda, un mes después: hizo una escena ridícula en el comedor por una tontería con Tomas que ella misma orquestó. La convocaron al despacho de la directora adjunta. Margaret no estaba. La tercera, dos meses más tarde, fue la más estúpida de todas: dejó el móvil encendido en pleno examen de historia. Informe disciplinario firmado por Pavel. Margaret inexistente.

Después de la tercera dejó de intentarlo. No porque aceptara la situación —Sadie no acepta nada realmente, solo aprende a fingir que acepta— sino porque entendió que Margaret había decidido no estar. Que había hecho la cuenta y había decidido borrarse del espacio físico de Sadie con la misma frialdad con la que hace todo lo demás. Y Sadie no iba a seguir golpeando una puerta cerrada.

Se queda cinco segundos más para procesar que esa será la última vez que esté frente a esa puerta. Luego coge la maleta y reanuda el camino hacia la salida secundaria. No mira atrás, no tiene nada que mirar.

Cuando llega a la salida, el conserje de este lado le abre con una sonrisa neutra. Sadie le da las gracias y sale al patio. El aire fuera se siente bien, con ese olor a hierba recién cortada que los jardineros mantienen con una obstinación de secta, y la luz le da en los ojos con una intensidad que la hace detenerse un segundo en el escalón.

Delante hay unos cincuenta metros de sendero de grava hasta la verja principal. A la derecha, un seto perfectamente recortado. A la

izquierda, el ala administrativa del edificio, tres pisos de piedra clara con ventanas altas y simétricas. Sadie avanza con la maleta detrás.

El coche de Ralph —no Ralph, un coche que Ralph ha mandado, con un chófer que Sadie conoce de otras veces— está aparcado en la entrada. El chófer, que se llama Marek y que lleva doce años trabajando para su padre, baja a abrirle el maletero y a cogerle la maleta. Sadie le da las gracias y se queda un momento mirando la verja mientras él guarda el equipaje.

El móvil le vibra en el bolsillo. Es su padre.

—Hola, papá.

—Sadie. ¿Estás ya en el coche?

—Casi. Marek está metiendo la maleta.

—Perfecto. ¿Cómo ha ido todo? ¿Habéis terminado ya los exámenes?

—Hace tres días —Sadie se gira y vuelve a mirar el edificio.

—Ah. Bien. Bien, perfecto.

Ralph tiene una manera de hablar por teléfono difícil de explicar. Es una manera alegre, con frases cortas, no es falsa, pero a veces Sadie piensa que tampoco es verdadera.

—¿Y qué tal el año? En general —pregunta Ralph, y se escucha un ruido de fondo como el que hacen los restaurantes.

—Bien —contesta Sadie sin ganas de dar explicaciones.

—¿Solo bien? —pregunta su padre.

—Sí, papá. Normal. Aprobado. Media alta. Profesores contentos —lo dice como si fuera una máquina programada para decir medias verdades.

—¿Y estás tú contenta? —inquiere Ralph.

Sadie mira la verja. Mira un momento hacia atrás, a la fachada del edificio. Luego mira otra vez al suelo.

—Sí, claro.

—Perfecto. Oye, escucha. Cuando llegues a casa te quiero contar unas cosas.

—¿Qué cosas?

—Novedades —Ralph parece sonreír—. Varias, nada malo. Cosas buenas, creo.

—Vale, ¿no puedes adelantarme nada por teléfono?

—No —y su padre se ríe cuando Sadie suelta un bufido—, pero creo que te va a gustar.

Ralph cuelga. Sadie se queda con el móvil en la mano un segundo de más antes de guardarlo. Su padre siempre tiene novedades, vive en un estado permanente de novedades que la mayoría de las veces son contratos, adquisiciones, mudanzas del despacho, socios nuevos. Nada que la afecte realmente.

Marek cierra el maletero, le abre la puerta de atrás y Sadie se sube.

—¿Al apartamento del centro o directamente a casa de su padre, señorita?

—A casa de mi padre.

Cuando lo dice, la frase le sabe rara. Prácticamente desde que su madre murió, Sadie dejó de tener una casa familiar. Internados, academias de élite y su propio apartamento en el centro de Praga a una edad que debería ser ilegal es lo que ella conoce como casa. Donde nació y vivió sus primeros ocho años ahora es la casa de su padre.

—¿Música? —pregunta el chófer.

—Lo que quieras.

Marek pone algo suave, con piano, uno de esos discos de jazz que Ralph le habrá regalado por Navidad. El coche arranca, la verja se abre y salen al camino de acceso. Sadie apoya la sien en el cristal. No piensa nada elaborado, sobre todo no piensa en Margaret, ni en los ocho meses que la ignoró por completo, ni mucho menos en ese adiós que no se produjo.

El coche avanza y Sadie, sin saberlo, se lleva algo incrustado entre el pecho y la espalda.

Capítulo 13 | La vuelta a casa

Ha pasado un año.

El avión de Miami aterriza en Praga a las siete y cuarenta de la mañana, con una puntualidad que Sadie no agradece. Lleva doce horas de vuelo, dos escalas, una resaca mediana y el sabor de Riley todavía en alguna parte de la memoria. Se arrastra por la terminal con las gafas de sol puestas, aunque fuera está nublado, y piensa en ducharse como piensa un náufrago en el agua dulce.

Marek la espera con un cartel sin nombre, porque lleva años recogiéndola y ya no necesita poner nada. La abraza rápido, con esa torpeza paternal de los chóferes que te han visto crecer, y le coge las dos maletas sin preguntar.

—Su padre está en casa esperándola, señorita.

—¿Mi padre está en casa a las ocho de la mañana?

—Ha cancelado una reunión.

Sadie levanta una ceja detrás de las gafas. Ralph no cancela reuniones. Ralph reorganiza la realidad entera antes de cancelar una reunión.

—Interesante.

—Dice que tiene ganas de verla —comenta el chófer con tranquilidad.

Se mete en el coche, se quita las gafas y cierra los ojos un segundo. Miami ha sido un año raro. Raro bueno. Empezó siendo un castigo encubierto, «vive experiencias fuera de Europa», la frase de Ralph que nunca le terminó de sonar del todo verdadera, y acabó siendo el único sitio donde ella ha conseguido dejar de preguntarse por qué Margaret dejó de mirarla.

El centro comunitario estaba en Little Havana, lo dirigía una cubana de sesenta años que se llamaba Mercedes y que se sentaba con los chavales en el suelo si hacía falta. Sadie empezó guardando en su memoria todo lo que veía. Al mes la dejaban acompañar entrevistas. A los tres meses llevaba ella sola los casos de algunas adolescentes, con Mercedes de pie detrás por si acaso, sin abrir la

boca. Sadie descubrió que sabía escuchar. Descubrió que tenía paciencia para cosas que no creía que la tuvieran. Descubrió que cuando una chica de quince años con una madre enganchada al fentanilo le contaba lo que le contaba, ella no se rompía: se quedaba, tomaba nota y hacía las llamadas. Eva habría estado orgullosa, eso pensó más de una vez, y se sorprendió porque llevaba años sin permitirse pensar en su madre en presente.

Y después estaban las chicas.

Había una brasileña, Camila, que fue la primera. Tres semanas. Camila se fue a Nueva York sin avisar y Sadie no lloró, solo se bebió una botella de vino con una compañera del centro y al día siguiente estaba en la piscina de un hotel con otra. Después estuvo Diane, que era bailarina, y una rubia californiana cuyo nombre Sadie no recuerda del todo bien. Y después, los últimos cuatro meses, Riley.

Riley Taylor era de Georgia y tenía una risa ridícula, del tipo que te obligaba a reírte con ella aunque la broma no tuviera gracia. Hacía un máster en trabajo social en la Universidad de Miami y había pasado un verano en Nepal. La llevó al aeropuerto ayer por la tarde. Riley se emocionó, pero ambas tenían claro que lo que había entre ellas acababa ahí. Sadie le cogió la cara con las dos manos en la acera de las salidas y le dijo que había sido increíble estar con ella. Y lo había sido, porque Riley fue, en muchos sentidos, lo más parecido a algo serio que Sadie ha tenido nunca.

Margaret no existió en Miami, y fue bueno y malo a la vez. Bueno porque pudo vivir, disfrutar y divertirse sin sentirse asfixiada por los pensamientos. Malo porque anular en su mente a alguien que la desconcertó tanto durante casi un año le dejó mal cuerpo.

—Llegamos en media hora, señorita.

—Sin prisa, así me da tiempo de cerrar los ojos.

Marek asiente. Sadie apoya la sien en el cristal y se duerme casi enseguida.

Cuando llegan, la casa tiene el mismo aspecto de siempre. Grande en una calle donde todas las casas son del mismo tamaño, con el césped demasiado perfecto, una fuente seca en el jardín delantero y esa cancela automática que Ralph mandó a instalar hace dos años porque le daba miedo algo que nunca quiso explicar. Sadie se baja del coche, se estira, y ve a su padre abriendo la puerta antes de que ella llegue a tocar el timbre.

—¡Sadie, cariño! —Ralph la abraza fuerte, con las dos manos en la espalda—. Estás morena.

—Es Miami, papá. Todo el mundo está moreno.

—Estás preciosa —sonríe su padre mientras la mira.

Sadie le da un beso en la mejilla y entra. Huele a café, a pan tostado, y a algo más que tarda dos segundos en identificar. Un perfume. No el de Ralph. Un perfume de mujer, denso, con madera, con algo verde detrás.

Sadie se queda quieta un segundo en el recibidor porque algo hace que se le acelere el corazón.

—Papá, ¿hay alguien en casa?

Ralph sonríe como si estuviera guardando un regalo detrás de la espalda, esa sonrisa de padre que tiene una sorpresa para la niña. A Sadie le da un pellizco en el estómago antes de entender por qué.

—Ven —le pasa el brazo por los hombros—. Te quiero presentar a alguien.

—Papá, acabo de aterrizar.

—Solo un minuto.

Él la va guiando con esa suavidad ligeramente nerviosa que usa cuando quiere quedar bien. Sadie deja su bolsa en la mesa del recibidor, se quita las zapatillas por costumbre, y camina detrás de su padre hacia el salón.

La tarima cruje en el segundo paso. Sadie mira hacia delante.

Y la ve.

Margaret Blazek está sentada en el sofá de su padre con una pierna cruzada sobre la otra, una taza de café en la mano derecha y el codo izquierdo apoyado en el respaldo. Lleva unos pantalones negros y una blusa color hueso. El pelo recogido como siempre. El mismo perfume del recibidor.

El mundo no se congela. Sadie ha oído muchas veces eso de que el mundo se congela y entiende que le está pasando, que de repente todos los sonidos de la casa se escuchan por separado, uno por uno, como si alguien hubiera subido el volumen de cada cosa pequeña y hubiera bajado el de todo lo demás. La nevera en la cocina. Un grifo mal cerrado en algún baño. La respiración de Ralph detrás de ella. La cucharilla de Margaret apoyándose en el platillo con un tintineo mínimo.

Sadie deja de respirar. Dos segundos.

Margaret levanta la vista.

Los ojos son los mismos. Exactamente los mismos. Grises, fríos, quietos, pero hay una cosa —una cosa que solo Sadie puede ver, porque durante casi un año en Vítek los analizó a diario— y es que durante una fracción de segundo, antes de componer la sonrisa educada, Margaret también la mira como si le hubieran puesto una mano en la garganta.

Solo un segundo. Después está perfecta.

—Sadie —dice Ralph, a su espalda, con una naturalidad que le parece obscena—, te presento a Margaret. Mi pareja. Aunque bueno, seguro la recuerdas de la Akademie Vítek.

La palabra «pareja» entra en el salón como un objeto físico. Sadie lo nota en los hombros, en la mandíbula, en los dedos de la mano derecha que se le cierran solos.

Margaret se levanta. Cruza el salón con esa forma de caminar que Sadie conoce: tres pasos, ni uno más, ni uno menos, el peso puesto en la cadera derecha. Le tiende la mano.

—Encantada de volver a verte, Sadie —dice Margaret.

La voz es la de la jefa de estudios. Exactamente esa. Sadie la oyó durante un año pasar lista, imponer sanciones, llamarla «señorita Novák» con ese tono que cortaba el aire. Oírla ahora, en el salón de su padre, decir «encantada de volver a verte» mientras la llama por su nombre de pila, es algo para lo que el cuerpo de Sadie no está preparado.

Sadie tiene dos opciones. La primera es decir «¿a qué coño estás jugando?». La segunda es darle la mano.

—Lo mismo digo —le da la mano.

Es la peor mentira que ha dicho en su vida. La piel de Margaret está fría, la suya, sospecha, hirviendo. Se sueltan rápido y Ralph no parece enterarse de nada.

—Margaret sigue siendo la jefa de estudios de tu antiguo colegio —dice Ralph, como si eso fuera una anécdota simpática—. ¿No es una casualidad increíble?

—Increíble —repite Sadie.

—Nos conocimos cuando apenas llevabas unos meses en el internado, pero empezamos a vernos… ¿cuándo fue? ¿Octubre?

—Noviembre —dice Margaret.

—Noviembre —repite Ralph—. Una gala benéfica. Y bueno, ya ves.

Sadie mira a su padre. Le mira la cara, las arrugas nuevas al lado de los ojos, la forma en que está de pie con una mano apoyada en el

respaldo del sofá y la otra en el bolsillo del pantalón. Se le ve feliz de una forma que a Sadie le hace daño, porque no recuerda haberlo visto así desde que tenía siete años.

—Qué bien, papá.

—Hemos pensado que podríamos comer los tres juntos —dice Ralph—. Margaret ha traído unas cosas. Yo hago la pasta. Tú te duchas y te cambias.

—Acabo de aterrizar —le repite, como si esa frase fuera una especie de escudo protector.

—Por eso —su padre sonríe—. Te duchas, descansas un rato, y comemos sobre las dos.

Sadie asiente. Margaret vuelve al sofá, coge la taza, da un sorbo, y cuando la baja, lo hace con la muñeca girada hacia dentro de una forma que Sadie recuerda de esas primeras veces que estuvo en su despacho castigada y que Margaret estaba completamente tensa.

—Voy a subir.

—Marek te habrá dejado las maletas en tu habitación. Descansa —le dice su padre y la abraza.

«Tu habitación». La habitación de invitados. Ralph la llama siempre así, aunque Sadie haya dormido en ella contadas veces. Ella solo se quiere ir a su apartamento del centro, y si ha ido desde el aeropuerto hasta la casa de su padre es porque él había insistido. Ya entiende por qué.

Sube las escaleras con la garganta cerrada. No mira hacia atrás. Margaret está en el sofá de su padre. Margaret es la pareja de su padre, lleva desde noviembre siéndolo. Cinco meses después de que acabaron las clases en la Akademie Vítek. Mientras Sadie estaba en Miami, Margaret estaba yendo a galas benéficas con Ralph Novák.

Sadie respira por la nariz. Cuenta hasta cinco. Sale el aire por la boca.

Siente un nudo que no sabe explicar y la primera decisión que toma es comportarse como una mujer adulta. Salió de Vítek con casi dieciocho, en cuatro meses cumple veinte y tiene que aceptar que su padre por fin ha rehecho su vida, aunque lo esté haciendo con la mujer con la que… ¿con la que qué, Sadie? Bufa. Nada, entre ella y Margaret Blazek nunca ocurrió nada realmente.

Entra, se sienta en la cama y se queda mirando la pared. Hay un cuadro, un paisaje de montaña mediocre, comprado en alguna feria, que Ralph puso ahí el mes que redecoró la casa. Sadie lo mira sin

verlo. Lo que ve es el salón. Margaret en el sofá. Margaret con la taza. Margaret diciendo «encantada».

—Que te jodan, Blazek.

Se ducha larguísimo. El agua caliente la ayuda y después sale con el pelo mojado, se pone unos vaqueros y una camiseta gris, y se recoge el pelo en un moño húmedo.

Antes de bajar, se mira en el espejo. Se ve cansada, pero también se ve guapa. Miami fue un mundo nuevo para ella, se aficionó al CrossFit, hizo Hyrox, se unió a un grupo que corría por South Beach tres veces por semana y folló mucho. El resultado es que tiene un cuerpo de acero, una resistencia que no sabía que podía lograr y sus facciones ya no son de una colegiala enfadada.

—Tu pasta favorita, cariño —dice Ralph, y Sadie quiere fruncir el ceño. Esa ni de lejos es su favorita; de hecho, Sadie apenas come pasta—. ¿Qué pasa, no te apetece?

Su cara tuvo que haber evidenciado algunas cosas porque su padre la mira sorprendido.

—No es eso, papá —intenta salir como puede—. Es que en Miami cambié bastante mi alimentación y hace mucho que no como pasta.

Ralph niega con la cabeza y se acerca a ella.

—Estás muy delgada —lo dice mientras coge de la camiseta y tira un poco de ella hacia arriba—. ¿Lo ves? Nada de grasa.

Detrás de ellos Margaret empieza a toser. Está completamente roja y parece verdaderamente asfixiada.

—¿Estás bien, amor? —Ralph por poco deja caer el plato que tenía en la mano.

—Sí, sí —dice Margaret intentando recuperar el aliento—. Ha sido el vino, lo siento.

Ralph sonríe con ternura y le besa la mejilla.

Sadie se queda quieta, pero al menos no tuvo que presenciar un beso en los labios.

La comida es un ejercicio físico. Comen mientras Ralph habla de una reunión que tuvo la semana pasada en Roma, de un cuadro que quiere comprar, de lo lista que es Margaret y lo bien acompañado que se siente. Margaret dice que sí con la cabeza cuando toca y mira a Ralph con atención y una sonrisa.

—Sadie tiene muy buena memoria para las caras —dice Ralph en algún momento—. ¿Tú te acordabas de ella?

Margaret la mira durante un segundo largo, con la copa en la mano.

—Claro.

—¿Ves? —Ralph se ríe—. Yo pensé que a lo mejor ni os acordaríais la una de la otra.

—Yo sí me acordaba —dice Sadie.

Lo dice mirando a Margaret, con voz plana como quien confirma el tiempo que hace fuera. Margaret sostiene la mirada dos segundos y baja los ojos al plato.

—Bueno —dice Ralph, sonriendo—. Qué ilusión me hace teneros a las dos aquí.

Sadie come; la pasta está demasiado hecha, pero al menos el vino es bueno. La conversación sigue. A veces Margaret le hace una pregunta educada sobre Miami, sobre el centro, sobre su vuelo. Sadie contesta con frases de dos líneas. No es maleducada, pero tampoco demasiado entusiasta. Hay un momento, solo uno, en el que Ralph se levanta a coger más pan y se va a la cocina. Se quedan las dos solas en la mesa. Sadie está cortando algo en el plato. No levanta la vista.

—Sadie —dice Margaret, bajo. Y es primera vez que la llama por su nombre de pila.

—No.

Lo dice así, una sílaba. No «no quiero hablar», no «no me hagas esto», no nada. Solo «no». Es todo lo que Sadie puede permitirse ahora mismo.

Margaret no insiste. Se reacomoda la servilleta sobre el regazo. Cuando Ralph vuelve con el pan, están exactamente igual que antes.

Después de comer, Sadie dice que está muerta y que necesita dormir. Ralph dice que por supuesto y Margaret comenta que ella también se va a echar un rato. A Sadie le da igual dónde se vaya a echar Margaret; lo único que quiere es que sea en otro universo, lejos de ella.

En la habitación de invitados, Sadie cierra la puerta con pestillo. Se quita los vaqueros. Se mete en la cama. Apaga la luz con la cabeza dándole vueltas. Margaret está en esta casa, la casa donde Sadie creció antes de que la mandaran al primer internado.

Fuera, en algún sitio del pasillo, se oyen pasos. Unos que ella reconocería con los ojos cerrados, porque los tiene grabados en la memoria desde el día que vio a la jefa de estudios de la Akademie

Vítek entrar al auditorio. Los pasos se detienen un segundo delante de la puerta de su habitación, pero siguen.

Sadie se queda mirando el techo.

Capítulo 14 | Sin jerarquía

Margaret se despierta a las seis y diez. Lo sabe sin mirar el reloj porque su cuerpo lleva años despertándose a la misma hora con o sin alarma. Está en una habitación contigua a la principal, sola; cuando duerme en esa casa lo hace en ese mismo espacio y sin compañía. Ralph se ha levantado muy temprano y se ha ido, lo sabe porque le ha dejado un mensaje de texto en el móvil.

Reunión Bratislava, vuelvo para cenar. Cuida de mi hija. R.

Margaret lee el mensaje dos veces. La segunda vez se queda en «cuida de mi hija». Cierra los ojos un segundo.

Se ducha, se viste con cuidado, como si fuera a una junta directiva: pantalón de pinza color crema, jersey de cachemir gris, el pelo recogido. Se maquilla apenas. Se mira en el espejo del cuarto de baño y la mujer que le devuelve la mirada es exactamente la jefa de estudios de Akademie Vítek, no la mujer que anoche se quedó tres minutos delante de la puerta de Sadie sin entender qué hacía allí.

Baja a la cocina, pone la cafetera. Saca dos tazas, lo piensa, guarda una. Luego la vuelve a sacar y se queda mirando las dos tazas en la encimera.

—Esto es ridículo —dice en voz alta para sí misma.

A las siete y cuarto oye agua corriendo en el piso de arriba. Quince minutos después, pasos en la escalera. Margaret se sienta a la mesa de la cocina con su café y un periódico que Ralph dejó ayer y que ella no piensa leer. Pone los ojos en el periódico. Las manos quietas. La taza a la altura correcta.

Sadie aparece en el umbral con unos pantalones de chándal, una camiseta de tirantes negra y el pelo todavía mojado. Va descalza. Se queda un segundo mirándola y luego avanza hacia la cafetera sin saludar.

—Buenos días —dice Margaret.

—Mmm.

Sadie se sirve un café. Se apoya en la encimera con la taza entre las manos. No se sienta.

—Tu padre me ha pedido que te dijera que tenía una reunión en Bratislava.

—Ya —contesta Sadie después de dar un buen trago a su café—. Me ha mandado un mensaje desde el coche.

—Vuelve para cenar —Margaret tiene la imperiosa necesidad de seguir hablando.

—Vale.

Margaret asiente. Pasa una página del periódico que no está leyendo y tras eso hay un silencio largo, demasiado largo, de esos que en el internado Margaret habría cortado con una sola frase. Aquí no tiene nada que cortar. Aquí no es nada de nadie.

—¿Has dormido bien? —pregunta Margaret.

Sadie levanta la mirada y esos ojos verdes hacen grandes cosas en Margaret.

—No —contesta con brusquedad.

Lo dice sin apartar la mirada.

—Lo siento.

—¿Exactamente por qué lo sientes?

La pregunta queda colgando. Margaret no contesta, pasa otra página del periódico. Sadie deja la taza en la encimera, cruza la cocina, se sienta enfrente de ella en la mesa. Apoya los codos. La mira directamente.

—¿Por qué lo sientes, Margaret?

Es la primera vez que Sadie le dice su nombre de pila, bueno, la primera fuera de la Akademie Vítek, porque recuerda con claridad cuando lo dijo en ese tercer y último castigo impartido por la jefa de estudios. Margaret nota el pinchazo concreto, físico, en algún sitio detrás del esternón, y odia notarlo.

—Porque no hayas dormido bien.

Sadie suelta una risa irónica y niega con la cabeza.

—¿Hace cuánto estás con mi padre? —pregunta de repente, aunque debería callarse.

Margaret levanta la vista del periódico. La cara de Sadie no le pide ninguna explicación: le pide una fecha en concreto.

—Tu padre te lo dijo ayer. Noviembre.

—Ya, pero hace cuánto tú y él. No la pareja oficial, sino cuándo empezó esto de verdad.

Margaret cierra el periódico despacio. Lo dobla por la mitad. Lo deja a un lado.

—Sadie, no creo que sea una conversación apropiada.

—Apropiada —repite Sadie. Suelta media risa por la nariz—. Vale, Margaret.

Se levanta, recoge su taza de la encimera, vuelve a sentarse. Margaret nota que se le ha cerrado un músculo en la mandíbula.

—Tu padre y yo —dice Margaret, y el «tu padre» le sale con una pausa minúscula que ella misma escucha— nos conocimos en una reunión de seguimiento cuando eras alumna del internado, pero tal y como ya sabes, empezamos a vernos a partir de noviembre. Eso es todo lo que tienes que saber.

—¿Te refieres a cuando yo estaba en Vítek y tú no podías dejar de mirarme?

Margaret siente un ligero pinchazo entre las piernas y se sobresalta visiblemente. No contesta; no va a caer en ese juego.

—Margaret.

—No sé de qué estás hablando, Sadie, y tampoco pienso discutirlo.

La chica vuelve a negar con la cabeza.

—Me lo imaginaba.

Sadie se reclina en la silla y cruza los brazos mientras observa a la mujer que tiene a pocos metros de distancia.

—¿Sabes qué es lo más raro? —dice Sadie, después de un silencio —. Que aquí no eres nadie que está sobre mí. No eres la distinguida jefa de estudios de un internado de élite, y desde luego tampoco creo que seas la pareja que mi padre y tú decís ser.

—Ten cuidado con lo que dices —le suelta Margaret con frialdad absoluta.

Lo dice automáticamente, la misma palabra y el mismo tono que usaba con ella cuando tocaba un límite en el despacho. En cuanto le sale, sabe que ha sido un error. Sadie sonríe lentamente, esta vez con los ojos también, y a Margaret le sube el calor por el cuello.

—¿Cuidado? —Sadie ladea la cabeza—. Me encanta. Aquí no me puedes castigar.

—Yo no…

—No me puedes mandar a tu despacho. No me puedes hacer copiar nada. No puedes ponerme casi a cuatro patas sobre tu escritorio e intentar pegarme con una regla en el culo.

La frase aterriza como un golpe seco en el centro de la cara. Margaret cierra los ojos un segundo. Solo uno, y cuando los abre, Sadie está mirándola con una calma terrible.

—No lo menciones —dice Margaret, en voz muy baja.

—¿Por qué? Ahora te da vergüenza admitir que una mujer de tu edad y tu cargo quiso azotar a su joven alumna —ladea la cabeza y hace un pequeño puchero.

—Sadie, basta.

La chica levanta ambas manos en son de paz.

Sadie se levanta. Lleva la taza al fregadero y se queda un momento de espaldas, con las manos apoyadas en la encimera. Margaret le mira la nuca, donde el pelo todavía mojado le forma un remolino, y vuelve a cerrar los ojos.

Sadie sabe que está empujando una línea que no debe. Cuando los castigos de Margaret se incrementaron y notó su mirada cada vez que estaba en su despacho, Sadie tuvo la certeza de que algo pasaba entre ellas. Luego vino el incidente de la regla, por llamarlo de alguna manera. Entonces la chica se dio cuenta de que entre ellas había fuego puro, pero de repente se desvaneció. Alguien entró con un extintor y lo apagó todo. El resultado fueron ocho meses de absoluto silencio por parte de Margaret, una despedida que nunca se llegó a dar, Miami y ¿ahora qué? ¿Es su madrastra? Qué puta locura.

El caso es que Sadie ya no es la chica joven que estuvo en la Akademie Vítek; ahora, aunque haya pasado poco más de un año, es una mujer con casi veinte que ha madurado con una rapidez alucinante. Esa nueva Sadie tiene que aceptar que su padre está con Margaret y dejar de ser una mocosa encoñada.

—Voy a salir a correr —anuncia Sadie para empezar a romper el hielo—. ¿Necesitas algo del supermercado?

La pregunta es tan absurdamente doméstica que Margaret tarda un segundo en procesarla. Es que Sadie parece estar ofreciéndole una bandera blanca, y Margaret no duda en cogerla.

—No, gracias.

—Vale.

Sadie sale de la cocina sin mirarla. Margaret oye sus pasos por el pasillo, después por la escalera. Cuando sabe que la chica ya está lejos, se permite apoyar la frente en la palma de la mano durante diez segundos. Después se incorpora, abre el periódico, y empieza a leer una noticia sobre la subida de los precios de la energía que no le interesa absolutamente nada.

Sadie sale de casa con mallas, sudadera y auriculares. Vuelve una hora y media después, sudada, con dos bolsas del supermercado.

Margaret está en el sofá del salón leyendo un informe del centro. Se cruzan en el recibidor. Sadie levanta una de las bolsas y dice, sin parar de andar:

—Te he traído fruta. La que comías en el comedor de Vítek. Los albaricoques.

Y se mete en la cocina antes de que Margaret pueda contestar.

Margaret se queda mirando el pasillo vacío. Albaricoques. Sadie se acuerda, y eso la hace sonreír de una manera que no recuerda desde hace exactamente un año y nueve meses.

El resto del día pasa en una coreografía absurda. Margaret arriba haciendo una llamada de trabajo, Sadie abajo con el portátil. Cada vez que se cruzan, una se aparta para dejar pasar a la otra con una cortesía ridícula. Margaret nota cada vez que Sadie pasa por delante de ella el perfume suave que parece nuevo, y también se da cuenta de cómo su antigua alumna la sigue con la mirada dos segundos más de lo que debería.

A las dos vuelve Ralph, antes de lo previsto. Se acerca al sofá donde está Margaret y le da un beso en la mejilla.

—¿Dónde está Sadie? —pregunta quitándose la chaqueta.

Sadie aparece en lo alto de la escalera, descalza y con un vaso de agua en la mano.

—Hola, papá.

—Mi niña, ¿qué tal la mañana?

—De maravilla —dice Sadie, mirando a Margaret.

Ralph sonríe.

Comen los tres juntos. Ralph cuenta lo de Bratislava. Sadie come en silencio la mayor parte del tiempo, contesta cuando Ralph le pregunta directamente, y de vez en cuando, sin previo aviso, mira a Margaret durante un segundo entero antes de volver al plato. Margaret nota todas y cada una de esas miradas.

A las siete de la noche Ralph sube a su habitación, porque dice que se ha levantado a las cinco, necesita ducharse y descansar antes de bajar a cenar. Margaret se queda en el salón con un libro. Sadie se sienta en el sillón de enfrente, también con el portátil, y se pone unos auriculares.

Margaret intenta leer, pero no lo consigue. Levanta la vista del libro y mira a Sadie disimuladamente. Está concentrada en la pantalla, las cejas un poco fruncidas, una pierna recogida bajo el

cuerpo. Margaret se queda mirándola más tiempo del que querría. Cuando vuelve al libro, no recuerda en qué página estaba.

Una hora después suena un timbre desde el portátil de Sadie. Ella sonríe y se levanta para salir al patio abriendo la puerta corredera que tiene justo a su lado. Se sienta en una de las sillas y desconecta los auriculares.

—Hola, guapa —dice en inglés.

Margaret levanta la vista.

—Hi, baby —contesta una voz al otro lado, con acento del sur de Estados Unidos. Una voz joven, dulce, claramente femenina.

Margaret puede escucharlo todo como si estuviera al lado de esa chica. Ladea el cuerpo y mira a Sadie.

—¿Cómo va todo? —pregunta Sadie.

—Bastante bien, aunque sin ti no es lo mismo —Riley sonríe—. Te echo mucho de menos.

—Yo también —Sadie no miente; le encantaba pasar tiempo con ella y perderse en su piel.

—¿Estás en casa de tu padre?

—Sí, aquí estoy —Sadie gira la pantalla para que la chica vea el patio y la piscina.

—¿Y cómo va?

—Raro —dice Sadie, y se encoge de hombros—, pero bien.

Margaret nota que se ha quedado completamente quieta. Que el libro le pesa en las manos como si fuera un objeto del doble de su tamaño. Que la garganta se le ha puesto seca.

Sadie sigue hablando. Se ríe de algo que dice Riley. Le pregunta por una compañera del centro. Le dice que sí, que mañana le manda fotos. Le dice «cuídate, preciosa» en un tono que Margaret nunca le ha oído usar. Cuelga.

Cuando entra de nuevo a la casa, Margaret la mira sin ningún tipo de excusa.

—¿Una amiga? —pregunta Margaret, y se odia en el momento de preguntarlo.

—Algo así.

Sadie vuelve a sentarse en la butaca y no levanta la vista del portátil. Margaret asiente y vuelve al libro, donde ahora hay frases que entran y salen sin dejar nada.

A las nueve cenan. Ralph ha bajado descansado, contento, y propone abrir un vino que le han regalado.

—Por cierto —dice Ralph, sirviendo vino—, ¿con quién hablabas antes? Te he oído reírte desde la habitación.

—Con una amiga de Miami —dice Sadie.

—¿La que me dijiste que te llevó al aeropuerto?

—Esa.

—¿Era amiga o era…? —Ralph deja la frase a la mitad, sonriendo.

Desde que Sadie descubrió que le gustaban las chicas, se lo dijo a su padre sin pudor. En realidad, fue por una apuesta que ella no iba a perder y a Ralph no pareció importarle lo más mínimo. Desde ese momento su padre siempre le pregunta si tiene novia o si ha conocido a alguna chica.

—Bueno, era mi chica —contesta Sadie.

Ralph asiente y toma un sorbo.

—¿Cuánto tiempo?

—Cuatro meses más o menos.

En ese momento Margaret siente cómo mil cuchillos le atraviesan toda la piel del cuerpo. Se siente asfixiada e incluso empieza a ver borroso. Le invade la rabia, la ira, el descontrol. No era tonta, sabía que Sadie haría su vida en Miami, pero escucharla de su propia boca la está quemando. Quiere reírse a la vez; lo cierto es que Margaret Blazek jamás ha tocado un cuerpo femenino, mucho menos se ha detenido a mirarlo como ha hecho con Sadie. Esa chica fue una explosión mental para ella, una verdad que le salpicó de tal manera que aún no logra comprender.

—¿Y se ha quedado allí? —la pregunta de Ralph devuelve a la realidad a Margaret.

—Está en Miami acabando un máster. Yo estoy aquí. No iba a funcionar a distancia, las dos lo teníamos claro.

—Pero te llevas bien con ella —dice su padre levantando las cejas.

—Muy bien; además, siempre tendré una buena amiga allí si decido ir de vacaciones alguna vez.

Sadie lo dice con picardía, con la sonrisa de medio lado y los ojos brillantes.

Ralph suelta una carcajada. Le sirve más vino a Margaret sin preguntarle si quiere. Margaret no protesta. Coge la copa. Da otro sorbo.

—Bueno, Margaret —dice Ralph, en ese tono campechano que pone para hacer chistes que nadie le ha pedido—, ¿tú sabías que a Sadie le gustaban las mujeres?

—No —dice Margaret con una voz atronadora.

—Pues mira —dice Ralph—. Ya lo sabes. Mi hija es como su padre.

Hay un silencio demoledor. Claro, se parecen en que a los dos les gusta la misma mujer.

Margaret coge la copa otra vez y la vacía de un trago.

Sadie se levanta a llevar los platos. Margaret se ofrece a ayudar. Ralph dice que ni hablar, que ya recoge él, que se ha pasado la mañana fuera y le apetece. Margaret y Sadie se quedan un momento de pie en el salón, una a cada lado de la mesa, con Ralph en la cocina aclarando platos y silbando.

—Vaya que has disfrutado de Miami —suelta de repente Margaret con los dientes apretados.

—Uff, ni te lo imaginas —contesta Sadie tranquila—. ¿Celosa, Margaret?

Margaret la mira durante dos segundos y tiene el deseo visceral de seguir con lo que comenzó aquel día en su despacho. Tumbar a esta engreída sobre su mesa y azotarla con fuerza.

—Buenas noches —dice Sadie, y se da la media vuelta para marcharse.

Margaret la deja ir con la cabeza dando vueltas en círculos violentos. Su plan es una auténtica basura y nada está saliendo como ella realmente había planeado.

Capítulo 15 | Lo que no debería pasar

El tercer día Sadie ya tiene un horario. Café a las siete, salir a correr a las siete y media, tres kilómetros por el parque. Volver, ducha, desayunar fruta y huevos en la cocina en silencio. De nueve a once, el portátil abierto sobre la mesa del comedor: un proyecto para el centro comunitario de Mercedes, un plan de formación que Sadie está maquetando por su cuenta porque se lo debe. De once a doce, entrenamiento en el patio trasero. Esterilla sobre la alfombra, pesas rusas que Marek le ha comprado, una playlist que sube el volumen sola.

Margaret la ve hacer todo eso sin querer verlo. Eso es lo que Sadie nota al tercer día. Margaret se levanta más tarde, las clases en Vítek aún no han comenzado. Baja con el pelo mojado, se sirve café, se sienta con el portátil en el sofá. Hace llamadas. Firma cosas y, de vez en cuando, levanta la vista del portátil una fracción de segundo más de lo necesario. A Sadie le parece curioso que la que fue su jefa de estudios no se haya movido de la casa de su padre en esos días. Según lo que le explicó Ralph, Margaret se quedaba solo algunas veces, no vivían juntos, no tenían esa clase de relación. Sadie no lo entendió muy bien «clase de relación» pero tampoco preguntó, no es su problema.

Al mediodía del tercer día, Sadie hace sentadillas con pesa rusa en el salón delante del ventanal. Hoy llueve y no ha querido salir al patio. Lleva el top negro del deporte y unas mallas cortas. Cuando se incorpora por decimoquinta vez, ve reflejada en el cristal a Margaret con la taza a medio camino de la boca, los ojos fijos.

Sadie no sonríe. Hace la repetición dieciséis.

Ralph lleva toda la mañana encerrado en el despacho con una llamada que no termina nunca. Sadie lo sabe porque ha oído su voz apagada por la puerta al bajar a por agua. A la una y media, la puerta del despacho se abre y Ralph sale con el móvil pegado a la oreja, cogiendo el abrigo del perchero.

—Se me ha liado —dice a nadie y a todas—. Tengo que ir a la oficina. Volveré tarde.

—Vale —dice Margaret.

—Vale —dice Sadie.

Ralph le da un beso a cada una, uno en la mejilla a Margaret, otro en la frente a Sadie, y se va. La puerta principal se cierra y a los pocos segundos, el motor del coche arranca en el camino.

Sadie deja la pesa rusa en el suelo con cuidado. Se incorpora y respira hondo. Intenta arreglarse ese desastre de recogido en un moño que no esté medio caído sino en condiciones. Va a la cocina a por agua y nota que Margaret está leyendo en el sofá y que en ese momento no levanta la vista.

Sadie abre la nevera. Coge la botella y bebe directamente de la botella, porque sabe que a Margaret le parece de mala educación y porque hoy le apetece empujar sus límites. No se pregunta por qué, quizá es que lo necesita. Cuando baja la botella, se gira. Margaret la está mirando desde el sofá con el libro cerrado sobre el regazo.

—¿Algún problema? —pregunta Sadie.

—Ninguno.

—¿Entonces por qué no paras de mirarme? —pregunta Sadie con una sonrisa burlona y vuelve a beber de la botella.

Margaret aprieta la mandíbula.

—Estás viendo cosas donde no las hay —contesta la jefa de estudios de la Akademie Vítek.

Sadie suelta un bufido corto, como una risa seca, y niega con la cabeza.

—No sé a qué coño estás jugando, Margaret.

Margaret Blazek se queda muy quieta. Su cabeza corre y su corazón se acelera de una manera brutal. Sadie está frente a ella, sudada, con ese cuerpo de infarto que la está desquiciando y además la está poniendo contra las cuerdas.

—Yo no juego a nada —contesta con voz gélida—. Aquí la que parece jugar eres tú.

Parece una adolescente, lo sabe, pero es que Sadie la está poniendo muy nerviosa y no sabe qué decir.

—Te acuestas con mi padre —la frase cae entre ellas y hasta Sadie se sorprende de oírla, pero es una realidad que no se puede obviar—. No dejas de mirarme, estás todo el tiempo a mi alrededor. Entonces no sé, si eso no es jugar…

—Eso no es asunto tuyo —escupe Margaret de inmediato, pero sus ojos se mueven de un sitio a otro.

—Claro que es asunto mío, es mi padre y que su novia coquetee con su hija es bastante retorcido.

—Y yo soy una mujer adulta, Sadie. Con una vida propia y no estoy coqueteando contigo —Margaret se pasa la mano por la frente, es la primera vez que Sadie la nota tan desencajada—. No… no es como piensas.

Sadie suelta una risa. Da dos pasos hacia atrás, se deja caer en el sillón de enfrente. Cruza las piernas. La cara le quema, pero mantiene la voz baja.

—Increíble.

—Sadie, no voy a tener esta conversación.

—¿Qué haces con mi padre, Margaret?

—Basta.

—¿Qué buscas? ¿Dinero? Porque si es eso, te puedo pasar el contacto de mi gestor y te ahorro los preliminares.

Margaret la mira de la misma forma que antes de imponerle un castigo.

—Cuida cómo me hablas.

—¿O qué?

La pregunta se queda en el aire. Sadie se pone de pie para igualar la altura. Quedan a un metro de distancia. Margaret no retrocede. Sadie tampoco.

—En vez de preocuparte de los motivos por los que estoy aquí —deliberadamente no dice «por los que estoy con tu padre»—, deberías centrarte en que mañana comienzas las clases en la universidad y quizá en la tal Riley.

—¿Perdón? —Sadie frunce el ceño—. ¿Qué cojones estás diciendo?

Margaret suspira, toma varias bocanadas de aire. Todo se le está yendo de las manos.

—Contesta, joder —exige Sadie ante el mutismo de Margaret.

Margaret da medio paso adelante. Sadie nota el perfume, la respiración, todo. Las dos se miran como si estuvieran a punto de pegarse.

—Eres una niña —Margaret lo dice como si se lo estuviera recordando a sí misma.

Sadie se ríe. Es una risa nerviosa, baja, que le sale del fondo de la garganta.

—Tengo diecinueve años, Margaret —responde mirándola a los ojos—. He perdido la cuenta de en cuántos países he vivido y estudiado. No tengo tu edad, no, pero soy lo suficientemente madura para entender muchas cosas y sobre todo para saber que no soy una niña.

Margaret levanta la mano. Sadie cree, durante una fracción de tiempo, que va a pegarle. No lo hace. Le coge la mandíbula, con los dedos abiertos, la palma fría contra el cuello. La sujeta, pero le hace daño.

—Tienes que parar —dice Margaret.

—Para tú.

—No puedo.

Y la besa.

No es un beso suave. Es un beso que lleva dos años de retraso. Sadie nota los dientes de Margaret contra su labio inferior, nota la mano que sigue en su mandíbula, nota la otra que se ha cerrado alrededor de la cintura y tira. Margaret besa como si estuviera empujando algo. Sadie responde como si estuviera devolviendo un golpe.

Se separan un segundo y las dos respiran mal. Margaret la mira con los ojos más abiertos de lo que Sadie los ha visto nunca, y hay algo en esa mirada que durante medio segundo parece miedo. Después se recompone y vuelve a besarla.

Esta vez la empuja contra la pared. Sadie golpea con la espalda, se queja, Margaret no se disculpa. Le pone las manos en el abdomen descubierto y todavía sudado y gime, gime alto pegada a la boca de Sadie. Debajo,

—Joder —dice con la voz rota en medio de otro gemido.

Es la primera palabra sucia que Sadie le oye. Casi sonríe.

—Tienes una boca —susurra Sadie.

—Cállate.

—Oblígame.

Margaret le tapa la boca con la suya.

No piensan, hay demasiado encerradas dentro de ellas desde que Sadie entró a la Akademie Vítek que no pueden parar. Suben al primer piso a trompicones. A medio camino Margaret se gira y la empuja contra la barandilla y la vuelve a besar, con las dos manos en el culo de Sadie, apretando. Sadie se ríe contra su boca.

Margaret la mira y también le sonríe.

—Camina —exige.

Entran en la habitación de invitados. Sadie cierra con pestillo porque no se fía de nadie, y porque le gusta el sonido. Margaret ya está quitándose el jersey por la cabeza. Debajo, un sujetador gris claro, simple, y una piel más blanca de lo que Sadie se había imaginado en las noches en las que lo pensaba con una mano entre sus piernas.

Caen sobre el colchón con torpeza, Margaret está encima, lo cual no le sorprende a Sadie porque esa mujer tiene una manía con querer controlarlo todo que no se asombra. Sadie le pasa las manos por la espalda, por debajo del sujetador, le siente la columna. Margaret le muerde el cuello. Sadie le clava las uñas.

—No dejes marcas —dice Margaret contra su piel y Sadie le clava las uñas con más fuerza.

Margaret gime y le baja las mallas cortas con una sola mano, el pulgar dentro del elástico, directa. Sadie arquea la espalda. Cuando Margaret le toca, nota que la mujer que tiene encima tiembla un segundo, solo uno, antes de seguir. Ese temblor le dice todo lo que necesita saber. Esta es Margaret Blazek, que ha pasado dos años aguantándose, cerrándose a la posibilidad de que algo como esto pudiera pasar, pero está pasando.

Sadie cierra los ojos y respira por la boca antes de girarse con fuerza poniendo a Margaret debajo de ella.

—Aquí el control —Sadie le lame los labios y la barbilla. Margaret gimotea—, lo llevo yo.

Margaret Blazek jamás había sentido lo que está experimentando. Toques suaves que le queman la piel, besos húmedos que la empujan a un orgasmo sin ni siquiera haber tenido un primer toque y el peso del cuerpo de Sadie sobre ella. Lo ha deseado tanto que le duele el alma de recordar todo el dolor, la desesperación de poder verla.

—Oh, Dios —a Margaret le sale la voz entrecortada.

Sadie le está besando toda la piel mientras se va deshaciendo de capas de ropa. Lame, muerde sin fuerza y vuelve a lamer. Se pega a los pezones de Margaret y gime cuando siente la dureza entre sus labios. Margaret Blazek es muy receptiva y Sadie lo nota cuando abre las piernas cada vez más.

—Tienes un pecho precioso —Sadie vuelve a pasar la lengua y la nota arquearse bajo ella.

No hay palabras durante mucho rato. Hay sonidos y un eventual «joder» y «Sadie» cuando Margaret siente que va a explotar.

Sadie sigue besando el pecho de Margaret mientras su mano baja a la entrepierna de la jefa de estudios. Siente el calor y cuando se aventura a meter la mano nota la humedad. Margaret es un río y la chica usa dos dedos para acariciarla. Por poco se atraganta cuando los pasa por la entrada y la nota tan dilatada que los mete sin pensarlo.

—Mmh —gimotea Margaret—. Joder, Sadie.

Los mete hasta el fondo y los deja ahí unos segundos para que Margaret se acostumbre a ellos. De inmediato empieza con un vaivén lento y profundo que desquicia a las dos.

—Tan abierta —suelta Sadie y le muerde un pezón.

Margaret se corre la primera vez con una rapidez que le molesta. Ha durado, ¿dos minutos? Joder, es que Sadie follándola mientras le mordía los pezones ha sido demasiado para ella.

Sadie sale despacio, besa a Margaret y se pone de pie. Se quita la ropa y queda completamente desnuda. Margaret vuelve a sentir el deseo arremolinándose en su vientre. Sadie Novák es el pecado hecho mujer. Piel tersa, abdomen marcado, músculos firmes, piernas preciosas y un coño húmedo increíblemente atractivo.

—Estoy sudada, lo sé, pero necesito correrme si no voy a explotar —suelta Sadie y se tumba al lado de Margaret.

Sadie la besa con la misma ansia que en el salón, se muerden los labios, sus lenguas se encuentran y las dos gimen con tanta fuerza que sus gargantas se resienten.

Margaret toca el cuerpo de Sadie con torpeza, no tiene ni idea de qué hacer. Todo le resulta una delicia y no puede parar de tocarla, aunque no sepa cómo avanzar. Sadie lo nota, hay una inseguridad que ella no diría que sea típica de una mujer como Margaret Blazek y entonces, como un fogonazo, una absurda pregunta se clava en su mente.

—¿Nunca has estado con una mujer? —le pregunta Sadie rompiendo el beso.

Margaret aparta la mirada, su respiración se acelera y se muerde los labios mientras niega con la cabeza.

—Joder —dice Sadie e intenta incorporarse, pero Margaret la sujeta para que no se mueva—. No lo sabía, yo… —Sadie se aprieta el puente de la nariz—, pensé que como poco eras bisexual.

—Nunca me ha gustado una mujer —Margaret pasa las yemas de sus dedos por el abdomen de Sadie mientras decide que no es el momento de hablar, sino de hacer—, pero no quiero parar, déjame tocarte, Sadie.

Sadie la vuelve a besar como respuesta y coge una mano de Margaret para llevarla a su propia entrepierna. Sabe que está empapada, joder, es que lleva años imaginándose a Margaret en una cama con ella, masturbándose mientras pensaba cómo sería follar con ella. Ahora está pasando y si la mujer quiere seguir… ella no va a frenar.

—¿Te gusta esto? —pregunta Sadie mientras utiliza la mano de Margaret para masturbarse—. Mira cómo me tienes.

Margaret jamás pensó que estar en la cama con una mujer sería así. Es tremendamente erótico y completamente diferente a lo que está acostumbrada.

—Quiero estos dedos tan adentro —Sadie maniobra con la mano de Margaret hasta que se siente completamente llena—. Fóllame, hazlo como quieras, pero no te detengas hasta que me corra.

Margaret parece impulsada por lo que siente y empieza a mover los dedos atrapados en ese agujero caliente y húmedo. La sensación es exquisita y mientras besa a Sadie va aumentando la fuerza de las embestidas. Escucha los suaves murmullos de la chica y hay algo tan poderoso en saber que es ella quien los está causando que no puede evitar moverse más rápido y besarla con fuerza.

—Joder, nena —suelta Sadie y si estuvieran en otra situación, sin duda Margaret pararía para abofetearla, ¿nena? Ni de coña—. Sigue así, llename.

Sadie sabe que no están haciendo nada espectacular pero cuando el objeto de tu deseo durante tanto tiempo te está follando mientras te da los besos más húmedos que has recibido, absolutamente todo lo que has vivido palidece en comparación a esto.

Margaret frunce el ceño, empieza a sentir pequeños espasmos alrededor de sus dedos y cómo Sadie se va apretando. La chica gime más fuerte y sus besos empiezan a ser desordenados. Entonces entiende que va a correrse y ella no quiere perderse ni un segundo de ese espectáculo.

—Eres preciosa —susurra Margaret pegada a su boca mientras mueve su mano más rápido.

Sadie lo siente, llega de golpe y los dedos de sus pies se encogen. El cuerpo empieza a temblarle sin control mientras Margaret la embiste cada vez con más intensidad.

—Sí, Dios, sí —lloriquea Sadie—. Joder, nena, me estoy corriendo tan fuerte.

Apenas dura unos segundos, pero Margaret disfruta del espectáculo como si estuviera viendo una obra expuesta en un museo en París. Sadie Novák es increíblemente hermosa, inteligente y corriéndose con los labios separados y esos ojos verdes penetrándola, es lo más maravilloso que Margaret ha vivido nunca.

Sadie se recupera rápido —cosas de la edad y la práctica en Miami — y baja por el cuerpo de Margaret para posicionarse entre sus piernas. No lo quiere pensar, pero quizá este arrebato sea el único entre ellas y Sadie quiere sentirla en la boca.

—Sadie —Margaret balbucea cuando siente la lengua de la chica lamiendo su entrada.

Margaret abre más las piernas y levanta la cabeza. La estampa es brutal, desde su posición puede ver la espalda musculada y ese culo precioso que quiere morder.

Sadie chupa, suelta saliva y lame con precisión. Tantea su entrada con la lengua y vuelve a subir. Margaret está perdiendo la cabeza y para ese momento, sus gemidos son todo menos silenciosos.

Siente cómo Sadie la penetra y esta vez es más lento, como un castigo.

—Sabes tan bien —dice Sadie y le chupa el clítoris con suavidad.

Margaret lo siente en todas partes y su vientre se contrae por el placer, quiere aguantar, la verdad que sí, pero cuando vuelve a mirar a Sadie, la chica está observando mientras la lame y eso es suficiente para dejarse ir.

Se corre haciendo mucho ruido. Se arquea. Cierra los puños en la sábana. Respira una vez larga, una vez corta, y se queda quieta.

Sadie sube por su cuerpo hasta quedar a su altura. Apoya la barbilla en su esternón y la mira. Margaret tiene los ojos abiertos mirando al techo. La boca entreabierta. Un mechón de pelo en la frente. Está guapísima.

—Margaret.

Margaret no contesta.

—Margaret, mírame.

Margaret gira la cabeza y la mira. Y Sadie, que ya lo sospechaba, lo ve en directo: el momento exacto en que Margaret vuelve a ser la jefa de estudios de la Akademie Vítek y la respetada novia de Ralph Novák, su padre.

—Esto no va a volver a pasar.

Margaret lo dice con la boca pequeña y un ardor en la garganta parecido al dolor de estómago. Esto no debía suceder así, se supone que no tendría que haber tocado a Sadie, no podía cruzar esa línea. Ese no era el plan, acostarse con una chica que conoció con diecisiete años recién cumplidos ya era suficientemente malo como para hacer todo lo que ha hecho e igualmente terminar cayendo en su propia trampa.

—Vale —Sadie le contesta con tranquilidad porque ya se esperaba este arrepentimiento.

Margaret se incorpora. Recoge el sujetador del suelo. Se lo pone sentada en el borde de la cama, de espaldas a Sadie. Sadie la mira hacer. Lleva los hombros rectos. La columna visible.

—Hablo en serio, Sadie —Margaret necesita repetirlo y que su propia mente lo entienda—. Esto ha sido un error.

—He dicho vale, Margaret.

Margaret se pone el jersey, los pantalones y se recoge el pelo sin mirarse en ningún sitio. Cuando se gira, ya es otra vez la mujer del salón.

—Voy a ducharme —no sabe por qué lo dice y se arrepiente de inmediato porque prácticamente le está diciendo a Sadie que necesita eliminar lo que han hecho.

—Haz lo que te dé la gana —contesta la chica y se pone de pie para entrar a su propio baño.

Margaret la sigue con la mirada, el cuerpo desnudo, sudado, con las marcas de Margaret por el cuello y sus ojos se clavan en las nalgas redondeadas que tanto anhela.

Cuando la puerta del baño se cierra, Margaret se gira y sale de la habitación.

Sadie entra a la ducha y cierra los ojos durante un momento. Lo que siente no es tristeza, es una especie de claridad nueva y muy limpia, como si alguien le hubiera pasado un trapo por el cristal. Margaret va a volver al salón dentro de media hora con el pelo recogido y el mismo jersey de cachemir y va a fingir que no ha pasado nada.

Y Sadie, que ha pasado un año aprendiendo en Miami a no querer a nadie demasiado, se da cuenta de que a Margaret Blazek la quiere de una manera que no sabe explicar todavía, pero no se lo va a decir nunca, hasta que Margaret lo diga primero.

Capítulo 16 | Como si nada

Margaret no cena. Sadie la oye salir de la ducha en el otro baño y bajar a la cocina. Luego hay un murmullo, una conversación con Ralph en el salón, fragmentos sueltos: «mañana temprano», «el centro», «te llamo». Escucha cuando vuelve arriba y al cabo de unos minutos, la puerta principal cerrándose.

Sadie está sentada en el suelo de la habitación mirando la cama aún deshecha y el olor a sexo que sale de ella. Se levanta, se viste y decide cambiarlas. Pone unas blancas de no sabe cuántos hilos que su padre se empeñó en comprarle hace unos meses para cuando volviera de Miami y decide que va a intentar dormir porque mañana tiene que levantarse pronto para su primer día en la universidad.

Sorprendentemente duerme, del tirón, y una vez que está vestida baja a la cocina con unos vaqueros, camiseta blanca y una blazer gris que compró hace unos días. Ralph está en la mesa con café y tostadas. Le ha preparado un zumo.

—Buenos días.

—Buenos días, hija.

Sadie se sirve café. Se sienta enfrente de él.

—¿Qué tal te preparas para tu primer día? —pregunta su padre y lo que continúa atraviesa a Sadie—. ¡Qué pena que Margaret no esté aquí!

Sadie asiente, coge una tostada y le unta mantequilla con una tranquilidad que le cuesta un esfuerzo muscular.

—Se fue anoche —sigue diciendo Ralph—. Tenía cosas en casa. Ya sabes cómo es.

—Ya.

—De hecho —Ralph coge el móvil, lo mira, lo deja—, no suele quedarse aquí más de una noche a la semana, pero quería estar unos días cuando volvieras para que te sintieras más cómoda. Cosas de mujeres.

El hombre encoge los hombros y a Sadie la información le chirría.

—Qué detalle.

—Le caes muy bien —Ralph sonríe con la cara de hombre satisfecho—. Se nota.

Ralph no detecta nada inusual en Sadie, realmente apenas conoce a su hija, tantos años en internados hacen difícil que sepa si ocurre algo raro o no.

—¿A qué hora sales?

—Clase a las nueve —dice Sadie después de tragar—. Vuelvo sobre las seis.

Se levanta y se despide de su padre antes de subir al baño para lavarse los dientes y coger la mochila.

Marek la lleva porque Sadie empieza las clases para sacar el carnet de conducir dentro de unas semanas. Era algo que quería hacer al salir de la Akademie Vítek, pero su padre insistió en Miami y ella simplemente aceptó.

Pasa el día en la facultad. Conoce a tres personas cuyos nombres olvida en el acto. Toma apuntes a mano porque le da la gana. Come sola en una cafetería cercana, un sándwich y una Coca-Cola, mientras lee el programa de Sociología Clínica como si fuera una novela. Cuando vuelve al coche a las seis, tiene la cabeza vacía en un sentido útil: no ha pensado en Margaret más de una docena de veces. Eso lo cuenta, y se permite un pequeño orgullo de mierda.

En casa de Ralph, Margaret no está. No aparece esa noche, ni al día siguiente.

El sábado, el piso de Sadie sigue en obras. Se lo dice Ralph desayunando: el albañil ha encontrado humedad detrás del alicatado del baño, hay que arreglar dos paredes, son diez días más. Sadie no discute. Cierra los ojos un segundo, los abre y sonríe correctamente.

—No pasa nada, papá.

—Siento el lío, hija.

—De verdad que no pasa nada.

Han pasado ocho días desde la tarde en la habitación de invitados cuando Margaret vuelve. Es miércoles y Sadie vuelve de clase empapada, porque ha empezado a llover fuerte mientras esperaba el tranvía y se ha olvidado el paraguas en el aula. Entra en casa con las zapatillas chorreando, deja la mochila en el suelo del recibidor, se quita la blazer mojada.

Margaret está en el salón. De pie, con un abrigo gris todavía puesto, hablando por teléfono. Cuando Sadie entra, Margaret la mira un segundo, sigue hablando y enseguida termina la llamada.

—Hola —dice Sadie.

—Hola.

—¿Y mi padre?

—Tiene una reunión y después cena con un inversor —le explica Margaret con la voz modulada—. Vuelve tarde.

Sadie asiente y sigue camino del piso de arriba deseando darse una ducha caliente que le quite el frío de los huesos, completamente convencida de ignorar a esa mujer.

—Joder, nena, cómo chorreas.

Sadie pudo tomar esa ducha y cuando salió, Margaret estaba en el umbral de la puerta de su habitación. No hubo palabras, Sadie la arrolló con su cuerpo y Margaret perdió la cordura.

Primero Sadie se ha corrido, fue rápido e intenso y ahora Margaret jadea con la cara pegada a la pared mientras la chica la penetra desde atrás con tres dedos.

—Mmm, sí, sigue así —murmura Margaret y a ella misma le cuesta entender cómo esa frase ha salido de su boca.

—Quieta —le dice Sadie y con la mano libre mantiene el cuerpo de Margaret pegado a la pared.

Empieza a gemir, frases cortas, palabras que Sadie no entiende porque las dice entre dientes.

Cuando va a correrse, Margaret intenta girar la cabeza para buscarle la boca. Sadie no la deja. Le sujeta la mandíbula contra la pared con la mano libre y Margaret se corre así, con la mejilla aplastada, los ojos cerrados, y un único gemido largo que a Sadie le sabe a victoria.

Sadie no se mueve hasta que Margaret vuelve a respirar y despacio, le saca los dedos. La mayor de las dos se queda apoyada en la pared con los brazos temblando. Entonces Sadie la gira con las dos manos, suavemente, hasta tenerla de frente. Margaret tiene una marca rosa en la mejilla, los ojos brillantes, la blusa abierta y el sujetador desabrochado. Está destrozada y perfectamente hermosa.

Margaret la besa, despacio, sin hacer nada más. Le sujeta la cara con las dos manos y Sadie lo nota en los labios, en la respiración, es el primer beso de los dos que no está hecho de rabia. La chica se separa, la mira un segundo, Margaret tiene los ojos abiertos y no dice nada. Entonces Sadie coge la toalla del suelo mientras Margaret continúa inmóvil y camina hacia su habitación.

Cuando por fin se mueve, Margaret Blazek se pone la falda despacio. Se abrocha el sujetador, se abotona la blusa con los dedos que no le responden del todo. Recoge el abrigo del suelo y se queda un momento en el mismo sitio. Ocho días, piensa, ocho días sin verla, trabajando catorce horas diarias, yéndose a dormir a las dos de la madrugada con una copa de vino y el móvil boca abajo, diciéndose que no la echa de menos. ¡Qué equivocada!

Y hoy ha venido sin avisar sabiendo que Sadie iba a estar sola en cuanto volviera de la universidad. Ha venido sabiendo exactamente lo que iba a pasar. Ha entrado en casa de Ralph Novák y ha subido a la habitación de su hija con el cuerpo tembloroso y la excusa barata en su cabeza y luego ha bajado al salón a esperarla con ansias

Ocho días han sido lo mismo que el año de Miami. Eso es lo que acaba de entender. Durante el año que Sadie estuvo al otro lado del Atlántico, Margaret se repitió cada mañana que no la echaba de menos porque no tenía derecho, porque era una alumna a la que había impuesto unos cuantos castigos reglamentarios y a la que no había vuelto a mirar durante ocho meses.

Se lo creyó, Margaret Blazek se miró una mañana al espejo y se mintió diciendo que no la echaba de menos hasta que empezó a morirse por dentro. Y entonces empezó a aceptar que eso que creía que era una obsesión enferma, era realmente amor. Se había enamorado de Sadie Novák, su alumna, una chica, y no podía vivir sin ella.

El plan vino unas semanas más tarde porque Ralph Novák había quedado embelesado con Margaret, la había empezado a cortejar y ella se negaba en todo porque se sentía sucia aceptando una invitación del padre de la chica que amaba, pero entonces el año en la Akademie Vítek acabó y Sadie desapareció. Margaret pensó que, si dejaba de verla por los pasillos, eso que sentía por ella, se acabaría. No fue así, recuerda las noches encerrada en su despacho, sentada en el suelo con una botella de vino, sintiendo que el pecho se le rompía en dos.

—Margaret, tan hermosa como siempre.

Ralph Novák la sorprendió en una gala benéfica en la que ambos estaban y Margaret se quedó a su lado porque necesitaba saber de Sadie. Lo vio todo con tanta claridad, iba a quedar alguna vez con Ralph para que le contara cosas de su hija, al menos podía conformarse con eso.

—Yo no busco una pareja al uso, Margaret —le dijo Ralph un par de noches después de la gala cuando la invitó a cenar en un restaurante del centro—. Digamos que yo no puedo darte lo que una hermosa mujer como tú merece.

Margaret juntó ambas cejas sin estar segura de entender lo que el hombre le decía.

—Solo busco compañía, una amiga —le aclaró Ralph—. Alguien con quien hablar, compartir comidas, eventos. No voy a negar que me pareces preciosa, pero sería ridículo de mi parte ofrecerte una relación sentimental cuando no puedo complacerte.

Entonces Margaret lo comprendió. Ralph Novák no funcionaba en la cama. En ese momento no se lo explicó, lo hizo semanas después en su casa cuando el hombre le dijo que se quedara esa noche en su casa, estaban en plena tormenta y sería una tontería que cogiera el coche. Margaret se tensó visiblemente y Ralph se apresuró a calmarla.

—Hay una habitación al lado de la mía, es inmensa y seguro estarás muy cómoda —Ralph la miró a los ojos—. Quisiera que esto fuera algo más, pero sufro un grave caso de disfunción eréctil que llevo años tratando sin conseguir ningún resultado. Me gustas Margaret, pero soy un hombre sensato y sé a lo que puedo aspirar y a lo que no. Te lo dije, busco a una amiga, una compañera y además todo lo que estás haciendo por el proyecto del centro para Sadie es algo que jamás sabré cómo pagarte.

—Lo siento, Ralph —le dijo Margaret porque le parecía que era un buen hombre sufriendo por algo que lo estaba devorando.

Él simplemente se encogió de hombros.

—Tengo la esperanza de que encuentren la medicación correcta —lo dijo con media sonrisa—. Llevo muchos años invirtiendo en farmacéuticas, antes de que me pasara esto y hay varias de ellas trabajando en un fármaco.

Margaret en ese momento se aseguró de no estar a su lado si encontraban la cura. Podía estar cerca de él, le caía bien y además le había dado la oportunidad de trabajar en un proyecto de Sadie, pero sería incapaz de dejar que ese hombre le pusiera una mano encima. Ella quería a su hija y eso no iba a cambiar.

Cuando a Sadie le faltaba una semana para volver a Praga, Ralph llamó a Margaret para que se reunieran en su casa.

—Mi hija no sabe nada de… mi problema —explicó el hombre—, y prefiero que siga siendo así.

—¿A qué te refieres? —preguntó Margaret.

—Para Sadie tú serás mi pareja —a Margaret se le cortó la respiración—. No se va a creer que somos solamente amigos, eres muy joven y mi hija muy astuta. No tengo que explicarle que su viejo padre no funciona como el hombre que debería ser.

A Margaret no le gustó, sobre todo porque Ralph no se lo pidió, simplemente le informó como serían las cosas. Pudo negarse, decir que no, pero eso implicaría tirar todos esos meses a la basura, no poder ver a Sadie y dejar su proyecto a un lado. No quería hacerlo, entonces pensó que fingiría por unas semanas y luego dejaría todo ese absurdo plan, pero cuando la vio, Dios… Margaret simplemente no pudo resistirse y se dijo a sí misma que aguantaría todo y más con tal de poder verla al menos desde lejos. Acostarse con ella no entraba en esos planes, Margaret sabía que haberse enamorado de la chica no era correcto y dar un paso más, sería un caos.

—Mierda —farfulla Margaret y se pone recta.

El sonido de la ducha la ha sacado de sus pensamientos y camina al baño que usa cuando está en casa de Ralph. Se pasa la mano por el pelo y se mira en el espejo. La marca rosa en la mejilla recuerda dónde estuvo su cara pegada hace unos momentos y ella suspira ansiosa.

Se dice, con los ojos cerrados, que esto no puede continuar. Se dice, con los ojos abiertos, que no piensa dejar de verla. Las dos cosas son verdad al mismo tiempo y Margaret, por primera vez en su vida, no sabe con cuál quedarse. Coge el abrigo, baja las escaleras y sale de la casa para subirse al coche.

Sadie la ve irse desde la ventana de su habitación y el corazón le late de forma atropellada, jamás pensó que acabaría así de enamorada por la que ahora es la novia de su padre.

Capítulo 17 | El patrón

Pasan las semanas y se establece, sin que nadie lo diga, un calendario.

Margaret va a casa de Ralph un día entre semana, normalmente jueves. Llega después de cenar con un bolso pequeño y una sonrisa radiante. Ralph la recibe con una copa servida que disfrutan mientras ella le va contando cómo avanza el proyecto del centro en honor a Eva. Margaret se va a la cama pronto con la excusa de que tiene que revisar cosas de Vítek y se despide de ambos —cuando Sadie los acompaña a cenar— con cordialidad. Por las mañanas desayunan los tres. Sadie llega la última con los auriculares colgando del cuello y se va la primera dejándole un beso en la mejilla a Ralph y un adiós a Margaret sin apenas mirarla.

Los jueves a Sadie no le caben dentro del cuerpo. Algunas tardes follan en la habitación de invitados, con la puerta cerrada y la música del portátil tapando lo que haga falta. Otras tardes lo hacen en casa de Margaret. Sadie va por la mañana entre clase y clase y se queda hasta media tarde. El piso es ordenado, austero, lleno de libros. La cama es grande y blanca. Sadie se la ha aprendido entera y nunca pregunta cómo se las arregla para no estar en Vítek a esas horas porque cuando ella estudiaba allí, Margaret siempre estaba.

Hay tardes que son guerra. Margaret le sujeta las muñecas, le susurra cosas que Sadie muchas veces no entiende, le muerde el cuello hasta que la chica le devuelve el mordisco con ganas. Acaban las dos cansadas, pero sin atreverse a hablar de lo que está pasando.

Y hay otras tardes que son diferentes. Hay un viernes que Margaret la ha invitado a comer porque Ralph está fuera. Comen pasta que ha hecho ella, con vino blanco y una conversación casual sobre cualquier cosa. Luego se van a la cama con tanta calma que no parece que vayan a follar.

—Tienes un cuerpo precioso —Margaret le lame los pezones, primero uno mientras aprieta el otro con sus dedos.

Sadie gime y entonces Margaret la besa. Es profundo, sensual, pero tranquilo. Entonces ahí, por primera vez, ambas se dan cuenta de que no están follando, están haciendo el amor, queriéndose en una cama demasiado grande mientras ellas permanecen demasiado juntas.

Después, Margaret se levanta a por agua. Vuelve con dos vasos, le pasa uno a Sadie sin decir nada, y se mete otra vez en la cama. Se quedan media hora así, sin hablar, Sadie con la cabeza apoyada en el hombro de Margaret y los dedos de Margaret en su pelo. Cuando Sadie se va, se despiden con un beso suave que dura demasiado tiempo y vuelven a confirmar que lo que está pasando entre ellas no es una aventura casual.

—Mándame un mensaje cuando llegues —le pide Margaret mirándola a los ojos.

—Claro —Sadie la besa y esta vez le muerde el labio inferior con fuerza.

Margaret gime y la coge por el pelo. Tira de él hacia atrás y le lame el cuello desde la clavícula hasta la barbilla.

—No me hagas enfadar, Novák —la mira con las pupilas dilatadas —. No hagas que te castigue.

Sadie sonríe y piensa entonces que eso de hacer el amor es una chorrada, ellas no están enamoradas, solo follan. Margaret es la novia de su padre. Punto.

Cuando la chica se marcha, Margaret ejecuta su rutina nueva. Cuando Sadie se va de su piso, no recoge la cama, deja las sábanas como están durante un día entero. Se acuesta esa noche en ese mismo lado y, si Sadie no vuelve hasta el martes siguiente, las cambia el martes por la mañana. Margaret nunca se ha permitido un gesto así con nadie.

Decide que se sentará a trabajar durante un rato, los encuentros con Sadie siempre la dejan muy despierta y ahora mismo no tiene nada de sueño. Margaret tiene una mesa en su despacho que durante años ha estado ordenada por categorías. Dossiers de Vítek a la derecha. Carpetas personales a la izquierda. Una fila central para el material en curso. Desde hace meses, esa fila central la ocupa una sola carpeta gris con una pegatina blanca: Centro Eva Zeman— proyecto.

La carpeta va creciendo, entre tantos papeles nuevos que ha obtenido del archivador al que Ralph le dio acceso total. Margaret la

abre esa noche y vuelve a leer lo que ha encontrado hace tres meses: una copia de una contraprestación a una farmacéutica suiza con sede fiscal en Zúrich, registrada como aportación al programa de salud preventiva del centro. Una farmacéutica que no tendría que aparecer en los papeles de un centro comunitario para chavales con problemas familiares. Después de ese primer documento, vinieron muchos más y una tarde antes de que Margaret se los devolviera a Ralph porque estaba segura de que se habían mezclado por error, encontró unas notas de la mismísima Eva Zeman. No quería entrometerse en las cosas personales de la madre de Sadie, pero al final lo hizo porque hubo frases que le llamaron la atención, cifras muy concretas y comentarios que le pusieron la piel de gallina a Margaret.

Recuerda haber llamado a Filip, era muy tarde y su amigo le contestó con la voz pastosa.

—Otra vez sin dormir —dijo él al descolgar.

—No es tan tarde —rebatió Margaret—. Quería comentarte algo, quizá es una tontería, pero dos cabezas siempre piensan más que una.

—Sobre todo si una de esas cabezas es tan paranoica como la tuya, ¿no?

Margaret bufó, pero le contó lo que había encontrado y entonces Filip le dijo que al día siguiente se veían en su despacho y lo hablaban mejor, porque no sabía si era que estaba demasiado dormido o que los movimientos de detective frustrado de Margaret eran incomprensibles.

Tres días después, Margaret estaba en su piso con Daniel Vesely, el hermano de Filip. Un agente de policía perteneciente a la unidad de inteligencia nacional. Todo era extraoficial, pero Filip insistió en que quizá su hermano con una mente más aguda que la de ellos, podría darles su opinión e incluso quitarle a Margaret esas suposiciones dramáticas de la cabeza.

—¿Ralph Novák sabe que estás mirando esto? —preguntó Daniel con uno de los documentos en la mano.

—No —contestó ella—. Todo lo que debería tener es solo del centro comunitario, esto estaba en un archivador junto con los documentos.

—Vale —dijo Daniel y la miró a los ojos—. ¿Puedo llevármelo y revisarlos en casa?

Margaret frunció el ceño.

—¿Es grave?

—No lo sé, todavía —contestó el agente—. Así sueltos no parecen raros. Ralph Novák es un conocido inversor y para nadie es un secreto que su dinero está invertido en muchos sitios, pero las notas de su difunta mujer y estos estudios… no sé, Margaret. Quiero revisarlos con calma, no voy a involucrar a nadie si realmente no estoy seguro si esto es o no importante.

Margaret cierra la carpeta, ahora todo lo que hay son copias porque Daniel Vesely se quedó con las originales. Se pone a trabajar de verdad, el centro comunitario Eva Zeman es casi un hecho. El edificio estará listo en unos meses, la documentación está aprobada y algunos permisos en trámites. Margaret hacía mucho tiempo que no se sentía verdaderamente completa, mayormente ha trabajado para escuelas de élite y aunque lo ha disfrutado —así como le gusta su puesto actual en Vítek— colaborar para que un sitio como ese funcione, la tiene completamente encantada.

—Buenas noches, Ralph —saluda Margaret cuando llega una noche, cuatro días después de que Sadie estuviera en su piso.

No han hablado más allá de ese «ya estoy en casa» porque Margaret no se ha atrevido a hablarle y Sadie tampoco lo ha hecho. No ha podido ir antes a casa de los Novák porque ha tenido que adelantar mucho trabajo que se le ha estado acumulando gracias a los encuentros con la chica. No ha podido más, esa tarde sus manos han empezado a temblar como si fuera una adicta que necesita su dosis y ha tenido que ir a buscarla.

—Margaret —el hombre se hace a un lado para dejarla pasar y luego le da un beso en la mejilla—. Últimamente estás más hermosa que nunca.

Margaret quiere decirle que los polvos con su hija la mantienen en un profundo estado de excitación continua y quizá sea eso lo que la tiene así. No se lo dice por obvias razones, pero últimamente ya no ve a Ralph con los mismos ojos, ahora lo ve con desconfianza como hombre que parece ocultar demasiadas cosas y todas ellas bastante oscuras.

Se limita a sonreír y en cuanto da varios pasos hasta el salón, aprieta la mandíbula. Hay demasiado silencio y eso solo puede significar que Sadie no está allí.

—He pensado que podíamos pedir algo para cenar los tres —dice de forma casual cuando Ralph aparece detrás de ella.

—¿No te lo había dicho? —Ralph hace gesto de inocencia—. Sadie se ha marchado a su piso. La humedad, al final, afectó muy poco y pudieron arreglarlo todo antes de lo que me habían dicho. Ayer pasó la primera noche allí.

Margaret siente un pinchazo agudo en el centro del pecho. No se esperaba esa información y mucho menos tener que estar ahí con Ralph cuando es el último lugar en el que quiere estar.

—Pide lo que quieras para cenar —dice el hombre que camina hacia la escalera—. Voy a ducharme y enseguida bajo.

Margaret aprieta los puños y busca su móvil en el bolso. Si se va ahora, todo sería muy raro así que decide pedir en un restaurante que está a unas manzanas de la casa y luego fingirá una emergencia.

Le manda un mensaje a Filip para que la llame dentro de una hora y se sienta en el sofá con una copa de vino. Está inquieta y no deja de pensar en Sadie. La necesidad de estar con ella la empuja, quiere decirle la verdad, que no está con su padre, que nunca han sido una pareja real. Piensa en explicarle la disfunción, las cenas, la propuesta de Ralph de hacer pasar a Margaret por pareja oficial para que su hija no preguntara. En que aceptó porque pensaba que vería a Sadie algunas horas a la semana y que eso era mejor que nada. Piensa en decirle lo de Miami, los ocho meses sin saber nada de ella, el calendario del móvil con la fecha de su vuelta marcada, pero de inmediato ese maldito miedo se vuelve a instalar en su garganta y la obliga a repasar la lista mental que tiene creada desde que fue alumna en el internado.

Es demasiado joven. Margaret es trece años mayor que ella.

Margaret no sabe lo que va a querer Sadie a los veintidós, a los veinticinco, a los treinta y le aterra que lo que quiera no sea a ella.

Esta es la que más la incómoda, es la voz que Margaret no se permite escuchar pero que está ahí. La voz que le habla a las dos de la madrugada, con el acento de su abuela. La voz que dice vergonzoso. La voz que dice una mujer de tu edad, en tu posición, con la hija de tu pareja, una alumna tuya, una mujer. Margaret no es religiosa. No se considera prejuiciosa. Y aun así esa voz habla y para ella es como un puñal.

La lista no es injusta, pero es exactamente lo que cualquier persona razonable diría si Margaret le pusiera los hechos delante.

Sabe que Sadie y ella se deben una conversación, pero ella no sabe cómo abordarla. Sobre todo porque si Margaret tuviera los

pantalones de decirle todo lo que siente, la respuesta la aterra aun más, porque si Sadie le dice que sí, que ella quiere lo mismo entonces todo el mundo sabrá que se ha estado acostando con la joven hija del hombre con el que estaba saliendo. Se pondrá en tela de juicio si su relación comenzó cuando Sadie estudiaba en Vítek. Su vida se volvería un caos, pero cree que eso podrá aguantarlo. Lo que está segura de no poder soportar es que Sadie le diga que no, porque Margaret se quedará sin nada, sin absolutamente nada porque con un pánico incontrolable se ha dado cuenta de que su vida sin Sadie Novák es una bolsa plástica completamente vacía.

Capítulo 18 | Los celos de Margaret

Su padre la ha invitado a comer y Sadie cree que son solo ellos dos hasta que llega al restaurante y ve a Margaret sentada frente a él con una copa de agua en la mano y la espalda perfectamente recta.

Tres segundos. Eso es lo que tarda Sadie en recomponerse, en hacer que la sonrisa le llegue a los ojos y en avanzar hacia la mesa como si el corazón no le hubiera dado un tirón ridículo al verla. Ralph se levanta para darle un beso en la mejilla. Margaret la mira y no se levanta.

—Llegas tarde, cariño —dice Ralph.

—Cuatro minutos, papá —suspira mientras se sienta en la silla—. La profesora se ha entretenido más de la cuenta.

No mira a Margaret ni una vez, coge la carta y estudia el menú con una atención, intentando decidir qué va a pedir aún teniendo el estómago cerrado.

El restaurante es de esos que Ralph elige siempre: mantel blanco, luz cálida y camareros que no interrumpen. A ella no le encantan, pero los aguanta porque quiere a su padre. Sadie pide vino sin esperar a que su padre lo sugiera y Margaret levanta una ceja un milímetro, lo suficiente para que Sadie lo vea y decida ignorarlo.

La comida transcurre con la normalidad de siempre, esa que a Sadie últimamente le cuesta cada vez más sostener. Hay un momento en que Ralph se levanta para saludar a alguien en la mesa del fondo y las dos se quedan solas. Sadie no levanta los ojos del plato y Margaret bebe agua para poder soltar la mandíbula que lleva apretada mucho rato ya.

—Parece que has estado muy ocupada —sisea Margaret mirándola con los ojos incendiados.

—Al igual que tú, Margaret —le contesta Sadie con tranquilidad—. Todos tenemos cosas que hacer.

Ralph vuelve a la mesa, hace un comentario sobre el hombre que acaba de saludar y se ríe entre dientes. Entonces parece recordar algo

y con esa habilidad suya para meter el dedo donde más duele sin darse cuenta de que lo está haciendo, dice:

—Por cierto, Sadie, ¿quién era esa chica que salía de tu piso ayer por la mañana? ¿Una amiga?

Sadie tiene el tenedor a medio camino entre el plato y la boca. Tiene que parpadear para entender la pregunta de su padre.

—Una compañera de clase —dice recordando que su padre apareció en su piso sin previo aviso y Helen estaba saliendo en ese momento.

—Muy guapa —dice Ralph, en el tono de quien hace un comentario sin importancia—. ¿Y estudia contigo?

—Sí, papá. Estudia conmigo.

Ralph asiente, pincha un trozo de carne, y cambia de tema. Así de simple para él. El comentario ha durado veinte segundos y ya lo ha olvidado. Sadie vuelve a comer y no mira a Margaret, porque sabe que si lo hace va a encontrar algo que no quiere ver y no está segura de poder aguantar eso delante de su padre. Lo que no puede evitar es sentirlo. La rigidez que entra en el silencio de Margaret, ese milímetro de tensión que Sadie ya conoce demasiado bien porque ha pasado muchas horas aprendiendo de Margaret Blazek, pero no dice nada. Por supuesto que no dice nada.

Cuando acaban de comer y Ralph pide la cuenta y Margaret, como si nada, dice que la acompaña a ver el piso, que ya que están tan cerca aprovecha. Lo dice con naturalidad, y Ralph sonríe porque le gusta la interacción entre ellas. Si él supiera.

El piso está a ocho minutos caminando. Van por la calle dejando el espacio suficiente entre las dos, Margaret lleva las manos en los bolsillos del abrigo y Sadie lleva las manos en los suyos. No hablan. El silencio ya dice suficiente.

Sadie abre la puerta del edificio y suben hasta su piso. Margaret la sigue mirando siempre al frente. Cuando ambas entran al piso, Sadie no se espera el tirón de Margaret en uno de sus brazos. De inmediato tiene la espalda pegada a la pared y la mano de la mujer en el cuello.

—¿Quién es? —susurra como una víbora.

—¿Perdona?

—La chica de ayer. —Margaret aprieta más el agarre—. ¿Quién es?

Sadie siente algo que empieza en el pecho y baja hasta el estómago, algo que sabe muy bien que es rabia. ¿Cómo se atreve? Sin

embargo, le contesta y lo hace con una sonrisa ladeada que está segura de que la va a irritar.

—Una compañera de clase. Ya lo he dicho.

—Lo has dicho. —Margaret se acerca peligrosamente a su boca—. Y salía de tu piso por la mañana.

—Sí. Y tú entras en la cama de mi padre por las noches. —Sadie hace una mueca de asco—. ¡Qué cosas!

Margaret siente cómo se le revuelve el estómago porque la mujer frente a ella piensa que se acuesta con su padre. Es lo lógico, no hay un motivo evidente para que eso no ocurra. Se supone que ella y Ralph son una pareja, es normal que duerman juntos.

—No es como piensas.

—Ya —dice Sadie y niega con la cabeza que sigue pegada a la pared con la mano de Margaret en el cuello—. Entonces, ¿cómo es?

El silencio cae pesado entre las dos y Sadie sonríe de lado. No es una sonrisa de felicidad, sino de rabia porque sabe lo que a Margaret le gusta estar con ella, lo siente en la piel y no entiende por qué sigue jugando a ser la novia de Ralph Novák mientras está colada por la hija.

—Porque como yo lo veo —dice y empieza a abrirle el pantalón a Margaret—, con quien te gusta follar es conmigo.

Sadie cuela una de sus manos por las bragas de Margaret y nota los labios empapados. Roza sus dedos varias veces y, por instinto, la mayor de las dos abre más las piernas. Sadie aprovecha para tantear su entrada y de un solo movimiento la penetra con dos dedos.

—¿No es así, nena? —los dedos entran y salen de Margaret—. ¿No es a mí a quien quieres sentir?

Margaret suelta un gemido que parece más salido de un animal que de ella. Sadie Novák la vuelve completamente loca y se lo demuestra apretándose alrededor de sus dedos con una fuerza que incluso le hace daño. La besa, con desesperación y con ganas mientras mueve sus caderas hacia adelante y hacia atrás. Le encantan todas las personalidades que puede tener Sadie cuando están follando: la chica dulce, la chica sumisa, la que le habla sucio y la que la penetra con fuerza.

—Dímelo —Sadie acelera sus embestidas.

—Es a ti a la que quiero dentro de mí —jadea Margaret con la mirada borrosa—. Solo a ti. Joder.

Empieza a correrse y Sadie no para de moverse dentro de ella sintiendo el calor y la humedad en sus dedos.

—Vamos, nena —la besa y sus lenguas se encuentran amortiguando los gemidos.

Margaret pone la cabeza en el hombro de Sadie mientras intenta recuperar el aliento.

—Has hecho una pregunta que no tienes ningún derecho a hacer. —La voz de Sadie suena peligrosa—. Al final, aunque folles conmigo, tienes una relación con mi padre. Llevas meses cenando con él, durmiendo en su casa, dejando que la gente os vea juntos. Así que no tienes ningún derecho a preguntarme nada sobre quién está en mi piso.

Margaret siente cómo la rabia la recorre entera y odia su incapacidad para darle la cara a Sadie, para decirle lo que realmente necesita y...

—Te quiero —Sadie lo dice con la voz firme y Margaret se tensa tanto que siente el tirón en el cuello—. Eso es lo que está pasando desde hace tiempo. Que te quiero y me importa una mierda quién haya dormido en tu cama antes porque el único momento que no puedo pensar con claridad es cuando estás tú cerca. Y eso es un problema, uno enorme, porque tú estás con mi padre y yo no sé qué hacer con nada de esto.

El silencio que viene después es el más largo que Sadie recuerda haber sostenido. Margaret no se mueve. Se queda completamente quieta como si el cuerpo le hubiera dado un aviso de que cualquier movimiento ahora mismo puede romper algo.

—Sadie —dice Margaret, y es la primera vez que la oye hablar con la voz tan rota.

Margaret abre la boca, pero la cierra de inmediato.

—Yo —empieza Margaret.

Entonces el teléfono vibra. Margaret lo ignora, pero el maldito aparato vuelve a vibrar en el bolsillo de su pantalón que sigue estando a la mitad de sus muslos. Y una tercera vez, seguida, insistente. Margaret lo coge con la intención de apagarlo, pero cuando baja los ojos a la pantalla, algo cambia en su cara: una contracción pequeña, casi invisible.

—Tengo que contestar.

—Claro.

Margaret se arregla el pantalón, contesta la llamada y camina hacia la ventana.

—Daniel —saluda—. ¿Cuándo? Está bien. Dame veinte minutos.

Cuelga. Se queda un momento con el teléfono en la mano, de espaldas a Sadie, y Sadie ve cómo recoloca algo en la postura antes de girarse.

—Tengo que irme —dice.

—Ya lo he oído.

—Es importante —Margaret la mira directa a esos ojos verdes que ahora parecen un bosque en llamas—. No es una excusa.

—No te he dicho que lo sea.

Margaret por primera vez delante de Sadie duda. Sus ojos se mueven de un lado a otro porque no quiere dejar a la chica después de ese «te quiero», pero necesita primero reunirse con Daniel.

—Sadie…

—Vete, Margaret. —No hay rabia en la voz ahora. Solo cansancio —. Vete y ya hablaremos.

Margaret la mira y luego asiente. La puerta se cierra tras ella y Sadie se queda de pie en el centro del apartamento durante un momento que no sabe medir. Luego se sienta en el sofá y se queda mirando el techo.

Sadie piensa que ha dicho que la quiere en voz alta por primera vez. Que lo ha dicho sin planificarlo, después de una discusión sobre una chica que no significa nada, y que la respuesta ha sido una llamada de teléfono de un hombre llamado Daniel.

Capítulo 19 | Lo que Ralph enterró

Han pasado tres días.

Sadie lo sabe porque los ha contado, cosa que no hace nunca. Tres días de mensajes cortos, de respuestas que llegan con retraso, de conversaciones que empiezan en el teléfono y no llegan a ningún sitio porque ninguna de las dos dice lo que tiene que decir. El «te quiero» sigue ahí, en el piso de Sadie, pegado a la pared donde lo dejó, y nadie lo ha recogido todavía.

Así que cuando Ralph llama para decirle que no va a poder celebrar su cumpleaños la semana que viene porque tiene un viaje de negocios que no puede mover, y que entonces mejor celebrarlo esta noche, pequeño, en casa, solo ellos dos y Margaret, Sadie dice que sí sin pensarlo dos veces. Lo dice porque quiere ver a su padre, que también es verdad, y porque quiere ver a Margaret en un contexto donde ninguna de las dos tenga que fingir que no está mirando a la otra.

Margaret ya está cuando llega. Está de pie junto a la ventana con una copa de vino en la mano cuando Sadie entra, y no la mira de inmediato, lo que significa que ha oído la puerta y ha decidido no girarse. Sadie cuelga el abrigo y cuando se da la vuelta Margaret sí la mira, y es una mirada de dos segundos que no dice nada y Sadie decide que esta noche va a comportarse como una persona adulta.

—Llegas pronto —dice Ralph y la abraza con efusividad.

Esta noche hay un cocinero, un tipo que cocina y sirve él mismo comida para un batallón entero. Ralph se ve feliz, sirve más vino y Margaret está más seria de lo habitual, ocupando la silla de enfrente con esa postura suya de siempre, recta, controlada, las manos alrededor de la copa.

—¿Cómo has estado? —pregunta Margaret.

La pregunta es normal, pero hay algo que a Sadie se le escapa y no sabe qué.

—Bien —contesta Sadie—. Ocupada.

Margaret asiente. Ralph comenta sobre el viaje, los sitios que va a visitar y se queja de la reunión a la que no puede faltar, aunque sea su cumpleaños.

La cena transcurre así, en un equilibrio extraño que los tres han aprendido a sostener. Entonces llaman a la puerta.

Ralph frunce el ceño desde la cocina.

—¿Esperáis a alguien? —la pregunta es una tontería porque Sadie le habría dicho que ha invitado a alguien y Margaret directamente no recibe visitas allí.

Ralph va a abrir y Sadie oye voces, dos, masculinas, con ese tono particular de quien tiene autoridad para estar donde quiere. Se levanta antes de que Ralph vuelva a la sala.

—Señor Novák, tenemos una orden de entrada y registro. Le pedimos que nos acompañe.

El tiempo hace algo raro. Sadie lo nota en el cuerpo antes de procesarlo en la cabeza: una especie de presión en el pecho, algo que empuja desde dentro hacia afuera sin encontrar salida. Ralph mira el papel. Lo coge con las dos manos, lo lee, y su cara no cambia de una manera que resulta más elocuente que cualquier expresión que pudiera hacer.

—¿De qué se trata? —pregunta, y su voz suena exactamente igual que siempre.

—Eso se lo explicaremos en comisaría, señor.

Margaret no se ha movido. Sigue en la silla con la copa en la mano, pero Sadie, sin entender bien por qué, la mira a ella antes que a su padre, y lo que ve en la cara de Margaret no es sorpresa.

—¿Sadie? —Ralph la llama desde la puerta con una calma que no tiene ningún sentido—. Llama a Horak, ¿vale? El número está en la agenda.

Horak, su abogado. Como si ya supiera cuándo iba a necesitarlo.

—Papá —empieza Sadie.

—Llámalo. —Ralph recoge su chaqueta del respaldo de la silla. El gesto es tan tranquilo, que Sadie tiene que parpadear para asegurarse de que está pasando de verdad—. Estaré bien. No te preocupes.

Uno de los agentes le explica a Sadie, con una amabilidad que resulta extrañamente agresiva, que tienen que precintar la propiedad y que no pueden quedarse dentro, que si necesita recoger algo personal tiene cinco minutos, alguien la acompañará y que le

agradece la colaboración. Sadie coge su abrigo. Margaret coge el suyo. Ninguna de las dos dice nada hasta que están en la calle.

—Vamos a mi casa —dice Margaret de repente y ambas se suben al coche.

No hablan durante todo el camino, las manos de Sadie tiemblan sobre su regazo y Margaret se da cuenta y le coge una para entrelazar sus dedos.

Cuando entran al apartamento, se sientan en el sofá. Margaret prepara dos infusiones y le entrega una a Sadie. Luego, el silencio dura lo suficiente para volverse incómodo.

—Margaret, ¿qué acaba de pasar? —lo pregunta porque tiene la certeza de que ella lo sabe.

Margaret deja su taza en la mesa. Junta las manos sobre el regazo y durante un momento, solo un momento, Sadie ve el esfuerzo que le cuesta organizarse por dentro antes de hablar.

—Hace aproximadamente ocho meses —empieza—, tu padre me dio acceso a la documentación del centro comunitario. Todo el proyecto, los presupuestos, los contratos con los proveedores. Era un trabajo que yo iba a gestionar en gran parte y él quería que tuviera todo disponible.

Sadie escucha, no la interrumpe porque eso ya lo sabía y si Margaret lo está diciendo es porque tiene que haber algo importante ahí.

—El problema es que la documentación no estaba ordenada. Había carpetas mezcladas, papeles de otros proyectos, actas de reuniones que no tenían nada que ver con el centro. Al principio simplemente lo iba separando, poniendo en un lado lo que no era relevante. —Margaret hace una pausa. Coge la taza y la suelta sin beber—. Entonces encontré una carpeta que no tenía etiqueta.

Sadie es incapaz de preguntar. No quiere saberlo, pero sabe que debe.

—Había documentos técnicos. Jerga farmacéutica, cifras de inversión, estudios de ensayo clínico —se detiene por un momento—. Un fármaco. Algo que todavía no había salido al mercado porque las pruebas de seguridad no habían sido aprobadas. No podían serlo: los efectos secundarios eran demasiado graves, pero las proyecciones de beneficio si llegaba a comercializarse eran enormes.

Sadie tiene la taza entre las manos y aprieta los dedos alrededor de ella. Nunca ha estado interesada en los negocios de su padre,

porque a pesar de que ha vivido muy bien, Sadie solo ha tenido un sueño desde que era chica y es seguir los pasos de su madre.

—Tu padre había invertido una cantidad muy importante. Y no era el único. No sé por qué, pero me generó curiosidad. Busqué información y encontré cosas extrañas: copias de denuncias, ensayos que habían sido detenidos… ese tipo de cosas, pero como las entendía y a pesar de que me generaban dudas, lo dejé a un lado. Y entonces, unos días después, encontré otra cosa entre esos papeles.

Silencio.

—Un cuadernillo. —Margaret lo dice despacio—. Pequeño, de esos que se venden en cualquier papelería. Tenía la cubierta azul.

Sadie siente algo. No sabe ponerle nombre todavía.

—Era un diario. —Margaret la mira—. De Eva.

El nombre cae en la sala como un objeto pesado.

—Mi madre —susurra Sadie—. ¿Qué decía?

Margaret respira.

—Que se sentía cada vez peor. Que el tratamiento que le estaban administrando no le parecía correcto, que los síntomas que tenía no correspondían con lo que le habían explicado que iba a pasar. Que empezaba a sospechar que algo no estaba bien con lo que le estaban dando. —Una pausa—. Lo escribía con mucho cuidado, Sadie. Con mucha precisión. Tu madre era una mujer muy precisa.

Sadie no dice nada.

—Lo leí dos veces. —Margaret tiene los ojos fijos en un punto de la mesa—. Y luego lo dejé encima de la mesa de mi despacho y no lo moví durante tres días porque no sabía qué hacer con lo que sentía. —suelta un suspiro—. Después se lo conté a Filip.

—¿Filip sabe todo esto? —a Sadie le cuesta hilar a Filip con lo que ha pasado esta noche.

—Filip tiene un hermano. Daniel. —Margaret levanta los ojos—. Agente del centro de inteligencia. Le entregamos todo: el cuadernillo, los documentos de la carpeta, todo lo que había encontrado.

El tiempo se reorganiza en la cabeza de Sadie. Ocho meses. Las llamadas. El nombre que escuchó en el piso, Daniel, antes de que Margaret saliera corriendo. Todo lleva meses en movimiento y ella no sabía nada.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque era una investigación confidencial. —La voz de Margaret no es de alguien que busca una excusa, solo da una explicación—. No

me dijeron nada de lo que iban encontrando. Solo me pedían cosas: copias de documentos, confirmaciones de fechas, pequeños detalles que yo les daba cuando podía. Yo no sabía hasta dónde llegaba. No podía saberlo.

—Pero sospechabas que algo había pasado con mi madre.

—Sí —dice—. Lo sospechaba y por eso decidí hablar con Daniel y colaborar en todo lo que podía.

Sadie se levanta. No para irse a ningún sitio, solo para moverse, para que el cuerpo tenga algo que hacer mientras la cabeza intenta colocar las piezas en algún orden que tenga sentido. Recuerda a su padre con esa tranquilidad mientras recogía su chaqueta del respaldo de la silla y le decía que llamara al abogado con esa calma que ahora tiene otro significado.

—Él lo sabía —afirma Sadie—. Esta noche. Sabía que podía pasar.

Sadie se queda en la ventana. La presión en el pecho que empezó cuando llegó la policía ha crecido, se ha extendido, y ahora la está asfixiando. Intenta respirar despacio y nota que el aire no le llega hasta el fondo, que hay algo que corta el camino a medio recorrido, y que sus manos están temblando, lo que descubre cuando intenta apoyarlas en el alféizar y el cristal vibra.

—Sadie —Margaret se levanta porque la chica está tan pálida que teme que se desmaye.

—Estoy bien.

Margaret está a su lado antes de que Sadie termine de decidir que la necesita. No dice nada. Le pone una mano en la espalda, plana, firme, y la otra en el pecho, justo encima del esternón, y no le pide que respire ni le dice que se calme ni le explica que no hay peligro porque Margaret Blazek sabe cuándo las palabras no sirven para nada.

—Aquí —dice en voz baja.

Sadie apoya la frente en el cristal de la ventana y siente cómo el frío la atraviesa. Cuando la respiración se estabiliza, ninguna de las dos se mueve.

—Llevo meses cargando con esto sola —dice Margaret—. Y lo siento, no podía decírtelo, aunque quería hacerlo.

Sadie asiente y Margaret se aferra a su cuerpo para conducirla hasta el dormitorio. La sienta en la cama y le quita los zapatos. Margaret se despoja de sus tacones y se tumba a su lado, abrazándola con firmeza, demostrándole que está ahí para ella.

—¿Crees que la mató? —pregunta Sadie con los ojos cerrados.

Margaret se tensa. Es exactamente eso lo que pensó después de leer las notas de Eva y leer todos los documentos que encontró.

—No lo sé —miente Margaret para no causarle más angustia—. Dejemos que la policía haga su trabajo.

Sadie debería decir algo más, hacer más preguntas, pero su cuerpo parece que ha perdido la fuerza suficiente incluso para moverse. La mano de Margaret se pierde en su pelo ahora, despacio, sin decir nada, y Sadie Novák se queda dormida sintiendo el calor de la mujer que la castigaba en la Akademie Vítek, con la que fantaseó tantas veces que cuando la tocó por primera vez, no pudo creérselo.

Mañana será otro día y tendrá que enfrentar una dura verdad.

Capítulo 20 | Lo que nunca se dijo

Lo primero que Sadie ve cuando abre los ojos es pelo. Pelo oscuro, revuelto, que ahora le cubre parte de la cara porque la almohada está inclinada y la persona que duerme a su lado no ha movido la cabeza desde que se quedó dormida. Margaret Blazek duerme con la boca ligeramente abierta, los hombros relajados, una expresión en la cara que Sadie no le ha visto nunca porque nunca ha tenido la oportunidad de mirarla así. La tiene abrazada por la cintura. El brazo está ahí, firme incluso dormida, como si hasta en sueños hubiera decidido que Sadie no se va a mover de ese sitio.

Está preciosa.

Sadie lo piensa sin dramatismo, Margaret Blazek es preciosa siempre, pero lo es más aún cuando el control está apagado y lo único que queda es eso: una mujer tranquila con el pelo en la cara y el brazo sobre la cintura de alguien a quien, Sadie lo sabe ahora con una certeza que no necesita que nadie le confirme, quiere de una manera que no sabe manejar del todo.

Se queda mirándola más tiempo del que probablemente debería.

Luego se levanta con cuidado para no despertarla y se sienta en el borde de la cama unos segundos mirando el suelo del dormitorio de Margaret. El recuerdo la golpea de repente, anoche su padre se fue con la policía. ¿Qué hizo Ralph? ¿Qué le hizo a su madre?

—Hola —Sadie se gira al escuchar la voz ronca detrás de ella.

Margaret se despierta con el movimiento del colchón y ve esa espalda que ha tocado ya varias veces y que la calma de una forma desconcertante.

—Ven aquí —le dice Margaret y Sadie se muerde el labio inferior.

Se acerca ella y trepa por su cuerpo para quedar encima de Margaret.

—¿No te cansas de mandar? —Sadie siente el calor de su cuerpo y la excitación aparece como un fogonazo.

—No —responde Margaret y captura sus labios en un beso corto—. ¿Has dormido bien?

Sadie cierra los ojos y vuelve a besarla. Este es más largo, con un poco de lengua incluso.

—Sorprendentemente sí —contesta la chica—. ¿Y tú?

—Yo también —Margaret no quiere admitir que llevaba meses durmiendo poco y mal. Que esta noche es la primera vez que logra dormir del tirón, abrazada a ella y enganchada a su olor—. ¿Cómo te sientes?

Sadie tuerce el gesto. No es una pregunta para la que tenga una respuesta clara. Son demasiadas cosas juntas que se mezclan con dolor y sorpresa. Ralph Novák jamás ha sido un padre cercano, de hecho, desde que Sadie volvió de Miami se han visto más veces que en toda su vida. Su progenitor siempre se aseguró de que Sadie estuviera bien, que no le faltara nada, pero que viviera lo más lejos posible. Ella lo quiere, es su padre, pero hay un sentimiento que le cuesta definir porque, aunque es esa figura, Ralph solo se ha comportado como alguien que tiene que cubrir las necesidades de una niña que se quedó sin madre demasiado pronto. Entonces piensa que quizá lo ha hecho por culpa, porque de alguna manera contribuyó con la muerte de Eva o incluso fue la mano ejecutora. Sadie se siente vacía, incluso rota sin saber qué pensar o sentir.

—Todo es muy confuso —logra decir.

—Lo sé —Margaret le pasa una mano por la espalda—. Lo único que puedo decirte es que el tiempo que estuve cerca de tu padre, vi lo mucho que te quería.

No sabe cómo encajar el comentario. Margaret lleva con su padre meses y posiblemente lo conozca más que a su propia hija.

—¿Quieres café? —Sadie se levanta del cuerpo de Margaret y la mujer la deja marchar, aunque quisiera abrazarla, dejarla pegada a su piel y decirle que tiene miedo de vivir con este vacío que acaba de sentir cuando se ha alejado de ella.

—Sí, vamos a la cocina.

Ninguna de las dos tiene hambre, así que Margaret se limita a servir dos tazas de café una vez sale del baño. No hablan, pero sí se miran mucho. Margaret arrincona por un momento la voz de abuela, los prejuicios y todo lo que le da miedo para perderse en el perfil de la mujer frente a ella. Está irremediablemente enamorada, por primera vez en su vida, ama a alguien de una manera que le duele en el centro del pecho. Es algo que le cuesta ponerle un nombre completo porque necesita a Sadie, la quiere suya y para siempre.

Quiere poder tocar esa piel cada día, besar los labios calientes que tanto la estremecen y que su olor inunde cada rincón de su vida.

—¿Tú estás bien? —Sadie se da cuenta de que no se lo ha preguntado y Margaret también es parte de todo esto, de una manera rara, sí, pero seguro debe estar afectada.

Margaret se lleva la taza de café a los labios, quiere tener una conversación con Sadie, una real en la que le cuente todo y poder decirle cómo se siente realmente, pero cree que no es el momento, no cuando su padre está en una comisaría y la chica no entiende lo que pasa.

—Un poco descolocada por todo lo que está pasando.

A Sadie la respuesta le parece más bien la de la jefa de estudios de la Akademie Vítek, pero tampoco va a forzar algo que quizá Margaret no está dispuesta a verbalizar.

El móvil de Sadie empieza a sonar y ella lo coge de inmediato. Habla durante un minuto y por las pocas palabras que dice, Margaret intuye que es de la policía.

—Tengo que ir a comisaría —dice Sadie cuando cuelga—. Era el abogado de mi padre, dice que nos vemos allí.

—Entonces, vamos. —Margaret deja la taza—. Te acompaño.

—No puedes entrar.

—No he dicho que vaya a entrar —lo dice mirando a los ojos con ese gesto que Margaret no puede evitar, uno que parece que va a castigar a Sadie en cualquier momento por una insubordinación.

Horak está esperando en la puerta, le estrecha la mano a Sadie y le dice que no tiene que responder nada que no quiera responder y que él va a estar ahí. Sadie asiente y Margaret se queda en la entrada con las manos en los bolsillos del abrigo y no dice nada, pero cuando Sadie se gira un momento antes de seguir a Horak por el pasillo, la encuentra mirándola, y eso es suficiente.

—No te preocupes por nada, si veo que se están excediendo, yo los frenaré —le dice el abogado antes de entrar a la sala.

Los esperan dos agentes, sentados frente a una mesa. Uno de ellos es quien comienza a hablar, sin muchas formalidades, solo un «puede sentarse ahí» y le explica que tienen derecho a hacerle algunas preguntas en calidad de familiar directo, que no está acusada de nada, que todo lo que diga es voluntario. Sadie dice que entiende. Horak dice que sí.

Entonces le cuentan lo que saben.

Sadie lo escucha todo de una vez, sin interrumpir, con las manos sobre la mesa. Ralph Novák lleva años dentro de una red de inversión en productos farmacéuticos no aprobados, sustancias que no han pasado los controles de seguridad porque los efectos son demasiado graves para cualquier órgano regulador que haga su trabajo. El dinero que entra si uno de esos fármacos llega al mercado es suficiente para que gente que debería hacer preguntas deje de hacerlas. Han estado moviéndose durante años, pagando a personas que hacen de conejillos de indias sabiendo lo que son, engañando a otras que no lo saben.

Eva Zeman no lo sabía.

—Su madre enfermó —dice el hombre más joven de los dos agentes—. El médico que la trataba formaba parte de la red. Su padre lo sabía.

A Sadie el ardor le sube por el esófago y tiene que reprimir una arcada. Siente dolor, rabia y angustia, tres cosas al mismo tiempo que podrían desatar un infierno.

—Le administraron el fármaco como parte del tratamiento. La documentación estaba falsificada. Su madre empezó a sospechar, según consta en sus notas personales, pero la enfermedad avanzó antes de que pudiera hacer nada con esa sospecha.

Hace una pausa. Sadie tiene los ojos fijos en el vaso de agua que no ha tocado.

—El juez ha ordenado la exhumación del cuerpo para pruebas forenses. —El agente lo dice despacio—, pero con lo que hemos conseguido en estos meses, la acusación es firme.

—¿Cuánto lleváis investigándole? —pregunta Sadie, que ha podido salir de su mutismo.

—Años —confirma el otro agente—. La red es amplia y sabíamos que su padre formaba parte de ella, pero es un hombre bastante inteligente que pasó desapercibido siempre. El descubrimiento de la documentación por parte de la señorita Blazek nos dio un hilo del que tirar que no teníamos antes.

—Creemos que de alguna manera se confió y allí es donde pudimos cazarlo —explica el agente más joven—. Que le diera acceso a nuestra colaboradora sin siquiera revisar antes lo que le daba, fue un descuido grave de su parte.

Sadie ni siquiera parpadea, acaba de escuchar que su padre mató a su madre con un medicamento que no debería haberle dado y que lo

hizo porque había invertido una cantidad de dinero que no podía permitirse perder. Lo asimila en bloques pequeños porque si lo mira todo junto no va a poder seguir sentada en esta silla.

—¿Tenía usted conocimiento de sus inversiones, señorita Novák?

Sadie niega, no abre la boca.

—Hemos recogido una muestra de un fármaco en su casa —explica el agente—, en el baño de su padre. ¿Sabe que estaba tomando medicación?

—No —esta vez sí lo verbaliza—. Mi padre y yo no hablábamos de esas cosas. ¿Está enfermo?

Uno de los agentes revisa sus notas. Pasa varias páginas de libreta y luego la mira sopesando si decirle algo como eso a su propia hija. Decide que le da igual, que la gente como Ralph Novák es basura y si tienen que pasar por una humillación, es lo que se merecen.

—Su padre sufría de una grave disfunción eréctil detectada hace varios años según los informes médicos a los que hemos tenido acceso —hace una pausa y levanta ambas cejas—. El fármaco que estaba probando era para corregir ese problema. Tenía que estar verdaderamente desesperado para que él mismo hiciera de conejillo de indias.

—Ya es suficiente —dice Horak y se pone de pie—. No creo que esa información sea necesaria para la señorita Novák. Vamos, Sadie.

Sadie está aturdida. Le cuesta comprender todo lo que pasa. Su padre, un hombre que tenía dinero para vivir cien vidas, había amasado una fortuna a base de engaños y acabado con muchas vidas, incluida la de su propia madre.

Sadie sale a la entrada y Margaret está donde la dejó. No dice nada, solo se mueve hacia ella y Sadie camina hasta donde está sin pensar en si es apropiado o no, pero Margaret le rodea los hombros con su brazo y la insta a caminar.

—Vamos —dice Margaret.

De vuelta en el piso, Sadie se sienta en el sofá, Margaret se sienta a su lado y durante un rato ninguna de las dos dice nada. Luego Sadie se gira hacia ella.

—Necesito saberlo todo, Margaret —lo dice sin rabia, pero sí con firmeza—. Cuéntame todo y no te dejes nada porque si no eres capaz de decirme la verdad, de contarme todo lo que ha pasado, no quiero estar cerca de ti.

Margaret levanta ambas cejas en un gesto automático que no ha podido frenar. Es un movimiento que siempre hace cuando Sadie se atreve a amenazarla.

—Lo digo en serio —contesta Sadie a ese gesto—. Y no porque sea un arrebato de mi parte, es porque estoy cansada de estar rodeada de mentiras y no quiero a una mujer a mi lado que no pueda hablarme con franqueza.

Margaret la mira durante unos segundos en la que es testigo de cómo esos potentes ojos verdes incluso cambian de tonalidad. Toma la decisión de hacerlo, eso que venía alargando y dejando en un rincón porque ya no tiene sentido seguir ocultándole todo a Sadie.

—Te quiero desde la primera vez que me llevaste la contraria en la Akademie Vítek —confiesa Margaret y Sadie ni siquiera se inmuta—. Al principio estaba confundida, nunca me había atraído ninguna mujer, menos alguien tan joven. Además, siempre me he considerado muy profesional y me he mantenido alejada de cualquier tipo de romance en mi entorno.

Margaret aprieta la mandíbula, le está costando más de lo que creía porque nunca ha desnudado su alma de esa manera.

—Las primeras semanas fueron muy duras, darme cuenta de que me atraías se convirtió en un castigo. Mi familia es profundamente conservadora, sobre todo mi abuela que me crio a base de castigos y repitiéndome una y otra vez que, si me salía de las normas, me convertiría en una vergüenza. De una u otra manera, me lo creí y me esforcé por no serlo. Al final nunca pude conseguir casarme con ningún hombre porque a todos los acababa aborreciendo y terminé igualmente convirtiéndome en esa vergüenza.

—Vaya —dice Sadie con la voz baja—. Siento que te sintieras así.

—Me acostumbré hasta que me labré mi propio camino lejos de ellos —Margaret hace un movimiento con los hombros que deja ver que ya no le importa su familia—. Cuando pasó lo del despacho, cuando te incliné sobre mi mesa… perdí el control. Lo único que quería era enseñarte que eras mía y que, como me llevaras la contraria, iba a castigarte.

Margaret suelta un suspiro tembloroso.

—Ahí entendí que había cruzado una línea y…

—Empezaste a ignorarme —termina la frase Sadie.

—Tenía que hacerlo, no podía tenerte cerca porque estaba enloqueciendo. Cuando te fuiste de Vítek, pensé que eso quedaría ahí

—Margaret cierra los ojos recordando la desesperación que sintió al no volver a verla—, pero todo fue a peor.

—¿Cuándo comenzó lo de mi padre? —pregunta Sadie y llamarlo así, a ese asesino, le quema la boca.

Margaret está dispuesta a ser sincera, sin esconder nada como se lo ha pedido Sadie.

—Ya me había reunido con él con la excusa de hacerte un seguimiento —la comisura derecha de Margaret se levanta—. Allí supe muchas cosas de ti y a tu padre, al parecer le caí muy bien. Tiempo después, cuando lo vi en esa gala benéfica, no pude desaprovechar la oportunidad de saber cómo estabas y a él no le costó contarme que estabas en Miami, donde estabas trabajando y cuándo volvías. Vi una oportunidad cuando me invitó a cenar. Podría seguir tus pasos sin demasiado esfuerzo, todo era perfecto.

—¿Y en qué momento se te ocurrió la estúpida idea de empezar una relación con mi padre si, como me has dicho, ya sabías lo que sentías por mí? —esta vez el tono de Sadie es duro y por una décima de segundo, Margaret siente temor.

—Te dije que no era como pensabas —Margaret le repite la frase que le había dicho dos veces anteriormente—. Tu padre se interesó en mí, pero yo no estaba dispuesta a cruzar esa línea. Te quería a ti, Sadie, y aunque en ese momento era un sueño poder tocarte, jamás haría algo como acostarme con tu padre para estar cerca de ti.

Margaret toma una bocanada de aire.

—Me dijo que se sentía solo, que desde… —Margaret evita mencionar la muerte de Eva Zeman—, hacía muchos años no compartía su vida con nadie. Me ofreció una amistad, simple compañía y no te miento al decirte que pensé que se trataba de una especie de broma o incluso una trampa, pero tiempo después me habló de su problema.

—La disfunción —dice Sadie.

—Sí —confirma la mujer—. Entonces ahí comprendí que de verdad lo único que quería era compañía, además para ese momento ya me había pedido apoyo para el centro comunitario porque no le había prestado demasiada atención y quería que todo estuviera más avanzado para tu vuelta.

—¿Entonces nunca tuviste una relación con él? —Sadie lo pregunta con desconfianza y al ver que Margaret dice que no, frunce

el ceño—. ¿Por qué nunca me lo dijiste? Joder, Margaret, me dejaste creer todo este tiempo que estabas con mi padre y…

—Lo siento, Sadie —Margaret lo dice mirándola a los ojos, aunque no parece arrepentida—. Tu padre me pidió que no te lo dijera porque sentía vergüenza y yo me aferré a eso para seguir estando en tu vida. Luego… luego nos acostamos y pensé muchas veces en decírtelo.

—¿Por qué no lo hiciste? —Sadie se pone de pie y se pasa la mano por la melena—. Nos hubiéramos podido ahorrar muchas cosas.

—¿Eres consciente de nuestra diferencia de edad? —pregunta Margaret con el gesto contraído—. ¿Qué fuiste alumna de una institución en la que soy jefa de estudios?

—Te aseguro que he vivido bastante más que tú, Margaret —Sadie la señala con la mirada encendida—. Sí, sé que eres mayor, pero incluso yo he sido la madura en toda esta historia. Te lo dije una vez y te lo repito, desde que apenas era una niña he vivido prácticamente sola, he estado en tantos países que hay muchos que ni recuerdo. He tenido que crecer antes de tiempo, entender que mi madre ya no estaría, llorar sola frente a personas que ni hablaban mi idioma, todo esto mientras mi jodido padre estaba al otro lado del mundo haciendo dinero a costa de personas inocentes.

Sadie se rompe y el llanto que tenía apretado en el pecho desde no sabe cuánto, por fin se derrama. Siente el cuerpo cálido de Margaret a su alrededor, unos brazos fuertes que la sostienen mientras va soltando todo lo que la asfixia. Durante más de media hora, Sadie Novák llora, murmura cosas y se enfurece. Luego va calmándose poco a poco y Margaret la sigue sosteniendo mientras le besa la cabeza.

—Lo siento tanto, mi amor —Margaret se lo dice bajito y su mano traza círculos en la espalda para infundirle fuerza.

Sadie sube la mirada y la besa. Lo hace con calma, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Margaret se deja porque sabe que Sadie solo está haciendo lo que necesita. El beso se alarga y las manos de la chica buscan a tientas el botón del pantalón de su antigua jefa de estudios.

Se mueven al dormitorio y Margaret le quita la ropa con una calma que a Sadie siempre le ha resultado más erótica que cualquier urgencia, esos dedos seguros que van haciendo su trabajo sin precipitarse.

—Amo tu boca —le dice Sadie cuando Margaret dejó un rastro caliente por su pecho.

Hacen el amor de una manera diferente. Es más tranquilo, aunque las manos de Sadie se muevan sin control. Aprietan, pellizcan, acarician. Y Margaret gime cuando la chica la llena por completo, moviéndose dentro de ella de una manera deliciosa.

Sadie se corre primero, lo hace con los dedos dentro de Margaret y la mano de la mujer masturbándola con precisión. Luego lo hace Margaret, jadeando mientras le pide que no pare, que no se aparte.

—Te quiero —dice Margaret en medio de un suspiro que no controla.

Sadie gira la cabeza hacia ella.

—Ya lo sé —dice.

Margaret tuerce la boca un milímetro. No es exactamente una sonrisa, pero se le parece.

Una semana después.

Ralph está en prisión preventiva sin fianza. El juez consideró riesgo de fuga, lo que es una manera elegante de decir que el hombre tiene dinero suficiente para desaparecer y todo el mundo en esa sala lo sabía. Sadie no ha pedido verlo, pero es que no ha querido. Durante todos esos días ha pensado mucho, ha leído suficiente también como para saber qué clase de monstruo es su padre. Ha tenido que ir dos veces más a comisaría y una a reunirse con el abogado. Hay cosas que firmar, decisiones que tomar sobre las propiedades, sobre las cuentas, sobre todo ese dinero que lleva el apellido Novák y que ahora, por razones que el sistema llama legales, tiene que ir a algún sitio. Sadie se entera de que parte de la fortuna de su padre ha sido embargada, pero hay otra que es intocable porque es una especie de fideicomiso que lleva su nombre y el aval de su fallecida madre. Horak habla mucho, Sadie lo escucha y firma donde toca sin importarle demasiado. Cada día acaba con un dolor de cabeza monumental que a veces le cuesta soportar.

Ha vuelto a su piso, necesita intentar retomar su vida. Va a la universidad, cumple con sus obligaciones y se va al gimnasio durante dos horas. Se ha visto con Margaret tres veces, las cosas entre ellas van con calma, aunque es por decisión de Sadie. Todo lo que ha pasado es demasiado para ella y aunque está segura de lo que siente por Margaret, no tiene intención de correr.

El sábado por la tarde están en el piso de Margaret. Sadie tiene el portátil en las piernas acabando un ensayo y Margaret está a su lado leyendo o intentándolo porque está demasiado ocupada viendo el cuello liso de la chica que está a su lado. También hay algo que la tiene inquieta, desde aquella tarde, no han vuelto a acostarse. Sadie la besa, la abraza, pero parece haber subido un muro que antes no estaba. No se lo va a preguntar, le dará su tiempo porque…

—Hay cosas que tendríamos que hablar —dice Sadie de repente y Margaret se tensa.

—Quiero estar contigo —comienza Sadie—, pero de verdad. Como dos mujeres que se gustan y quieren empezar una relación. Sin prisa, sin que ninguna de las dos tenga que esconderse. No tenemos que tomar una decisión ahora, pero quiero que esté claro que eso es lo que quiero.

El silencio de Margaret dura lo suficiente para que Sadie se pregunte si ha dicho algo mal. Luego Margaret coge su libro, lo pone en la mesita, y se gira para quedar completamente frente a Sadie.

—Yo también, ya lo sabes.

Sadie la mira y niega con la cabeza. Margaret aprieta la mandíbula.

—Todo esto es nuevo para mí, Sadie, pero tienes razón.

—¿En qué tengo razón?

—En que eres una mujer madura, que a pesar de los años que nos separan eres alguien capaz de llevar una relación estable, de enfrentarse a cualquier cosa y ser lo bastante adulta como para decirme que quieres estar conmigo sin tener que escondernos —Margaret le coge una mano y le besa los nudillos—. Yo también quiero estar contigo, y ese «sin prisa» me viene bien porque necesito tiempo y con calma.

Sadie asiente y le guiña un ojo de forma seductora. Margaret niega, pero coge de nuevo el libro y ambas siguen con lo que estaban haciendo. No necesitan más, lo de ellas comenzó hace dos años en los pasillos de un internado y ahora es real, es tangible y ambas están lo suficientemente seguras de lo que tienen como para que esta conversación no se alargue más.

Capítulo 21 | Sadie responde

Han pasado dos meses

Horak tiene los codos sobre la mesa y habla con una tranquilidad como si todo lo que estuviera diciendo tuviera muy poca importancia. Sadie escucha con las manos cruzadas sobre el regazo y la espalda recta en la silla, que es la postura que adopta cuando necesita que el cuerpo haga lo que la cabeza no puede hacer sola.

Ralph Novák ha llegado a un acuerdo con la fiscalía. Declara culpabilidad. Entra a prisión.

—¿Cuánto? —pregunta Sadie.

—Veintitrés años. Con la reducción por cooperación y por el acuerdo, es el escenario más probable.

Sadie asiente. Veintitrés años es un número que cabe en la cabeza, concreto, medible. Más manejable que todo lo que lleva dentro desde que supo lo que hizo.

—Ha alegado —Horak hace una pausa pequeña— que su madre ya estaba sentenciada. Que el diagnóstico era terminal. Que él simplemente… adelantó algo que iba a ocurrir de todas formas.

El silencio que sigue tiene un peso específico.

—¿Y la fiscalía lo ha aceptado?

—Como atenuante parcial, sí. No cambia la acusación, pero sí la condena.

Sadie mira el bolígrafo que Horak tiene sobre la mesa. Uno de esos bolígrafos de marca con el clip dorado que los abogados llevan como parte del uniforme. Lo mira fijamente durante unos segundos porque necesita mirar algo que no sea la cara de Horak ni sus propias manos.

Su madre ya estaba sentenciada. La frase de Ralph Novák, dicha en alguna sala que Sadie no ha visto, a alguien que tomó nota, y convertida en atenuante. Su madre ya estaba sentenciada, como si eso fuera una explicación, como si eso fuera cualquier cosa.

—Quiere verla —dice Horak—. Ha pedido que se lo traslade.

—No.

—Sadie, no tiene que…

—No —repite, y la segunda vez no es más alta que la primera, pero Horak cierra la boca—. No voy a verle. Si quiere decirme algo, que se lo diga a usted y usted me lo dice a mí. Así es como vamos a funcionar a partir de ahora.

Horak asiente. Recoge los papeles. Hay más cosas que firmar y Sadie las firma, una por una, con la misma letra de siempre.

Lo que Sadie no quiere es sencillo de enunciar y complicado de ejecutar: no quiere nada de lo que lleva el apellido de su padre. Lo que no ha sido embargado es bastante. Cuentas, propiedades, participaciones en empresas que Sadie no sabía que existían y que Horak le explica con paciencia durante varias reuniones. La casa familiar está ahí, en la lista, y cuando Horak llega a ese punto Sadie dice:

—También.

—¿También?

—También se vende. Todo.

Horak la mira por encima de las gafas con la expresión de quien quiere preguntar algo, pero ha aprendido a callar.

—Solo el centro —dice Sadie—. Eso me lo quedo.

El centro comunitario es un proyecto que su madre soñó y que su padre convirtió en una farsa. El centro era el sueño de Eva Zeman y que luego se convirtió en el suyo propio. Es lo que ha mantenido a Sadie de pie durante los últimos años y eso no va a cambiar.

Consiguen un inversor en menos tiempo del que Sadie esperaba, lo que dice algo sobre cuántas personas estaban esperando que algo de Ralph Novák saliera al mercado. Las propiedades se venden, las participaciones se liquidan, la casa familiar pasa a manos de alguien que Sadie no va a conocer nunca y no tiene ninguna intención de conocer. El dinero que queda, más el fideicomiso que lleva su nombre y el aval de su madre, va a una cuenta que Sadie mira una sola vez y luego no vuelve a mirar porque el número tiene demasiados ceros para ser cómodo.

Acepta el dinero porque gran parte de él es lo que le dejó su madre, con su trabajo limpio y lleno de honor. El otro, el manchado por su padre, es el que invertirá para que el centro funcione como debe ser, para ayudar a quienes lo necesitan y para hacer todo lo que pueda porque el mundo sea un lugar mejor.

Durante esos dos meses, la relación entre Margaret y ella ha avanzado. Pasan las noches entre sus pisos. No se ven cada día, pero cuando lo hacen, lo aprovechan.

—Te ha quedado muy bien —dijo Margaret en medio de una cena que Sadie había elaborado porque se había dado cuenta de que la cocina la tranquilizaba.

—Creo que se ha convertido en mi cena favorita —contestó Sadie mientras masticaba los huevos rellenos de atún.

Las cosas cotidianas empezaron a aparecer: un viernes por la mañana en el piso de Margaret, Sadie seguía dormida cuando Margaret se levantó, y cuando Sadie abrió los ojos encontró una taza de café en la mesita y a Margaret sentada en la silla del escritorio con un informe abierto, ya vestida, ya con los tacones puestos. Sadie cogió la taza y cerró los ojos sin decir nada. Luego se levantó, se acercó a ella y le besó los labios.

—Vístete —le dijo Margaret apartando la mirada de golpe—. No puedo llegar tarde a Vítek.

Sadie soltó una carcajada porque Margaret era incapaz de controlarse cuando el cuerpo desnudo de su chica se acercaba a ella de esa manera. Sadie dormía sin ropa y algunas mañanas, Margaret se entretenía demasiado y llegaba tarde al trabajo.

Los martes —o la mayoría de ellos— son de ir al cine. Es un día tranquilo, Sadie tiene pocas clases y Margaret sale a la hora que le corresponde. Casi siempre es Sadie quien elige la película porque Margaret dice que le da igual.

Siempre salen de la sala muy juntas, rozando sus brazos y cuando se suben al ascensor, Margaret se acerca para besarla en los labios.

—¿Qué has traído ahí? —pregunta Margaret cuando Sadie llega a su piso esa tarde.

—Algo que te va a encantar —le responde con una sonrisa de medio lado y Margaret siente un escalofrío.

Veinte minutos después, Sadie Novák tiene los dedos en el cinturón del arnés, pasándolos despacio por el cuero mientras mira a una Margaret demasiado agitada sobre la cama intentando mantener la respiración controlada.

—¿Sabes usarlo? —pregunta Margaret con la voz estrangulada.

—Eso mejor me lo dices tú cuando acabemos —le responde poniendo una rodilla en el colchón y mirando el sexo completamente

húmedo de Margaret que minutos antes se encargó de estimular muy bien con la boca.

—Mi amor… —el jadeo que suelta Margaret golpea a Sadie directamente en la columna.

Margaret suelta el aire por la nariz con los ojos cerrados y Sadie empieza a moverse primero con calma y después, con más ritmo.

—Así —dice Margaret con la voz rota y eleva las piernas para sentir más la presión.

Margaret se muerde los labios. El sexo con Sadie siempre ha sido bueno, pero esto… esto no sabe ni siquiera cómo catalogarlo.

—Quiero escucharte, Margaret —Sadie la penetra con más fuerza y Margaret suelta un aullido.

—Voy a correrme, dame…

No puede seguir hablando porque el orgasmo la sorprende llevándose con él la capacidad de Margaret por articular palabras.

Cuando acaban, están las dos tumbadas mirando el techo con el brazo de Margaret debajo del cuello de Sadie, que es una postura que Margaret no habría tolerado antes de esto, antes de su chica.

—Mañana tengo que reunirme con el auditor que va a revisar uno de los documentos del centro —dice Margaret y gira la cabeza para ver a Sadie.

—Que el nuevo equipo jurídico te acompañe —dice Sadie, que ha contratado a un grupo de profesionales para que todo lo que respecta al centro comunitario no tenga ningún problema.

Margaret sigue ayudando a Sadie en todo lo que tiene que ver con el proyecto que lleva el nombre de Eva. Lo hace de forma desinteresada mientras Sadie se forma en la universidad para estar completamente cualificada para llevarlo. La chica está muy involucrada y Margaret sabe que no necesita un título universitario para estar frente al centro, pero Sadie no solo quiere dirigirlo, quiere enseñar, hacer exactamente lo que su madre hacía.

—¿Tienes hambre? —pregunta Margaret desperezándose. Le duelen todos los músculos.

—Tengo —contesta Sadie y cuando Margaret la mira, lo que ve en sus ojos es otra cosa.

—Dame un respiro —le pide, pero lo que hace es todo lo contrario.

Trepa por el cuerpo de Sadie y se hunde en el consolador que la chica lleva puesto. Gime cuando lo siente completo dentro y Sadie la mira mientras le pone las manos en las caderas.

Epílogo

Cinco años más tarde

El Centro Zeman tiene dos sedes. Sadie lo planeó cuando llevaba seis meses dirigiendo el primero y se dio cuenta de que el espacio no era suficiente para lo que quería hacer. La segunda sede abrió hace un año, en un edificio que Sadie negoció durante unos meses con una paciencia que habría sorprendido a cualquiera que la conociera antes, y que no habría sorprendido en absoluto a quien la conoce ahora. Orientación, trabajo social, programas de inserción, una sala de talleres que los miércoles por la tarde siempre huele a pintura porque alguien decidió que el arte también es necesario y Sadie estuvo de acuerdo. Completamente gratuito. Siempre.

Hay gente que se ha atrevido a preguntar cómo lo financia y Sadie contesta que con dinero que ya tenía, sin entrar en detalles, y con donaciones bien gestionadas. El dinero manchado convertido en otra cosa que es simplemente lo que quería hacer con él.

Tiene un título en orientación psicopedagógica y un despacho en la primera sede. Ha enseñado a su equipo que las puertas abiertas no es un gesto simbólico sino una política, que los formularios no deberían ser más largos que las conversaciones, que el trabajo social no se hace de arriba abajo. Lo aprendió de los libros de su madre primero, luego en la universidad y ahora de los errores propios.

—Marc, necesito que vayas hoy a la clase de fútbol —le pide Sadie a uno de los voluntarios deportivos—. Haz un recuento del material y me lo haces llegar.

—Claro, Sadie. Cuenta con eso.

Sadie se encierra en su despacho y revisa las cuentas. Todo marcha bien, el dinero fluye gracias a lo que tiene guardado y las muchas donaciones que recibe cada mes. De lo que apenas se encarga es del internado. Sí, la última adquisición de la Fundación Zeman.

El internado está en las afueras de Praga. Un edificio antiguo con jardines muy grandes, porque los chicos que viven ahí necesitan un sitio donde ver lo bonito que hay en ese lugar. Familias sin recursos, jóvenes con talento que el sistema habría ignorado, becas completas; y Margaret lo dirige con la misma firmeza con la que dirigía la jefatura de estudios de la Akademie Vítek.

Renunció a su cargo porque el plan que tenían juntas necesitaba más de su tiempo, y Margaret estuvo encantada cuando Sadie tuvo la idea.

—He pensado en comprar el edificio que vimos el mes pasado —le dijo un día Sadie cuando las dos estaban en el sofá leyendo.

—¿Qué quieres poner ahí? —le preguntó Margaret.

—Un internado. Tengo a varios chicos en el centro con talentos extraordinarios y estar ahí se les queda pequeño —explicó la chica e hizo una pequeña pausa—. Me gustaría que tú lo dirigieras.

Margaret dejó el libro a un lado.

—¿Estás segura?

—Trabajar juntas no se nos da demasiado bien —Sadie hablaba de todas las discusiones que habían tenido cuando sus criterios en el centro chocaban—. Tienes mucha experiencia que estás entregando a Vítek y podrías…

Margaret la besó con muchas ganas. Sadie seguía siendo la más joven, y también la más madura. Vio un problema que se estaba gestando entre ellas y lo resolvió con una facilidad alucinante. Un mes después, Margaret empezó a encargarse de que el Internado Zeman fuera un hecho.

—Ha llegado otra carta, mi amor —le dice Margaret cuando regresa del jardín y recoge la correspondencia.

—Tírala —le pide Sadie como siempre y le da un beso en los labios —. ¿Quieres más café?

Margaret sonríe y mira a la chica que tiene frente a ella. Preciosa, fuerte y una mujer que en cinco años ha crecido demasiado.

Ralph Novák sigue en prisión y todos los meses le manda una carta a su hija. No saben cómo se ha enterado, pero cuando Sadie y Margaret vendieron sus pisos y compraron la casa para vivir juntas, pensaron que las misivas pararían. No fue así, pero desde entonces Margaret las recoge y, después de comentarle a su chica que ha llegado una nueva, la tira a la basura como todas las demás.

La casa está a veinte minutos del centro. Tiene un jardín de tamaño mediano donde Sadie se ejercita y Margaret babea cada vez que su chica hace una serie de dominadas con un minúsculo top y el torso tan fuerte como apetitoso.

Esta mañana es domingo y Sadie está en la cocina con el café ya hecho y la ventana abierta porque en mayo entra una luz que hace que sea el mejor sitio de la casa a esta hora. Lleva el pelo recogido de cualquier manera y una camiseta que era de Margaret. Tiene un informe abierto en la mesa, cosa que viola el acuerdo tácito, pero ese día hay cierta flexibilidad.

Oye los pasos de Margaret en el pasillo y algo que ha aprendido a lo largo de cinco años es que Margaret camina diferente cuando está descalza, cuando lleva tacones y, a esta hora, domingo, es despacio y sin prisa, que es la única versión de Margaret Blazek que el mundo en general no ha visto nunca.

Entra con el pelo suelto y una camisa que probablemente también ha migrado de algún cajón. Se sirve café sin decir nada y se sienta en la silla de enfrente mirando el informe que Sadie tiene en la mano.

—Es domingo —dice con la misma voz que usaba cuando era la jefa de estudios de la Akademie Vítek.

Sadie sube la mirada y sonríe.

—Lo sé.

—Tienes el informe abierto, Sadie —lo suelta como si necesitara mencionarlo para que su novia se dé cuenta.

—Sí, nena, ya lo sé.

Margaret bebe café. Sadie vuelve a bajar los ojos al informe, aunque en realidad no está leyendo nada desde que escuchó los pasos en el pasillo.

—¿Es urgente? —inquiere Margaret.

—No especialmente —Sadie sonríe de medio lado y a Margaret le irrita el gesto.

—Entonces ciérralo.

Sadie levanta la ceja izquierda y entonces observa bien a Margaret. Tiene la taza entre las manos y la mira con una expresión cuyo significado conoce a la perfección: no es una orden, es una propuesta.

—¿Qué hacemos si lo cierro? —Sadie se moja los labios.

—Desayunamos —Margaret se pone de pie y se acerca a la nevera para sacar los alimentos.

—¿Y después?

Margaret lo piensa durante unos segundos.

—Después vemos qué pasa —Margaret no puede acabar la frase porque siente el cuerpo fuerte de su novia pegado a la espalda.

Suelta una risa que nunca dejaría que nadie aparte de Sadie escuchara y se gira entre sus brazos para quedar frente a ella.

—¿Buscas que te castigue? —pregunta la mayor de las dos intentando mantener la compostura.

—Ya te gustaría —Sadie la besa con calma, pero paseando su lengua por la boca de Margaret—. Aunque al final eres tú quien ahora disfruta de mis castigos.

Margaret se muerde los labios porque no puede negar lo que le dice su chica. Sadie Novák la ha llevado por caminos que jamás pensó transitar. Una compañía increíble y un sexo alucinante. Sadie es la más creativa y en cada encuentro le demuestra que no hay nadie con quien quiera estar sino es con ella, porque en algún momento de esos cinco años Margaret ha sentido inseguridad, una muy grande. La diferencia de edad está ahí, agazapada, y mientras ella se acerca peligrosamente a los cuarenta, Sadie sigue disfrutando de la veintena. Más guapa que nunca, inteligente y poderosa. No sabe cuántas veces Margaret Blazek se ha preguntado qué le puede ofrecer a alguien como ella, y entonces Sadie se lo ha explicado con frases que le han devuelto la seguridad de golpe.

—No hay nadie como tú, nena —le dijo una noche en la que Margaret estaba especialmente angustiada—. Te quise desde el minuto que llegué a Vítek y, si me fijé en ti a pesar de que quisiste darme en el culo con una regla, imagínate ahora que sé que eres la mujer más increíble que he conocido.

—Tus castigos son muy interesantes —contesta Margaret y vuelve a besarle los labios.

Sadie le sonríe sin decir nada más y se aleja de ella para buscar el pan.

Cuando Sadie Novák entró en la Akademie Vítek nunca se imaginó que se iba a topar con la que hoy es el amor de su vida. Tampoco que descubriría que su padre fue el responsable de la dolorosa muerte de su madre, y mucho menos que en la actualidad la Fundación Eva Zeman se convertiría en dos centros comunitarios y un gran internado para jóvenes brillantes.

Hay muchas cosas que Sadie no se esperaba, pero esto —lo que tiene con Margaret— supera todo lo demás. Es lo mejor que le ha pasado nunca, y por fin siente que le pertenece.